





PT1886

.T618

1785

ca.

NON

RALI

010767



1080022139

EX LIBRIS

HEMETH-HERI VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



LA MUERTE
DE ABEL

POËMA MORAL
EN PROSA,
EN CINCO CANTOS;

SU AUTOR

M.^s GESNERO.

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR

DON PEDRO LEJEUNE,
Teniente de Caballería.



CON PRIVILEGIO.

En Madrid: En la Oficina de Antonio Estrada,
Año de 178

4699

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Vivero y Tejada



LA MUERTE

DE ARIAS



FONDA EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

A LA SEÑORA INFANTA

Doña MARIA ANA VICTORIA.

SERENISIMA SEÑORA.

El sentimiento de la Nación Española,
al verse privada de una Infanta adorna-
da

013788

En su tierna edad de prendas capaces de
avivar las mayores esperanzas, solo se po-
dia templar con el lógruo de una dicha equi-
valente á su pérdida.

En el feliz casamiento de V. A. con el
Señor Infante DON GABRIEL se ha con-
seguido este bien tan precioso; y era muy
oportuno, que á esta misma Nacion, que
con tanto dolor suyo habia visto ausentarse
una Princesa semejante, la fuese conce-
dido otra á quien pudiera tributar gozosa
en lo sucesivo sus mas sincéras rendimien-
tos, y que mientras aquella hace las delicias
de la Corte de Portugal, V. A. contribuya
mucho á las de la nuestra, colmando de júbilo
á todos.

Creeria faltar á lo que debo por mi
estado, si no diese una prueba visible de
la alegría que ocasionó en mí esta doble, y
bien concertada alianza, y de la admiración
en que me tienen las altas prendas y
virtudes de V. A. á cuyos pies, en señal
de mi respeto, me atrevo á presentar esta
pequeña traduccion, fruto de mis ratos li-
bres, obra sencilla en sí; pero llena de ras-
gos de virtud, y digna por lo mismo de ser
leí-

da por una Princesa, admirada como
modelo completo de ella, y de modestia.

Dignese, pues, V. A. acoger baxo su
AUGUSTA PROTECCION esta Obrita,
la qual si tubiere la honra de verse conde-
corada con el respetable nombre de V. A.
puesto á su frente, adquirirá alto grado de
estimacion; y el Traductor se juzgará muy
dichoso, si por este camino llegare á dar
una muestra patente del profundo respeto
que profesa á la Real Persona de V. A. á
quien ruega á nuestro Señor conserve dilata-
do tiempo, colmandola de felicidades;
juntamente con su Augusto Esposo, y con
toda la Real Familia de ambas Naciones.

Serenísima Señora.

A los Reales Pies de V. A.

Pedro Lejensm.

PRO-

PROLOGO

DEL TRADUCTOR.

Presento al Público la traducción castellana en prosa del Poëma intitulado: *La Muerte de Abel*: Su Autor M.^o Gesnero, nombre famoso ya en toda la República literaria, por sus Idilios, y otras varias Obras, que le merecieron los elogios y aprobacion de los Sábios.

Quando se publicó la primera vez en Alemania este escrito en 1758, logró tantos aplausos de los Doctos, que en el discurso de un año se hicieron de él tres impresiones. En 1759 se emprendió en Francia su traducción, la que se ha reimpresso en 1782.

Este Poëma abunda en los mas sensibles afectos de ternura. La inocencia y sencillez de las primitivas

costumbres se observan en él pintadas con colores tan vivos y naturales, que hacen resaltar admirablemente los atractivos de la virtud y el horror al vicio; objeto que el Autor se ha propuesto, y no ha perdido de vista en el discurso de su obra; la qual, al paso que es sencilla en su asunto, está vestida y adornada con toda la dignidad de la locucion mas sublime y correspondiente á una especie de composicion épica, sin resabios ningunos de la antigua y fabulosa mitología: lo qual la hace admirar como única y original en su especie, por las Naciones que se han dedicado á traducirla.

Este motivo, y el ver que en España, á pesar de su cultura, conocimientos y copia de buenos Autores, se carecia de una Epopeya de esta naturaleza, con el deseo de dar una prueba de mi agradecimiento á la Nacion, á que tengo la honra de servir, me han

han determinado á arriesgarme á traducirla, y ofrecerla al Público: Me tendré por muy dichoso si acertare á agradarle, enriqueciendo su literatura con esta pequeña obra, digna de su buen gusto y sabiduría. Este motivo ha bastado para que yo supere el peligro que corre de incurrir en errores quien escribe en lengua extraña; los quales espero que el Público disimulará con su acostumbrada generosidad, en gracia de este buen deseo mio en sacar á luz en su lengua un libro muy propio para excitar sentimientos de virtud, y para desviar al perverso de la senda de los vicios.

LA

LA MUERTE
DE ABÉL.
POEMA MORAL.

CANTO PRIMERO.

Quisiera cantar en versos sublimes las aventuras de nuestros primeros Padres despues de su triste y vergonzosa caída, y celebrar al primero que restituyó á la tierra el polvo de que fue formado, sacrificado por el furor de su hermano. Dulce albugue mio, con que en otro tiempo canté la amable sencillez y las costumbres inocentes del hombre campestre, descansa ya. Ven á mi socorro, noble entusiasmo, que llenas el alma del Poeta que medita en una pacífica soledad

han determinado á arriesgarme á traducirla, y ofrecerla al Público: Me tendré por muy dichoso si acertare á agradarle, enriqueciendo su literatura con esta pequeña obra, digna de su buen gusto y sabiduría. Este motivo ha bastado para que yo supere el peligro que corre de incurrir en errores quien escribe en lengua extraña; los quales espero que el Público disimulará con su acostumbrada generosidad, en gracia de este buen deseo mio en sacar á luz en su lengua un libro muy propio para excitar sentimientos de virtud, y para desviar al perverso de la senda de los vicios.

LA

LA MUERTE
DE ABÉL.
POEMA MORAL.

CANTO PRIMERO.

Quisiera cantar en versos sublimes las aventuras de nuestros primeros Padres despues de su triste y vergonzosa caída, y celebrar al primero que restituyó á la tierra el polvo de que fue formado, sacrificado por el furor de su hermano. Dulce albugue mio, con que en otro tiempo canté la amable sencillez y las costumbres inocentes del hombre campestre, descansa ya. Ven á mi socorro, noble entusiasmo, que llenas el alma del Poeta que medita en una pacífica soledad

Λ

dad

dad, ó en la obscuridad de los bosques, ó cefca de una fuente guarnecida de abobidos, mientras que la Luna, durante el silencio de la noche, alumbrá al mundo con su pálida antorcha. Luego que el Estro divino se apodera de él, su imaginación toma un vuelo rápido, y atravesando con osado impetu la región de las substancias creadas, penetra hasta el imperio remoto de lo posible y por todas partes alcanza á ver lo maravilloso que pasma, y lo agradable que encanta. Cargado de ricos tesoros baja á su esfera á construir y poner en orden sus materiales diversos, mientras que la potencia intelectual los combina y ordena, para hacer de ellos el uso conveniente. Esta es la que escoge y desecha, no admitiendo sino lo que forma proporciones agradables y armoniosas. Mientras que el Poeta está poseído de este noble ardor no siente el peso de las vigillas y las horas, las preciosas horas, rápidamente se le huyen. O digna ocupacion de almas grandes! O constancia mecedora de toda alabanza aquella con que veían al canto nocturno

no

no de la cigarra, hasta que sale el Lucero de la mañana, para adquirirse la estimacion y amor de aquellos, cuyo gusto exquisito hace que se aprecie toda belleza, y excita sentimientos de virtud en los corazones sensibles! Es muy justo que la posteridad alabe y corone el sepulcro de un Poeta, que dedicó sus talentos á realzar las buenas costumbres y la inocencia. Su nombre no perecerá; su reputacion será siempre floreciente; al paso que los trofeos de un conquistador se desvanecen en polvo, y el mausoleo magnifico de un Principe sin merito se envejece ignorado en medio de un desierto, entre las breñas y malezas, cubierto de pardo mohó, sobre el qual el viajante descarrado rara vez descansa. A la verdad pocos de los que emprendieron cantar tan dignos objetos, han obtenido de la naturaleza el dón de cantarlos bien. Pero siempre es digno de alabanza el esfuerzo de haberlo tentado. A este objeto consagro mis paseos solitarios, y los ratos ociosos de mi vida.

A 2

El

El curso apacible de las horas acercaba ya la rosada Aurora, y hacia descender los vapores de la noche sobre la tierra todavía obscura. El Sol, vibrando sus primeros rayos por entre los cedros frondosos de los montes, teñía de púrpura brillante las nubes que nadaban en la región de los ayres, heridas todavía de escasa luz; quando Abel, y su amada Thirza, dexando la cabaña, se encaminaron á la mas cercana enramada texida con rosas, y jazmines. Un dulcísimo sorriso, hijo del amor mas tierno y de la virtud mas pura, brillaba y resplandecía en los ojos azules de Thirza; y en sus mejillas de color de leche y rosa se traslucian las gracias mas atractivas; mientras que su rubio cabello, á manera de ondas, caía sobre su cándido y hermoso cuello, y ondeando sobre su espalda, hermosecaba su ayroso y delgado talle: de este modo iba al lado de Abel. Á la erguida frente de su joven esposo hacian sombra los rizos de pelo castaño, sin pasarle de las espal-

paldas. Un ayre reflexivo acompañaba agradablemente la serenidad de su rostro: su marcha graciosa y ligera era parecida á la de un Angel, que se reviste de cuerpo opáco para hacerse visible á los mortales, quando para intimar algun feliz anuncio se aparece por mandado del Señor á algun varon piadoso, que implora al Cielo en la soledad: el qual á la verdad aparece cubierto de una figura humana; pero este velo es de hermosura tan atractiva, que por entre él se trasluce al Angel. Mirandole pues Thirza con un tierno sorriso: «Dulce bien mio, (le dixo) ahora que las aves despiertan para alegrar con su canto la mañana, te ruego me repitas el nuevo cantar que hiciste ayer en el prado. Qué cosa mas agradable que celebrar con cánticos al Señor? Como palpita mi corazón santamente enaginado! Quando tu cantas, nada me embelesa tanto como oírte expresar en terminos propios los sentimientos que yo experimentaba, sin acertar á explicarlos.» Abel, echandola los brazos,

la

la respondió: «Thirza mia, lo que pide
 »tu hermosa boca te será concedido.
 »Luego que en tus ojos leo el deseo, me
 »apresuro á satisfacerle. Sentémonos en
 »nestos blandos céspedes, y cantaré el
 »cántico.» Sentáronse el uno al lado del
 »otro, á la sombra de una arboleda aro-
 »matica, cuya entrada dóraban los ra-
 »yos del Sol de la mañana, y Abel em-
 »pezó de este modo.

«Retírate, ó sueño, de los ojos de
 »todos los vivientes, huid sueños in-
 »constantes. La razón empieza á des-
 »petar y restituir la claridad al alma,
 »como el Sol naciente restituye la luz
 »á los campos. Saludamoste, Sol ama-
 »ble, tú que te asomas por los cedros
 »vertiendo colores, y las delicias sobre
 »toda la naturaleza, y haciendo que
 »todas las hermosuras de ella nos re-
 »gocijen con el aspecto risueño de nue-
 »vas gracias. Retírate, ó sueño, de los
 »ojos de todos los entes, huid sueños
 »inconstantes ácia las tinieblas de la
 »noche: y dónde están las tinieblas
 »de la noche? están retiradas en las es-
 »pe-

»pesuras de los bosques, y de cuevas,
 »donde nos aguardan; durante los ar-
 »dores de la siesta, las encontraremos,
 »acompañadas de una frescura agrada-
 »ble en chozas frondosas. En aquellos
 »parages donde la Aurora despierta des-
 »de luego al agüta: alla en las cimas,
 »resplandecientes de las peñas, y en las
 »cumbres relucientes de las montañas,
 »tantas exhalaciones se esparcen, y
 »se mezclan con el ayre sereno y pu-
 »ro de la mañana, á la manera que el
 »humo de los holocaustos sobre el
 »Altar. La naturaleza es la primera en
 »celebrar la luz del día, y dar en acción
 »de gracias sacrificios á Dios Cri-
 »ador. Todas las criaturas deben alabar-
 »le como Autor y Conservador de todo;
 »para darle gracias, las flores nuevas ex-
 »halan al abrirse sus perfumes olorosos
 »desde el rayar del día. En su alabanza
 »cantan los coros de las aves desde la
 »alta region del ayre, ó desde las copas
 »de los arboles, á vista del Sol que nace.
 »Para tributarle honores sale el Leon
 »de su caverna, y estremece los desier-
 »tos

«tos con sus terribles rugidos. Alaba
 «pues, alma mía, al Dios Criador y Con-
 «servador! Adelantense los hombres con
 «sus cánticos á las demás criaturas, y
 «elevense acia tí, Señor; alabete el hom-
 «bre, mientras que los paxarillos aun
 «dormitan en las cimas, y dentro de los
 «bosques. Anticipenseles mis cantos so-
 «nitarios desde el nacimiento del cre-
 «púsculo, y conviden todo lo que exis-
 «te á alabar al Criador. Ah, y quan
 «magnífica es la creacion en que nos
 «manifestas benignamente los fines de
 «tu sabiduria y bondad! Todos mis sen-
 «tidos se absorben y anegan en la con-
 «sideracion de este mar inmenso de per-
 «fecciones, suspendiendo y arrebatan-
 «do mi alma. ¿Cómo podrán mis labios
 «balbucientes ni aun siquiera bosquejar
 «tus alabanzas! ¿Que es lo que te obligó,
 «O Sér Todo-Poderoso, á salir del sagra-
 «do silencio que rodeaba tu Trono, á ex-
 «traer las criaturas de la nada, y á sa-
 «nicar de la noche este universo inmen-
 «so? Solo tu bondad infinita. Querias
 «dár el sér, y hacer felices otros entes
 «fue-

«fuera de tí. O tú, mañana, quando el
 «Sol, desembarazado de los vapores del
 «horizonte, va desterrando la noche
 «quando despues la naturaleza renova-
 «da hermosamente brilla, y todas las
 «criaturas, que rendidas estaban al sue-
 «ño, despiertan para alabarte, enton-
 «ces eres para mí una viva imagen de
 «la creacion. Me representas aquella
 «primera mañana en que el Criador
 «descansaba sobre lo alto de la tierra
 «recien salida de sus manos. Un silen-
 «cio profundo y universal reynaba so-
 «bre la superficie yerma de nuestro glo-
 «bo, quando se oyó la voz del Cria-
 «dor. Al punto puebla los ayres un exer-
 «cicio infinitamente variado en licuo-
 «suras, y sostenido en alas de diver-
 «sos colores, ó busca la sombra de las
 «selvas: su canto penetrante resuena
 «en medio de los bosques, y el ayre
 «sonoro repite las alabanzas del Cria-
 «dor. Igual prodigio se repite, quando
 «fue llevado de nuevo sobre la luz de
 «la tierra, y llamó á los animales. Hi-
 «zose oír su voz: é inmediatamente

»cada terron se transformó en figuras
 »innumerables; la tierra así animada,
 »se puso á brincar en los verdes prados,
 »baxo la forma de un caballo fogoso que
 »sacude la crin relinchando, todavía
 »medio tierra, y medio animal: el Leon
 »vigoroso, impaciente por desembara-
 »zarse enteramente, hizo ensayo de sus
 »rugidos; mas allá se agitaba ó commo-
 »vía una colina, y hereña que anda ya
 »por sí misma convertida en Elefantos
 »de modo que voces innumerables en
 »un instante se elevaron dirigidas al
 »Criador. A esta manera sacas tú, gran
 »Dios, cada mañana tus criaturas de su
 »sueño, imagen de la nada; despiér-
 »tanse, y viéndose rodeadas de los te-
 »soros de tu bondad, cantan unánimes
 »tu gloria. Día vendrá (como lo previene
 »ya mis ojos) en el qual esparcirá la es-
 »pecie humana por toda la tierra, ten-
 »gas Altars sobre cada colina; y quan-
 »do el Sol de la mañana despierte á
 »las naciones, resonaran himnos y
 »cánticos en todos los ángulos del mun-
 »do, desde el oriente hasta el ocaso.»

Así

Así cantó Abel sentado al lado de
 su querida, quien suspensa por un ho-
 nesto embeleso, aun parecia escucharle
 quando ya habia acabado. Cifíndole
 entonces el cuerpo con sus hermosos
 brazos, tiernamente le miró dicién-
 dole: « Ah! querido mio, como tus cantos
 »elevan mi alma ácia Dios! No solo tus
 »tiernos desvelos cuidan de mi cuerpo
 »mas delicado que el tuyo; sino que
 »hasta mi alma cobra vigor baxo tu di-
 »reccion: quando se extravía de la sen-
 »da derecha, quando no ve mas que
 »obscuridad al rededor de sí, y cae en
 »una santa admiración; entonces la sos-
 »tienes, apartas las nubes, y conviertes
 »su sorpresa en éxtasis y entusiasmo.
 »Ayl cuántas veces he dado gracias á la
 »bondad eterna! . . . A cada hora las doy
 »con lagrimas de alegría, porque te ha
 »criado para mí, y á mi para tí; de
 »acuerdo en todo quanto el alma pue-
 »de pensar, y el corazón desear, hemos
 »nacido el uno para el otro.»
 Mientras hablaba, el tierno amor
 vertía gracias inexplicables en cada pa-
 la-

labra y en cada gesto. Abel no la respondió; pero las lágrimas de alegría que se derramaron por sus mejillas, mientras la miraba tiernamente, y la apretaba contra su pecho, expresaban sus sentimientos mejor que las palabras.

Ay! tal era la felicidad del hombre, quando contento todavía con lo necesario, no pedía á la tierra sino los frutos que liberalmente le concedía; quando no imploraba del Cielo sino la virtud y salud. Su descontento no habia multiplicado aun sus deseos insaciabiles, que inventaron infinitas necesidades; y sumergieron su felicidad en males violentos. ¿Que necesitaban entonces para unirse por los vinculos mas felices, sino amor, virtud y gracias? en lugar que ahora, por una desgracia harto frecuente; muchos amantes virtuosos, que el Cielo habia formado uno para otro, se consumen de pesar, sin esperanzas de poder jamás verse juntos; ó porque la indigencia amenaza carestia y miseria á sus dias; ó porque la soberbia, y falsa ambicion de los parientes se oponen

ti-

tiránicamente á su amor.

Estaban aun sentados los dos esposos, quando entrando Adán y Eva, quienes habian escuchado delante de la choza el cántico de Abel, y los discursos amorosos de Thirza, abrazaron tiernamente á sus hijos; cuya felicidad y virtud hicieron correr por su rostro las señales de la mas viva alegría, que el amor paternal pueda hacer gozar á unos padres satisfechos. Mehalá, esposa de Cain, habia seguido las huellas de su madre hasta la choza. La pesadumbre, que el genio altivo y furioso de su esposo la causaba, habia impreso en su frente cierta melancolia y languidez pintadas en sus negros ojos. La palidez de sus mejillas sobresalía mas con los naturales rizos negros que pendían sobre ellas. Habia estado llorando al lado del bosquecillo, mientras Thirza abrazaba á su esposo, para expresarle la alegría, que sentia en ser criada para su honesto recreo; pero habiendo enxugado las lágrimas de su semblante, entró risueña en la choza, y saludó amorosamente.

mente á sus hermanos: pasó á la sazón por delante de la choza Cain, que también había oído los cánticos de Abel y visto con quanta ternura su común padre le había abrazado, y miró la choza con ojos furiosos, diciendo. «**Quan arrebatados están! Como le abrazan por haber cantado no sé que canción! Hace bien en componer música, y entonarla para impedir el sueño, quando está sin hacer nada, recostado á la sombra ccrea de su ganado. A mi abrazado por los ardores del Sol, no me queda en mis trabajos penosos tiempo, ni anhelo para cantar. Despues de haber aguantado durante el día muchas fatigas, mis miembros cansados anhelan el descanso, y desde bien temprano el trabajo me aguarda en los campos. Por lo tocante á este bello joven, delicado y ocioso, moriría si pasase un solo día mis trabajos. Siempre está bañado con las lagrimas de nuestros padres, que pasan su vida en abrazarle. Aborrezco estos afeminados afectos: pero tampoco en**» cam-

«**cambio soy molestado de ellos, aunque cultivo la tierra ingrata, durante todo el peso del día Como corren sus lagrimas de alegría!**»

Diciendo esto, proseguía su camino ácia sus tierras. Dentro de la choza le habían oído: Mehala, que acabando de perder el color, se dexó caer al lado de Thirza llorando amargamente; y Eva, lángidamente apoyada sobre su esposo, también lloró el duro genio de su primogénito. Sin embargo les dixo Abel: «**Queridos Padres míos, voy al campo á buscar á mi hermano, abrazarle cariñosamente, y decirle quanto puede inspirar el amor fraterno; voy á tenerle estrechado entre mis brazos, hasta que me prometa abjurar toda enemistad, y amarme. Ay de mí! He sondeado el fondo de mi alma, la he examinado sobre el modo con que podría yo ganar el amor de mi hermano, y abrirme el camino de su corazón. Algunas veces acerté á volver á encender su amor apagado: pero ay de mí! la melancolía y el descontento, que reynan**» en

» en su semblante feroz, vuelven al ins-
 » tante á apagar este fuego reciente, y
 » ahogar su santa llama.»

El padre le respondió consternado:
 «Quiero, amado hijo mio, ir yo mismo
 » á verle en el campo. Allí le diré todo
 » quanto mi amor paternal, y la razon
 » puedan dictarme. Cain, Cain: Ay
 » como llenas mi alma de penosos cui-
 » dados! Pueden las pasiones excitar en
 » el pecho del pecador un alboroto tan
 » terrible, y arrancar de su espíritu to-
 » do sentimiento de benevolencia y de
 » virtud? Ay, quán desgraciado soy!
 » Que sospechas tan melancolicas acom-
 » pañan el conocimiento con que pre-
 » veo ya los sucesos venideros de mis
 » descendientes! O pecado! O funesto
 » pecado! Que desconsuelo tan íntimo
 » infundes en el alma de los mortales!»
 Así habló Adán; y saliendo de la cho-
 za, sepultado en profundos pensamien-
 tos, salió al campo en busca de su pri-
 mogénito. Cain, viendole venir, inter-
 rumpió su trabajo, y le habló de este
 modo: «Que seriedad tan extraña no-

» to

» to en ti, padre mio! No acabas tier-
 » ramente de abrazar á mi hermano con
 » semblante tan severo, ya leo en tus
 » ojos la reconvenção.»

«Ah! (dixo Adán despues de haber-
 le saludado paternalmente) tú la lees:
 » Si, tu la lees en mis ojos: ¿pues sabes
 » que la mereces? Si, Cain, reconven-
 » nes mereces: El pesar y dolor amargo,
 » con que oprimes el alma de tu padre,
 » me traen á este lugar.

» Y no el amor: (interrumpió Cain) este
 » sentimiento está reservado para Abel.»

» Cain, también es el amor, (le res-
 » pondió Adán) bien lo sabe el Cielos:
 » estas lagrimas, estos pesares, estos cui-
 » dados penosos, que me atormentan,
 » y que también atormentan aquella,
 » que te ha parido con dolor, son los
 » efectos del amor mas eficaz; este mis-
 » mo amor es el que nos affige de dia,
 » y nos hace pasar las noches suspiran-
 » do sin descanso. O Cain! Cain! si nos
 » amáras, tu mas tierno cuidado sería
 » enxugar nuestras lagrimas, y alejar el
 » horror tenebroso que cubre nuestros

B

» dias,

«días. Ay! si conservas aun respeto en
 «tu corazon para el Todo-Poderoso,
 «que lee lo interior, si arde aun la mas
 «minima centella del amor filial en tu
 «corazon, por este respeto y amor te
 «conjuro nos restituyas nuestro sosie-
 «go, y nos vuelvas nuestra perdida ale-
 «gria; no alimentos mas tiempo este hu-
 «mor melancolico, y ese odio invete-
 «rado contra un hermano que te quie-
 «re, y hace quanto puede para arran-
 «car de tu alma la zizaña que la infi-
 «ciona. O Cain! lo que te indigna, lo
 «que excita esa violenta tempestad en
 «tu alma, son esas lagrimas de alegria
 «que nos hace derramar su piedad
 «pura, y esa amable suspension que
 «nos inspira su virtud sin mancha. Los
 «Angeles que nos rodean, aplauden
 «toda buena accion que contemplan,
 «y el Todo-Poderoso desde el alto Cie-
 «lo las vé con una complacencia gra-
 «ciosa. ¿Quisieras mudar la naturaleza
 «invariable de lo que es hermoso y
 «bueno? No podemos; y aunque pudie-
 «ramos, Cain, que triste facultad es la

» de

«de poder resistir á esta noble alegria,
 «á estas dulces impresiones que suspen-
 «den nuestra alma! Una borrasca noe-
 «turna, un trueno furioso no producen
 «en los labios el sorriso gracioso; la
 «agitacion del alma, y el tumulto de
 «las pasiones no excitan á la verdad
 «alegria en el corazon.»

Respondió Cain: «Pues seré yo
 «eternamente perseguido por estas im-
 «portunas reconvençiones! Si la amable
 «risa no está siempre pintada en mis la-
 «bios, ó si las lagrimas de amor no ba-
 «ñan siempre mis mejillas, ¿por que
 «atribuyes mi gravedad varonil á vicios
 «detestables! De un caracter natural-
 «mente mas fuerte, he escogido siempre
 «las empresas mas atrevidas, y los traba-
 «jos mas rudos, ni puedo mandar que la
 «austeridad impresa sobre mi frente se
 «resuelva en lagrimas de ternura, ó se
 «cambie en sonrisa. El Aguila no suele
 «gemir como las tiernas palomas.»

Con una gravedad magestuosa le res-
 pondió Adán: «Tú mismo te engañas;
 «cuidadosamente ocultas horrosos sen-

B 2

» ti-

« timientos, que mejor harías en aho-
 « gar. O Cain, no es gravedad varonil
 « la grabada sobre tu frente, sino el pe-
 « sar, el descontento, que se descubre
 « en todas tus acciones. Estas pasiones
 « han derramado una nube oscura so-
 « bre quanto te rodea: y ellas te hacen
 « murmurar entre dientes durante los
 « trabajos del día, te infunden contra
 « nosotros ese triste humor que te con-
 « sume. ¿Que quieres para satisfacerte?
 « habla, que lo haremos. Ah! si pudié-
 « ramos hacer que tus días fuesen tan
 « serenos como una hermosa mañana
 « de Primavera, veríamos cumplidos
 « nuestros mas ardientes deseos. Pero,
 « Cain, que pretende tu violenta in-
 « quietud? ¿Todas las fuentes de la feli-
 « cidad no te están abiertas? La natu-
 « raleza entera no te ofrece todas sus
 « hermosuras? ¿Todo lo que es bueno,
 « útil y agradable, todo quanto pueden
 « producir para utilidad nuestra la na-
 « turaleza, el espíritu y la virtud, no
 « te está ofrecido como á nosotros? Pe-
 « ro descuidas todos los bienes sin go-
 « zar

« zar de ellos, y despues te quejas de
 « la miseria! ¿Acaso estás descontento
 « con la porción de felicidad, que la in-
 « dulgencia divina ha querido dexar al
 « hombre caído? ¿Envidias la suerte de
 « los Angeles? Pues sabe que con ser An-
 « geles, algunos estuviéron descontento-
 « tos, quisieron ser Dioses, y perdiéron
 « el Cielo. ¿Quizá murmurarás contra la
 « conducta del Criador, respecto del
 « pecador? Pero que! mientras que las
 « cosas criadas alaban juntas á su Cria-
 « dor, ¿un mortal formado del cieno, un
 « gusanillo se atrevirá á levantar la ca-
 « beza del polvo, y murmurar contra
 « aquel, cuya sabiduría infinita gobier-
 « na los Cielos, á cuyos ojos está pa-
 « tente toda la misteriosa y obscura
 « economía de nuestro destino, pues co-
 « noce lo que es, lo que será, y sabe de
 « que manera el mal sabiamente distri-
 « buido sobre la tierra hace florecer el
 « bien? O hijo mio, ten alegría en el
 « alma; amado hijo, no acibaren ya el
 « descontento y pesar; tus pensamientos
 « no obscurezcan mas tu vista, impi-
 « dien-

endiendote ver con ojos serenos todos
los inocentes placeres, que la natura-
leza te prepara.

¶ Que he de hacer con esas exhor-
taciones? (dixo Cain arqueando las ce-
nizas) No ignora yo, que si pudiese estar
alegre, todo quanto me ródca sería
agradable; como una bella aurora.
¶ Pero puedo acaso mandar á la borras-
ca que no sea furiosa, ni al torrente im-
petuoso que permanece quieto? He na-
nacido de muger, y desde mi origen
soy condenado á desgracias. El Señor
vertió sobre mí la mayor copa de su
maldición; las fuentes del placer, y
felicidad donde bebes, están agutadas,
ó secas para mí. Con esto las lagri-
mas inundaban el rostro del padre. ¶ Ay!
hijo mio, sin duda es demasiadamente
cierto, que la maldición divina ha caldo
sobre quantos nacieron de muger: pero
querido mio, cómo pudo creer que
en el Señor haya vertido mas abundancia
de maldiciones en el nacimiento de mi
primogénito, que sobre otros quan-
do pecamos? No, ni lo hizo, ni pi-

ndo

ndo hacerlo así el Dios infinitamente
bueno. No, Cain, no eres nacido para
la miseria; el Señor no saca ninguna
criatura de la nada, para que sea in-
feliz. Es verdad que el hombre puede
ser infeliz por su culpa; puede muy
bien no saber gozar de la vida, con-
virtiendola en un continuo tormento;
quando su razon cede á las tentaciones
de las pasiones impetuosas; á la concu-
piscencia; á los deseos viciosos; se háce
miserable; y todo lo que era de su na-
turalza bueno lo conuérte en pon-
zoña. No puedes mandar á la borras-
ca que se apacigüe, ni al torrente impetu-
oso que se sosiegte. Pero puedes des-
embarazar tu razon de las nubes que
la ofuscan, y volver la luz á tu alma:
Entonces mandará imperiosamente á
las pasiones que la lisonjean; templará
la concupiscencia; escudriñará lo
mas profundo de tu interior; todos
tus afectos puestos en el crisol serán
purificados; los vanos deseos y los im-
puros anhelos desaparecerán; como
las nieblas de la mañana delante del
Sol.

ES

«Sol. He visto, Caín, antes de estos tiem-
 «pos, he visto lagrimas de alegría en
 «tu rostro; el gozo se difundía sobre
 «toda tu alma; quando tu razon apro-
 «baba tus acciones virtuosas. Habla tú
 «mismo, Caín; ¿no vivias entonces fe-
 «liz? ¿no estaba tu alma sin mancha
 «ni nubes, pura como el azul de los
 «Cielos? Yuelve á llamar á ti los rayos
 «de la Divinidad; la sana razon direc-
 «tora de las costumbres, y la virtud, su
 «compañera inseparable, entrará en tu
 «alma, conduciendo consigo la felici-
 «dad y la alegría. O querido hijo mio,
 «escucha mis exhortaciones! La primera
 «cosa que te manda tu razon resta-
 «blecida en sus derechos, es ir á abra-
 «zarse á tu hermano. Como prorumpirá
 «en lagrimas su alegría! Con quan-
 «ta ternura te abrazará con su pecho!
 «Le abrazaré, padre mio, (replicó
 «Caín) quando vuelva del campo: aho-
 «ra me aguarda el trabajo. Le abraza-
 «ré; pero mi vida, ésta alma
 «que ha nacido fuerte y varonil ha-
 «bra de acostumbrarse á esa delicade-

«za femeníl que os le hace tan caro,
 «arrancandoos tantas lagrimas de ale-
 «gría; á esa delicadeza que ha atraí-
 «do sobre nosotros toda la maldición,
 «quando en el Paraiso por algunas la-
 «grimas te dexaste ganar con mayor
 «facilidad de la que era razon. . . . Mas
 «¿que hago, miserable, prorumpiendo
 «en reconvenções? No padre mio,
 «te respeto, padre mio, y callo.»

Asi habló Caín, y volvió á su labor.
 Adán se quedó inmóvil llorando amara-
 gamente, y levantando las manos ácia
 el Cielo. «Ay Caín, Caín (exclamó yen-
 «dose) ay! estas sangrientas reconven-
 «ciones las he merecido. Pero debias
 «respetar á tu padre, y abstenerte de
 «ese ultraje, que como un trueno ató-
 «moriza mi alma. Ay quan infeliz soy!
 «De este mismo modo todos mis des-
 «cendientes quando se arrastraren en
 «el cieno del pecado, y resientán todo
 «el rigor del castigo inseparable del
 «delito; se levantarán contra mi pol-
 «vo, y echarán maldiciones á aquel que
 «primero cometió el pecado.»

Asi habló Adán, retirándose contris-
tado del campo con el semblante incli-
nado ácia tierra. Solamente de quando
en quando levantaba los ojos al Cielo;
gimiendo recio, y ponía sus dos manos
juntas encima de su cabeza. Cain le
miraba, exclamando por su parte, pe-
netrado de dolor: «Cómo levanta tris-
tamente las manos ácia el Cielo, có-
mo se lamenta como gime! . . . He
hecho á mi buen padre reconven-
ciones insolentes! . . . Adónde me lle-
va mi ciega rabia! un infierno despe-
daza mis entrañas! ay quan infeliz
soy! Lleno el alma de mis padres de
continuo horror, emponzoño, destru-
yo todos sus placeres: soy indigno de
vivir entre los hombres; debería mo-
strar con los monstruos silvestres, que
exercitan brutalmente su furor en los
desiertos. Está ya muy alejado de mí,
y aun le oyo gemir. Como vacila oprimido del dolor! . . . Correré tras de
él! Iré á besar sus pies, y pedirle mil
perdones por las prendas más sagradas.
Si . . . bien lo veo, mi desgracia no
me viene

me viene de afuera, reside en mi propio
pecho débil y mal guardado, donde
se levantan estas negras borrascas, que
nacibaran todos mis gustos y los su-
yos. Volved, ó razon, ó virtud! triun-
fad de las fogosas pasiones, que ahor-
ra os ofuscan, y apagad este infierno,
que despeza mi alma! Allá está mi pa-
dre parado, como sin sentimiento, y
con las manos levantadas sobre la ca-
beza, implorar al parecer el Cielo.
Corro á echarme á su pies: O quan
infeliz soy!

Sin detencion corrió Cain á su pa-
dre, quien sin fuerza, apoyado sobre
una cepa, meditaba tristemente y llo-
raba, los ojos inclinados al suelo. A este
espectáculo toda el alma del hijo se con-
movió, postróse en tierra, abrazó sus
rodillas un torrente de lagrimas salió de
sus ojos, levantó la vista á su padre, di-
ciéndole: «Perdoname, padre mio, . . .
aun soy indigno de llamarte padre;
bien merezco te alejes de mí con hor-
ror. Pero mira las lagrimas de mi ar-
repentimiento; mira mis pesares. Y
per-

„perdoname. Miserable de mí ensor-
 „decí á tus exhoraciones! Pero, ó pa-
 „dre mio, quando te volvias llorando,
 „levantadas las manos ácia el Cielo,
 „un temblor sobrecogió mi alma, y
 „fue iluminada; ahora voy á llorar . . .
 „voy á llorar delante de tí. Mira todos
 „mis desaciertos; pero mira tambien mi
 „desconsuelo; padre humildemente pi-
 „do perdon á Dios, á tí mismo, á mi
 „hermano, á todos aquellos á quienes
 „he ofendido.

„Levantate, hijo mio, levántate, pa-
 „ra que te abrace (dixo el padre, sollo-
 „zando, y estrechandole afectuosamen-
 „te contra su pecho.) El que mora en el
 „Cielo vé con benigna complacencia
 „estas lagrimas que viertes. Hijo mio
 „muy amado, abrazame Ay! mi
 „congoja se ha convertido de repente
 „en alegría! Momento dichoso, instan-
 „te para siempre bendito, en el qual
 „mi hijo primogenito nos restituye la
 „paz, y me abraza con lagrimas de
 „ternura. Abrazame otra vez, sosten-
 „me, hijo mio, la alegría me hace va-
 „ci-

„cilar: pero no tardemos, querido mio,
 „vamos á ver á tu hermano, para que
 „tambien te abrace. „

Iban á ver al hermano en las prade-
 ras, quando Abel, al lado de su madre,
 con Mehala y Thirza, salió de los bos-
 ques: Secretamente habian seguido á
 Adan, para escuchar su conversacion
 tan importante para toda la familia.
 Abel con brazos abiertos sale volando
 al encuentro de Cain; llorando le apric-
 ta, sin poder expresar su embeleso. „Her-
 „mano mio, hermano querido, (dixo
 en voz interrumpida con sollozos) ¿me
 „quieres? Ay! haz, haz que lo oyga de
 „tu boca! Me amas ó alegría in-
 „explicable!

„Si, hermano mio, yo te amo; (res-
 pondió Cain abrazandole) puedes tu
 „podeis vos olvidar mis ofensas, per-
 „donarme el haber alejado tanto tiem-
 „po el sosiego de vosotros, y acibara-
 „do vuestros dias con afliccion y do-
 „lor! Mi alma á manera de relámpago
 „ha desvanecido la obscuridad, y disi-
 „pado la tempestad furiosa. La yerba
 „mal-

„ maldita que ahogaba en mi seno la
 „ semilla del bien, queda hollada á
 „ mis pies, y nunca jamás brotará. Per-
 „ doname, hermano mio, y guardate de
 „ volver los ojos á la funesta obscuri-
 „ dad de lo pasado.

„ Vivamente, replicó Abel, abra-
 „ zándole con nuevo raptó de terneza:
 „ no, jamás; ni tú tampoco, querido
 „ mio; dexemos lo pasado. Que! no ol-
 „ vidaremos el sinsabor de un ligero
 „ sueño de la mañana, quando nos
 „ despertamos para gozar de una felici-
 „ dad segura, y de quantos torrentes
 „ de delicias nos rodean! Ah Cain, si
 „ pudiera yo expresarte mi alegría la
 „ mitad no mas de mi ardiente amor!
 „ pierdo la voz, lloro; te oprimo con-
 „ tra mi pecho, y aun lloro. „

Mientras se abrazaban los hermanos,
 Eva, que estuvo presente á escena tan
 tierna, se deshacia en lagrimas, y ape-
 nas moderados algo los sollozos diéron
 lugar á su voz: „ No, hijos míos, (les
 dixo) no queridos míos, desde la prime-
 „ ra vez que el dulce nombre de madre

„ de

„ de los labios de mi primogénito, jamás
 „ he sentido tan viva alegría como ahó-
 „ ra. Parecé que me han quitado de re-
 „ pente de encima de la cabeza pesadas
 „ montañas: tan ligera ya y descarga-
 „ da me siento del peso de las pesadum-
 „ bres que me oprimian; en adelante
 „ todos los instantes me seran risueños
 „ y agradables. La alegría y concordia
 „ estan en medio de aquellos que repo-
 „ saban en mi seno, y alimenté con la
 „ leche de mis pechos. Si, ahora soy se-
 „ mejante á una viña fecunda que pro-
 „ duce dulces uvas: el caminante la ben-
 „ dice por sus dulces frutas. Hijos abra-
 „ zaos, abrazadme, dexadme besar ca-
 „ da lagrima derramada por vuestros ros-
 „ tros, lagrimas preciosas, é hijas del
 „ amor fraternal. „

Dixo Eva, y llena de un raptó inex-
 plicable, abrazó á sus hijos. Tambien
 abrazó á Mchala, y á Thirza; y nuevas
 lagrimas aun acompañaron estos nue-
 vos abrazos. Entonces dixo la Esposa de
 Cain á su hermana con suma alegría:
 „ Ah querida mia! ah que delicias!

„ sea

„ sea día de la mayor solemnidad para
 „ nosotros este! Ven á coger las mas
 „ hermosas flores para sembrar con ellas
 „ la mesa dentro de la choza. Vamos
 „ á escoger las mejores frutas de nues-
 „ tros arboles y matas; sea este para
 „ nosotros un día de delicias, y pase-
 „ moslo en un atrobo agradable. „

Apresuraronse á ir á coger las frutas
 de los arboles, y de las fértiles espaleras,
 dando las alas la alegría. Caín y Abel
 asidos de la mano, y junto á ellos Adán
 y Eva llenos del mayor contento, jun-
 tos se acercaban á la colina. A su lle-
 gada allí ya las hermanas tenían preve-
 nida y adornada la mesa de la choza
 con frutas diferentes, mezcladas de flo-
 res olorosas; mezclas deliciosas de res-
 plandor, de colores, y de olores suaves.
 A este convite delicioso se sentaron:
 la alegría, el buen humor, las sa-
 brosas conversaciones condujeron rápi-
 damente la fresca tarde.

FIN DEL CANTO I.

CAN.

CANTO SEGUNDO.

Disfrutaba dentro de su cabaña la pri-
 mera familia del mundo un placer com-
 plete y puro, quando el padre de los
 hombres prorumpió en estas voces: “ Hi-
 „ jos míos, ahora sentís la serenidad que
 „ difunde en nuestras almas una buena
 „ acción: ya veís que no somos verda-
 „ deramente felices, sino quando somos
 „ virtuosos. La virtud es la que nos iguala
 „ á los espíritus puros: por ella nos eleva-
 „ mos, por decirlo así, hasta el mismo
 „ Cielo. Al contrario, si nos dexamos
 „ dominar de las pasiones, nos degrada-
 „ mos hasta caer en un abismo de males,
 „ donde nos persiguen, y se apoderan de
 „ nosotros la inquietud, las congojas, la
 „ desdicha y el arrepentimiento. O Eva!
 „ quién hubiera creído, que en esta tier-
 „ ra de maldición nos estaba reservada
 „ una felicidad tan grande, quando asi-
 „ dos de la mano, y desconsolados do-

C

„ Xa-

„ sea día de la mayor solemnidad para
 „ nosotros este! Ven á coger las mas
 „ hermosas flores para sembrar con ellas
 „ la mesa dentro de la choza. Vamos
 „ á escoger las mejores frutas de nues-
 „ tros arboles y matas; sea este para
 „ nosotros un día de delicias, y pase-
 „ moslo en un atrobo agradable. „

Apresuraronse á ir á coger las frutas
 de los arboles, y de las fértiles espaleras,
 dando las alas la alegría. Caín y Abel
 asidos de la mano, y junto á ellos Adán
 y Eva llenos del mayor contento, jun-
 tos se acercaban á la colina. A su lle-
 gada allí ya las hermanas tenían preve-
 nida y adornada la mesa de la choza
 con frutas diferentes, mezcladas de flo-
 res olorosas; mezclas deliciosas de res-
 plandor, de colores, y de olores su-
 ares. A este convite delicioso se sentá-
 ron: la alegría, el buen humor, las sa-
 brosas conversaciones condujéron rápi-
 damente la fresca tarde.

FIN DEL CANTO I.

CAN.

CANTO SEGUNDO.

Disfrutaba dentro de su cabaña la pri-
 mera familia del mundo un placer com-
 plete y puro, quando el padre de los
 hombres prorumpió en estas voces: “ Hi-
 „ jos míos, ahora sentís la serenidad que
 „ difunde en nuestras almas una buena
 „ acción: ya veís que no somos verda-
 „ deramente felices, sino quando somos
 „ virtuosos. La virtud es la que nos iguala
 „ á los espíritus puros: por ella nos eleva-
 „ mos, por decirlo así, hasta el mismo
 „ Cielo. Al contrario, si nos dexamos
 „ dominar de las pasiones, nos degrada-
 „ mos hasta caer en un abismo de males,
 „ donde nos persiguen, y se apoderan de
 „ nosotros la inquietud, las congojas, la
 „ desdicha y el arrepentimiento. O Eva!
 „ quién hubiera creído, que en esta tier-
 „ ra de maldición nos estaba reservada
 „ una felicidad tan grande, quando asi-
 „ dos de la mano, y desconsolados do-
 „

C

„ Xa-

„ximos el Paraiso! Ah! Siempre tengo
 „vivas en la memoria las circunstancias
 „de este destierro fatal. „

Calló Adán, y Abel le dixo: „Padre
 „mío, si nada te impide el gozar con nos-
 „otros, baxo esta agradable enramada,
 „los encantos de la hermosa tarde; si no
 „estás en animo de ir á entregarte en
 „medio de la debil luz del crepúsculo á
 „meditaciones profundas, dignate con-
 „descender con mi súplica; y referenos
 „cómo se han pasado los días desde la
 „época de la fatal transmigracion ó des-
 „tierra á esta vasta tierra hasta ahora. „

Todos entonces miraron á Adán con
 atención silenciosa, impacientes de sa-
 ber lo que produciría la súplica de Abel.
 „¿Qué cosa (le dixo Adán) podré yo
 „rehusarte en este alegre día? Voy á
 „hacerte relacion de aquellos tiempos
 „de gracia y de misericordia, señala-
 „dos por las promesas y esperanzas da-
 „das al hombre pecador. Dime, queri-
 „da Eva, ¿por dónde comenzó esta
 „importante historia? Será desde el pun-
 „to que asidos de la mano nos alejamos

„del Paraiso? Pero, ó amada esposa mía,
 „ya veo tus ojos arrasados en lagrimas.
 „Empiezala (dixo ella) querido esposo,
 „desde el parage donde verti un torren-
 „te de lagrimas, mirando por la ultima
 „vez al Paraiso, y sobrecogida de ar-
 „repentimiento y de desesperacion; me
 „dexe caer en tus brazos. Pero permi-
 „teme que yo misma cuente lo que sen-
 „tí entonces, no sea que tú por escu-
 „sarme sentimientos, contemporizando
 „con mi fragilidad, hagas tan solo un
 „esbozo superficial de una escena tan
 „patética.

„La espada del Angel que nos echó
 „del Paraiso, con una compasión que
 „debemos agradecer, relumbraba ya de
 „lejos á nuestras espaldas; su voz traia
 „aun á nuestra memoria las promesas, y
 „la gracia infinita de un Dios ofendido.
 „Habíamos ya pisado la tierra, y las as-
 „perezas de los aridos desiertos, donde no
 „habia ya Eden: el terreno que atravesá-
 „bamos no estaba ya esmaltado con flo-
 „res vistosas y fragantes, ni poblado de
 „árboles ó matas fértiles; solo se descu-

„ brian tales quales, que de trecho en
 „ trecho poblaban la tierra hecha un desierto árido, á manera que se ven las Islas sembradas á grande distancia en los mares. Caminábamos silenciosos, y el Universo nos presentaba unicamente un triste y dilatadísimo yermo. Adán me llevaba de la mano; yo no cesaba de llorar mirando con ojos tristes la morada deliciosa que acabamos de perder; pero no me atrevia á levantar la vista ácia la deplorable víctima de mi seducción partícipe ya de mi desastre. Iba á mi lado con la cabeza inclinada ácia el suelo, dirigiendola unas veces al campo, y fixandola otras en mí, que al instante me deshacia en lagrimas. Estas le impedían hablar, no dexándole facultad mas que para estrecharme con terneza, y conmocion á su pecho. Al llegar á la falda de una colina, cuya cima empezaba á ocultarnos la vista del Paraiso, me detuve sobrecogida de una opresion, que no me dexaba pasar adelante, y contemplándolo con harta doior, poblé el ayre de lamen-

„ tos.

„ ros. Ay de mí! Esta será acaso la pos-
 „ treza vez que vea este Paraiso, este
 „ lugar donde nací; donde, querido es-
 „ poso, si aun me es permitido darte
 „ este nombre, habiendo pedido al Cria-
 „ dor con ansia una compañera, fuiste
 „ por desgracia tuya oído, y tu perdicion
 „ nació de tu propia costilla. Hermosas
 „ flores, que brotabais sin que mi cuida-
 „ dosa mano os cultivara; para quién
 „ exhalais ahora vuestras suaves fragan-
 „ cias? Amenos bosqueillos, quién go-
 „ za del fresco que mantienen vuestras
 „ hojas olorosas? Arboles de tantas es-
 „ pecies diferentes, para quién reservais
 „ vuestros preciosos frutos? nunca jamás
 „ verá este deleitoso lugar. El ayre odo-
 „ rífero que en él se respira, es dema-
 „ siado puro para encubrir un delito,
 „ es una morada demasiado santa para
 „ una pecadora. O funesta caída! Ama-
 „ dos antes de los Espiritus celestiales,
 „ criados tan puros, tan felices de ma-
 „ nos del Criador; quan horrorosa es
 „ para nosotros dos nuestra degrada-
 „ cion!

„ cion! Ay de ambos! Pues tú también
 „ has caído, seducido por tu pérdida es-
 „ posta. O tú querido y deplorable cómplice,
 „ á quien apenas me atrevo á
 „ mirar! Ay! no uses del derecho que
 „ te he dado de aborrecerme. No me
 „ abandones, unico apoyo mio; no me
 „ desampares te pido por el Dios á quien
 „ servimos, por las promesas mismas que
 „ su benigna bondad nos ha hecho por
 „ nuestra presente miseria. Verdad es que
 „ no merezco de tu parte sino aborre-
 „ cimiento y execración; pero permite-
 „ me solamente seguir tus pasos en ca-
 „ lidad de sierva, aliviar las penas en que
 „ te he sumergido; una mirada, un ade-
 „ mán bastará para explicarme tus de-
 „ seos y voluntad. Esparciré flores por
 „ todas partes donde establezcas tu man-
 „ sion; ire á recoger para ti hasta los rin-
 „ cones mas solitarios las frutas las mas
 „ exquisitas; y me tendré por feliz, si
 „ entonces me recompensares estos cor-
 „ tos servicios con una mirada com-
 „ pasiva. Habiendo cesado de hablar,
 „ me

„ me dexé caer en sus brazos. Estre-
 „ chome afectuosamente en ellos; me
 „ bañó con sus lagrimas, y me dixo:
 „ O esposa tiernamente amada, no ha-
 „ gamos con amargas reconvençiones y
 „ quejas nuestros males aun mayores;
 „ ambos hemos merecido mucho mas
 „ de lo que padecemos; nuestro Cria-
 „ dor, castigandonos, ha reemplado sus
 „ venganzas con promesas. Verdad es
 „ que están cubiertas con una santa obs-
 „ curidad; pero aun por medio de
 „ ella misma se trasluce, y hace sen-
 „ tir la bondad Divina. Si solo hubiese
 „ escuchado Dios su justo enojo; ay! que
 „ hubiera sido de nosotros? No, espo-
 „ sa querida, no conviene hacernos con-
 „ importunas quejas, y reconvençio-
 „ nes amargas indignos de su gracia,
 „ ni profanen con ellas nuestros labios;
 „ no los abramos sino para actos piado-
 „ dosos y acciones de gracias. Sus pers-
 „ picaces ojos penetran las mas densas
 „ tinieblas; y así como descubre en el
 „ profundo de las almas los pecados mas
 „ secretos, de la misma manera verá en
 „ las

„ las nuestras nuestra humillacion, nues-
 „ tro agradecimiento, nuestros homena-
 „ ges y nuestros imperfectos esfuer-
 „ zos en orden a practicar el bien. Abra-
 „ zame, querida Eva, demos este ino-
 „ cente alivio a nuestra miseria. Nuestros
 „ socorros reciprocos servirán para sua-
 „ vizarla. Luchemos de concierto con-
 „ tra nuestro enemigo comun el peca-
 „ do horroroso, y procuremos recobrar
 „ nuestra primitiva dignidad, en quan-
 „ to lo permita nuestra actual corrup-
 „ cion; reynen siempre entre nosotros
 „ la paz, y el amor tierno; pues ayu-
 „ dándonos con una mano afectuosa so-
 „ portaremos con menos tristeza y opre-
 „ sion la carga que nos está impuesta,
 „ y saldremos animosamente al encuen-
 „ tro á la muerte, que al parecer camina
 „ con lentitud ácia nosotros. Baxemos
 „ ahora ácia la alameda que conduce á
 „ esta roca, ya vá entrando la noche, y
 „ este parage será cómodo para pasarla.
 „ Cesó Adán de hablar; le abrazé tam-
 „ bien yo: despues, y habiendome en-
 „ xugado las lagrimas de los ojos con las
 „ tren-

„ trenzas de mis cabellos, baxamos á la
 „ falda de la colina, y nos internamos en
 „ el bosque de álamos que guarnecía el
 „ pie de la roca.

Aquí Eva calló, amorosamente son-
 riyendose con Adán, quien volvió á to-
 mar el hilo de la historia.

“ Hijos míos, caminando por deba-
 „ xo de estos álamos, y habiendo pe-
 „ netrado hasta la roca, hallamos un
 „ hueco que formaba una gruta. Mira,
 „ díxe á vuestra madre, mira quantas
 „ comodidades nos ofrece la naturale-
 „ za; mira esta agradable gruta, y la
 „ para fuente que corre al lado con un
 „ suave murmurio. Dispongamos aquí
 „ nuestra morada; pero antes conviene,
 „ querida Eva, que cierre su entrada
 „ contra las sorpresas de los enemigos
 „ nocturnos. ¿Que enemigos? (preguntó
 „ con espanto Eva) no has reparado, la
 „ díxe, que la maldicion ha caído sobre
 „ todo lo criado; que los vínculos de
 „ la amistad están rotos entre los vivien-
 „ tes, y que el mas débil es la presa del
 „ mas fuerte? Allá abaxo en la campaña
 „ he

„ he visto un Leon joven perseguir con
 „ espantoso rugido á un Cabrito azora-
 „ do. He visto la guerra entre las aves
 „ del ayte. No somos ya dueños de man-
 „ dar á otros animales, que aquellos,
 „ cuyas fuerzas son inferiores á las nues-
 „ tras. Aquellos que antes se recreaban
 „ alhagüena y blandamente con nos-
 „ otros, el manchado Tigre y el mel-
 „ nudo Leon braman terriblemente con-
 „ tra nosotros, y se ve en sus ojos un
 „ fuego furioso. Verdad es que ganare-
 „ mos los mas mansos á fuerza de hala-
 „ garlos; y nos preservaremos de los mas
 „ feroces con arte y maña. En todo caso
 „ voy á cerrar la entrada de la gruta con
 „ malezas. Al instante me puse á hacer-
 „ lo. Eva aunque tímida, y sin perder-
 „ me de vista, fué á coger flores y hojas
 „ para formar con ellas nuestra cama, y
 „ disfrutó para nuestra mesa los arboles
 „ y arbolillos de los contornos. Recogida
 „ la provision con prisa, volvió, y me
 „ la puso delante sobre la tierna yerba.
 „ Entonces nos sentamos dentro de
 „ la choza sobre sitials de flores, y em-
 „

„ pezábamos nuestra frugal comida, sa-
 „ zonándola con agradables conversacio-
 „ nes, quando de repente vino una nu-
 „ be obscura á cubrir el Sol que estaba
 „ cerca del ocaso, y se extendió hasta
 „ sobre nuestras cabezas. El negro velo
 „ con que cubrió la tierra, parecía ser
 „ para los vivientes, y para toda la na-
 „ turaleza presagio de destruccion. Des-
 „ pues se levanto un viento borrascoso,
 „ que estremeció las montañas, y todos
 „ los bosques; dispararon rayos de su
 „ seno las nubes, y el ruido de los truenos
 „ aumentaban el horror y susto. Eva
 „ espantada se arrojó en mis brazos, y
 „ manteniendose bien unida conmigo,
 „ apenas respiraba. Viene (dixó) viene
 „ el Juez, quã terrible es! Viene á
 „ darnos la muerte á nosotros, y á toda
 „ la naturaleza, á causa de mi prevari-
 „ cacion. O Adan! Adan! A estas
 „ palabras quedó trémula y sin voz,
 „ siempre apoyada sobre mí. Animate,
 „ querida esposa, la dixé, arrodillemo-
 „ nos delante de la gruta, y adoremos
 „ al Dios terrible que se pasca sobre las
 „ nu-

„nubes, precedido de rayos y truenos,
 „O tú, Gran Dios! que templabas con
 „tanta bondad el resplandor de tu di-
 „vinidad para comunicarte á mi, luego
 „que pude abrir los ojos, al salir de tus
 „manos: quan terrible eres, quando
 „te presentas para juzgar á tu criatura!
 „Dicho esto al punto nos postramos
 „delante de la gruta, donde con rostros
 „pálidos, y con manos trémulas, hu-
 „mildemente adoramos al Supremo Num-
 „men, temiendo que á cada instante
 „con su voz de trueno nos dixese: Mo-
 „rid ingratos, aniquílese delante de mi
 „furo la tierra que os sostiene. En este
 „tiempo el Cielo se deshacia en aguas
 „pero las nubes no despedían ya ra-
 „yos, ni se oía el trueno, sino á lo le-
 „jos. Entonces levanté mi cabeza di-
 „ciendo, el Señor ha pasado por cerca
 „de nosotros, querida Eva; pero no,
 „no destruirá la tierra, ni moriremos
 „hoy: porque si nos destruyera, y en
 „nuestra persona á los venideros, ¿en
 „qué pararía su promesa? La Sabiduría
 „eterna no se arrepiente de las ofertas
 „ que

„que una vez llega á hacer. Con esto
 „nos animamos, la tormenta se disipó,
 „y el Sol al ponerse pintaba las nubes
 „opuestas á él con admirable resplandor,
 „muy semejante al que relucía quan-
 „do las legiones angélicas aparecieron
 „sobre Eden, llevadas en las ligeras alas
 „de las nubes, dexando tras de sí seña-
 „lado un largo surco de luz, que las ha-
 „cía reilumbrantes como la llama. Suc-
 „cedió al ruido el silencio, á la confu-
 „sion la calma al rededor de nosotros;
 „y la tierra humedecida se vestía de co-
 „lores mas vivos, mientras que el Sol
 „repartía al Universo sus últimos ra-
 „yos. Celebramos con una santa ad-
 „miracion una escena tan sensible. De
 „esta manera la primera tormenta pa-
 „só por cima de nuestras cabezas. A
 „breve rato, á la roxa luz de la tarde,
 „siguió el obscuro crepúsculo, y las
 „nubes se veían aclaradas, solo por los
 „descoloridos rayos de la Luna. Enton-
 „ces por primera vez probamos en nues-
 „tros miembros el efecto de la fres-
 „cura de la noche; del mismo modo
 „ que

„ que pocas horas antes habíamos expe-
 „ rimentado el ardor violento del Sol en
 „ el medio día. Envolvimos en las pie-
 „ les, con que nuestro benigno Juez se
 „ había dignado ceñir nuestros cuerpos,
 „ antes que saliesemos del Paraíso, en
 „ prueba de que no había retirado de
 „ nosotros su provida mano. Nos acos-
 „ tamos dentro de la gruta en una ca-
 „ ma de yerba y flores, y aguardamos
 „ el sueño amigablemente. Vino éste,
 „ pero no con aquella facilidad, ni con
 „ aquella dulzura que solía, quando aun
 „ éramos inocentes. Entonces nuestra
 „ imaginación no se llenaba sino de gus-
 „ tosas y agradables imágenes, pero des-
 „ pues se vió acometida por el temor,
 „ desasosiego, y remordimientos, acom-
 „ pañados de fantasmas extraordinarias.
 „ Placida era la noche, también lo era
 „ nuestro sueño; pero sin embargo, que
 „ diferencia de esta à aquella noche de-
 „ liciosa que te conduxe, ó Eva, por
 „ primera vez à la choza nupcial. Las
 „ flores eran todavía mas olorosas de lo
 „ que suelen; nunca el ave nocturna
 „ ha-

„ había hecho resonar acentos mas sua-
 „ ves, ni tan armoniosos; jamás había
 „ lucido la Luna con un esplendor tan
 „ puro. Mas para qué me detengo en
 „ unas imágenes que excitan mi dolor
 „ ya mitigado! El Sol de la mañana atrata
 „ acia sí el limpio rocío, quando se abrie-
 „ ron nuestros párpados: las aves con
 „ sus cantos celebraban la vuelta de la
 „ luz. Eran ellas en pequeño número;
 „ porque todavía no habitaban la tierra
 „ otros animales que los que despues de
 „ la maldición habían huido del Parai-
 „ so. En el recinto del Jardín del Señor
 „ no debía reynar la muerte. Salimos
 „ fuera de la gruta para hacer la debida
 „ adoración; despues dixé à Eva: Ale-
 „ jemonos mas, yco tendiendo la vista
 „ por esa vasta region, que hay donde
 „ podamos libremente escoger entre mu-
 „ chas otras comarcas, cuyas produccio-
 „ nes serán mas abundantes, y las be-
 „ llezas mas variadas. Ves serpentea este
 „ río por medio de un verde prado? La
 „ colina que está à la orilla oírece à la
 „ vista un dilatado jardín, lleno de ar-
 „ bo-

„boles, y situado en su eminencia cri-
 „bierta de verdura. Querido esposo, di-
 „xo Eva, apretandome la mano, te se-
 „guiré por todas partes adonde me con-
 „duzcas, y proseguimos nuestro camino
 „acia el collado. Nos acercábamos á él,
 „quando Eva vió casi encima de su cabe-
 „za un ave débil, cuyo plumage parecia
 „erizado, volar apenas, dando gritos
 „lamentables, revolotear algunos instan-
 „tes por el ayre, y dexarse despues caer
 „sin fuerza enmedio de unas male-
 „zas. Acercóse y vió tendida sobre la
 „yerba sin movimiento otra ave, por
 „quien parecia que ésta estaba llorando;
 „Eva la examinó atentamente, y co-
 „giéndola despues con intento de sa-
 „cudirla, y despavilarla, del que yo
 „en vano creia que era sueño: Ay, di-
 „xo asustada; no despierta; y temblan-
 „do la puso sobre la yerba, ni nunca
 „jamás despertará. A estas voces se der-
 „rera en lagrimas. Ah! continuó, di-
 „rigiendo la palabra á que daba gritos
 „tan lamentables; jera aquella tu com-
 „pañera? Yo soy la infeliz, que he trat-
 „do

„do la maldición y la miseria sobre
 „toda criatura; yo soy quien hago pa-
 „decir, paxaro inocente. Redoblaron
 „sus lagrimas, y volviendose ácia mí
 „¿Que accidente es ese? me dixo, que
 „terrible entorpecimiento! Veo que no
 „tiene sentimiento ninguno, sus miem-
 „bros entorpecidos rehusan hacer sus
 „funciones. Dime, Adán, ¿será acaso
 „la muerte? Si lo es, tiemblo; un frio
 „horrible me penetra hasta los huesos
 „Ay si la muerte que nos amenaza es
 „así; quan terrible será, si me ha de se-
 „parar tambien de ti, y herido tú mis-
 „mo O Adán! sostenme, no pue-
 „do mas. Diciendo esto con un caimien-
 „to de ánimo mortal, suspiró inclinada
 „acia el suelo. Abrazé á mi Esposa affligi-
 „da, diciéndola; no acrecientes, queri-
 „da, tus temores y tu dolor; pongamos
 „nuestra confianza en el que gobierna
 „todas las criaturas con sabiduria infini-
 „ta; pensémos que quando se sienta en
 „su Tribunal formidable, rodeado de
 „misteriosas sombras, la misericordia y
 „el amor están siempre á su lado. ¿Por-
 „qu

que vas á investigar en lo venidero fatalidades, guiada de tu lúgubre imaginacion? Es posible que nuestra razon no nos ha de representar siempre sino nuestros males! ¿Será justo que perdamos de vista los monumentos de su sabiduria y bondad, á riesgo de sumergirnos mas profundamente en la miseria por nuestra ceguera? Esta sabiduria y bondad arreglaron la suerte que nos está destinada. Así caminemos con seguridad baxo su direccion, y respetemos sus decretos sin examinarlos.

Entretanto continuamos acercándonos á la loma, y atravesamos las fecundas breñas, que se extendian por la falda del cerro. En la cima, en medio de arboles frutales descollaba un alto cedro, cuyo follage frondoso mantenía á bastante distancia la frescura, aumentada por una fuente cristalina, que se deslizaba á su sombra en medio de las flores. Este parage ofrecia á los ojos una muy extensa perspectiva, donde la vista se perdía en un ayre

» nu-

nublado. Hé aquí, dixé entonces, una sombra del Paraiso; ó á lo menos una morada cómoda: pues Paraiso completo no le hallaremos en parte alguna. Acogenos baxo tu sombra; cedro magestuoso! Arboles de toda especie, os aseguro, que no cogere vuestras frutas sin agradecimiento, serán la recompensa de mi cultivo y trabajos. O Dios Todo-Poderoso, dignate mirar desde lo alto de tus Ciclos con ojos de piedad nuestra mansion; presta oidos benignos á las súplicas, á las alabanzas, á las acciones de gracias, que nunca jamás cesaremos de dirigir á tu Trono celestial en medio de las frondosas copas de estos arboles. Aquí será donde busquemos nuestro alimento con el sudor de nuestro cuerpo; baxo estas sombras, querida Eva, pírasis con dolor; desde aquí se repartiran nuestros descendientes por toda la tierra, y en fin baxo esta misma arboleda, la muerte que va acercándose, nos hallará algun dia. O Señor, Señor, Dios mio, echa tu bendicion sobre esta profana morada del pecador!

D a

» Al

„ Al mismo tiempo Eva oraba á mi-
 „ lado con lágrimas en los ojos, diri-
 „ giendolos piadosamente al Cielo: En-
 „ tonces empecé á construir una caba-
 „ ña á la sombra del cedro: clavé en tier-
 „ ra un círculo de estacas, con las qua-
 „ les formé una pared entretexida con
 „ ramas. Eva desviaba de su curso la
 „ fuente, y la conducía por canales en
 „ medio de las flores, ó colocaba ar-
 „ bolillos en espalderas, ó aplicaba unas
 „ pequeñas varas á las flores caídas, ó
 „ cogía las frutas maduras. Esta fue la épo-
 „ ca en que empezamos á tomar el ali-
 „ mento adquirido con el sudor del ros-
 „ tro. Iba yo á buscar cañas al río para
 „ cubrir nuestra cabaña, quando vi cin-
 „ co ovejas, tan blancas como las nube-
 „ cillas del medio día, y un carneruelo
 „ que se paseaba sobre la verde orilla. Po-
 „ co á poco me acerqué para ver si huían
 „ como el Tigre y Leon, que antes ju-
 „ gaban á mis pies; pero no huyeron, y
 „ me los llevé por delante á pastar en
 „ nuestra colina. Eva ocupada en cons-
 „ truir una choza con el resto de la ran-
 „ ma

„ mazon, no vió por el pronto el pe-
 „ queño rebaño: hasta que él mismo se
 „ hizo sentir con sus balidos: Entonces
 „ volvió la cabeza, y asombrada dexó
 „ caer de las manos las ramas; su primer
 „ movimiento fué de temor: Paróse; pe-
 „ ro presto exclamó con alegría: Ó
 „ son aun mansos y carifosos como en
 „ el Paraíso. Bien venida seas, ó ama-
 „ ble compañía: tú te quedarás con no-
 „ sotros; Si, te suplico, quedáte con no-
 „ sotros. Tencimos para vuestro regala-
 „ dehesas fértiles, plantas olorosas, y una
 „ fuente clara. Quanto gusto será veros
 „ brincar en la yerba al rededor nues-
 „ tro, mientras que cuidamos nuestros
 „ arboles y plantas!

„ Así dixo pasandoles la mano por su
 „ vellon espeso. Entretanto se concluyó
 „ la cabaña, y sentados á la entrada to-
 „ mábamos el fresco sumergidos en pro-
 „ funda meditacion, quando Eva rompió
 „ el silencio con estas palabras: “ Quan
 „ hermosa y varia es esta region! Quan
 „ fértil en producciones de todas espe-
 „ cies! ¿Quien nos impide añadir los fru-

„ tos de los contornos á los que produce
 „ ya esta colina? Entonces nuestra mo-
 „ rada se asemejara al Paraiso, como
 „ aquel se parecia al Cielo, segun y como
 „ nos han dicho los Angeles, que nos
 „ honraban con sus visitas; ó a lo me-
 „ nos sera una sombra suya. Ay quan-
 „ tas hermosuras diferentes reunia en sí
 „ aquella habitation deliciosa! La na-
 „ turaleza ricamente vertia en ella sus
 „ mas propicias influencias; pródigo-
 „ mente se veia esparcido allí lo agrada-
 „ ble con lo útil; las praderas esmalta-
 „ das con los mas vivos colores, daban
 „ abundantes pastos; presentabanse á la
 „ vista agradables bosquecillos; el con-
 „ junto apacible de flores y de frutos,
 „ glorietas de verdura, alamedas arquea-
 „ das, bosques frondosos ofrecian ame-
 „ nos asilos: Todos los sentidos hallaban
 „ delicias en aquel amenísimo jardín.
 „ Ah! en comparacion de una tan her-
 „ mosa estancia, todo quanto nos circun-
 „ da ahora me parecen arenales incul-
 „ tos; y que la tierra maldita ha pérdi-
 „ do la virtud de producir, ó empobre-

ci-

„ cida, no concede sino á pocas regio-
 „ nes sus diversas producciones. Ay,
 „ Adan; he visto ya de que manera la
 „ muerte y la corrupcion (que sin duda
 „ todo es uno) se extienden sobre toda
 „ la naturaleza: he visto frutas caidas en
 „ el suelo corrompidas, flores marchi-
 „ tadas sobre sus tallos; arbolillos secos
 „ despojados de hoja y de fruto; bien
 „ que á su lado brotaban otros mas tier-
 „ nos; frutas mas frescas reemplazan las
 „ ya caidas, y las semillas, que despiden
 „ las flores marchitas, hacen nacer otras
 „ nuevas. Del mismo modo, Adan, del
 „ mismo modo nos marchitarémos algun
 „ dia nosotros, y daremos lugar á nues-
 „ tros hijos que florecerán á su vez.

„ Calló, y yo enternecido hasta lo
 „ mas profundo del alma, hablé así: Ah!
 „ querida Eva la mayor pérdida nuestra
 „ no es la de las riquezas terrenas, sin las
 „ quales se puede pasar. Lo que me alli-
 „ ge y desespera, es de vernos expeli-
 „ dos de aquella feliz region, donde Dios
 „ se complacia en mostrarse visiblemente
 „ te, donde con el resplandor encubierto

de

910767

„ de su divinidad andaba en los boscajes,
 „ anunciando un silencio respetuoso su
 „ presencia. Ay! entonces me atrevia
 „ á menudo á hablarle postrado pro-
 „ fundamente, y el Todo-Poderoso se
 „ dignaba escuchar á su criatura, y res-
 „ ponderle. Pero ay! hemos perdido
 „ esta prerogativa de los espiritus pu-
 „ ros. ¿Como es posible se encuentre la
 „ inteligencia mas pura en los pecado-
 „ res? ¿Como ha de habitar el Supremo
 „ Numen en una tierra que há mere-
 „ cido su maldicion? Verdad es, que des-
 „ de lo alto de su Trono nos mira algu-
 „ na vez con ojos compasivos, y su gra-
 „ cia excede todos los deseos, que nues-
 „ tra miseria nos permite formar. Acá
 „ tambien baxan los Angeles á execu-
 „ tar sus ordenes, aunque invisiblemente
 „ te y sin resplandor; pero al instante
 „ abandonan este lugar de corrupcion,
 „ donde no pueden permanecer mucho
 „ tiempo visibles, sino los entes que es-
 „ tan en desgracia del Sér Supremo.

„ De este modo hablábamos sentados
 „ uno junto á otro, y sepultados en pro-
 „ fun-

„ funda meditacion, mirábamos con do-
 „ lor la tierra, quando baxo sobre ella
 „ una brillante nube, que apoyando su
 „ basa en la colina, se abrió para des-
 „ pedir una figura resplandiente. Era un
 „ Angel, á quien nos presentamos pos-
 „ trados respetuosamente; y el Espiri-
 „ tu celestial nos habló así: El que tie-
 „ ne su Trono en el Cielo ha oído vues-
 „ tros discursos: Vere, me dixo, anun-
 „ ciar á esas criaturas afligidas, que mi
 „ presencia no está limitada al ambito
 „ de los Cielos. Extiendese á todo lo
 „ criado: ella hace que el Sol continúe
 „ en vibrar sus rayos, que las estrellas
 „ no páren su curso, que la tierra no
 „ suspenda la produccion de sus frutos,
 „ y que el día y la noche se sucedan re-
 „ gularmente; ella conserva los éntes,
 „ los hace vivir y respirar: mi presencia
 „ es la que preserva al hombre mismo de
 „ caer en corrupcion; y que si penetro
 „ tus mas secretos pensamientos es por-
 „ que estoy en ti y contigo.

„ Como la esfera luminosa, que ro-
 „ deaba el Mensagero celestial se exten-
 „ dia

„ día hasta á mi, lleno de un santo ar-
 „ rebatamiento, y levantando á él mis
 „ ojos deslumbrados: Quan incompre-
 „ hensibles son, (ledixe) las misericor-
 „ dias del Señor! Mira nuestra miseria con
 „ ojos compasivos, y nos hace visitar
 „ por sus Angeles. Ay! estoy de todo
 „ esto confuso, y apenas me atrevo á
 „ mirarte, ó Espiritu luminoso: pero
 „ permíteme decirte mis tristes y me-
 „ lancólicas aprehensiones. No dudo de
 „ la presencia de Dios entre sus criatur-
 „ ras; le veo en sus efectos, le siento
 „ perpetuamente, y estoy lejos de pre-
 „ tender que el Sér purísimo se comuni-
 „ que mas íntimamente á una criatura
 „ manchada con pecados. Pero temo
 „ que en lo venidero el hombre se de-
 „ grade aun mas, y que entonces se em-
 „ peore su miseria, llegando á no te-
 „ ner del Sér Supremo sino unas con-
 „ fusas y tenebrosas nociones: porque
 „ puesto que yo he caído, mis hijos po-
 „ drán también caer, y aun mas profun-
 „ damente. Vendrá tiempo en que no
 „ viviré mas con ellos, ni podré hacer-
 „ les

„ les ver en mi presencia pruebas sen-
 „ sibles de la beneficencia divina. Ver-
 „ dad es, que el mas pequeño insecto es
 „ capaz de anunciarsela con bastante
 „ claridad; pero la voz de la naturale-
 „ za será quizá para ellos demasiado dé-
 „ bil, quando Dios continúe escondien-
 „ do su rostro á los humanos! Ah! este
 „ pensamiento es para mi carga tan pe-
 „ sada como una monaña.

„ Padre de los hombres (me respon-
 „ dió graciosamente el Espiritu celeste)
 „ aquel en quien y por quien todo vive
 „ y respira, no abandonará tu posteri-
 „ dad. Muchas veces, á la verdad, sus
 „ pecados subirán hasta él pidiendo ven-
 „ ganza, le harán tomar el rayo, y es-
 „ carmentarle. Entonces los pecadores
 „ cosidos con el polvo dirán: *Este es el*
 „ *Dios terrible.* Pero mas á menudo aun
 „ se manifestará por su misericordia.
 „ Quando se alejaren de la vía recta,
 „ volverá con bondad á llamarlos, sus-
 „ citará de entre ellos Sabíes, que alum-
 „ bren su inteligencia; dirigiran sus ojos
 „ ácia el Señor, y se reducirán de las
 „ es-

" escabrosas sendas de la extravagancia
 " y de la estolidéz, á las de la justicia
 " y verdadera razon. Profetas, autoriza-
 " dos por su mision, les anunciarán muy
 " de antemano las sentencias y las gra-
 " cias del Altisimo, encerradas en el te-
 " soro del mas distante futuro, para que
 " vean que su sabiduria eterna es quien
 " dirige los resortes impenetrables del
 " destino. Les hablará frecuentemente
 " por medio de Angeles; muchas veces
 " tambien con prodigios, y habrá Jus-
 " tos hasta quienes su bondad infinita
 " le hará descender del Trono, hasta
 " tanto que el gran misterio de la salva-
 " cion de los hombres se descubra al fin,
 " y la descendencia de la muger que-
 " brante la cabeza de la Serpiente.

" Calló el Angel; su risueno semblan-
 " te me animó á hablarle de nuevo: Ó
 " amigo celestial, (le dixé) si permites al
 " hombre pecador llamarte así, (y sin
 " duda lo permitirás) pues como habías de
 " aborrecer á quien el Omnipotente no
 " aborrece, aquel con quien la clemen-
 " cia Divina se manifiesta tan magnifi-

" ca,

" ca, que los Cielos se asombran, y el
 " alma humillada en el polvo no expli-
 " ca sino imperfectamente su reconoci-
 " miento, por falta de términos capa-
 " ces para expresarse? Me será licito pre-
 " guntarte, Espíritu luminoso, si te es
 " permitido sacar estos augustos miste-
 " rios de la santa obscuridad que los cu-
 " bre, me instruyas á lo menos de lo
 " que significa esa grande promesa, que
 " *la posteridad de la muger quebrantará*
 " *la cabeza de la Serpiente.* Y qual es la
 " maldicion que Dios fulminó contra el
 " hombre, quando le dixo: *Morirás.* Res-
 " pondió el Angel. Nada esconderé de
 " lo que me sea permitido manifestarte.
 " Sabe pues, ó Adán, que apenas pecas-
 " te, dixo Dios á los bienaventurados
 " Espíritus: Adán me ha desobedecido,
 " y morirá. Al mismo tiempo una nube
 " tenebrosa rodeó repentinamente el
 " Trono del Altisimo, y de una á otra
 " extremidad quedó el Cielo en profun-
 " do silencio, que asustó á toda la Cor-
 " te Celestial: mas este silencio duró
 " poco tiempo: la nube obscura se apar-

" ca,

" to

11 tó como una cortina á la presencia
 11 del Trono: Nunca se había Dios mani-
 11 festado á los Angeles con tanta mag-
 11 nificencia: como en aquel instante me-
 11 morable, quando su voz criadora pa-
 11 ra sacar los Astros de la nada, les di-
 11 xo: *Sed bechos*, y prosiguió recortien-
 11 do y criando toda la inmensidad del
 11 espacio. Mientras estaba en expectati-
 11 va de lo que seguiria; su voz sonora á
 11 manera de trueno pronunció estas pa-
 11 labras llenas de bondad. *No aparto mis*
 11 *ojos del pecador. La tierra dará testi-*
 11 *monio de mi infinita misericordia. La*
 11 *muger dará á luz un Vengador; que*
 11 *quebrantará la cabeza de la Serpiente.*
 11 *El infierno no tendrá por que alegrarse*
 11 *de su victoria, y la muerte perderá su*
 11 *presa. Cielos celebrad este dia.* Así ha-
 11 bló el Señor. El resplandor lustrosísi-
 11 mo de su gloria hubiera aterrado á los
 11 Arcangeles mismos, si un ligero velo
 11 no hubiese templado desde luego su
 11 viveza. Los Cielos celebraron todo
 11 quel día el gran misterio de la bon-
 11 dad divina. Pero cómo podrá Dios,
 11 sin

11 sin perjudicar á su justicia, perdonar
 11 al pecador? Esto es incomprehensible
 11 aun para el Arcangel mismo. Basta
 11 que Dios lo haya dicho, lo que sabé-
 11 mos, y puedes tú saber, es que la
 11 muerte ha perdido su poder, que no
 11 hará mas que libertar al alma de sus
 11 vínculos. El cuerpo es un vaso de bar-
 11 ro que la encierra, y se resolverá en
 11 el polvo de que fué formado. El alma
 11 purificada se elevará á la morada celest-
 11 tial para ser infinitamente feliz, como
 11 lo somos nosotros. Oye Adán la orden
 11 de tu Dios: quiero ser favorable á ti, y
 11 á tu descendencia: quiero que haya una
 11 señal entre mi y ti, que sirva de sello
 11 ó confirmacion á esta grande promesa.
 11 Construye un Altar sobre esa colina. Sa-
 11 crifica en él un tierno Cordero, y en-
 11 viaré por mi parte un fuego abrasador
 11 que consuma la víctima. Todos los años
 11 renovarás el mismo sacrificio, y todos
 11 los años enviaré la misma llama para
 11 abrasarle. Y he ahí (continuó dicién-
 11 do el Angel) revelado quanto el Al-
 11 tísimo quiere que la criatura sepa de

„ sus misterios. Antes de dexaros ten-
 „ go permiso de añadir, que sobre este
 „ globo no vivis tan solos como os pa-
 „ rece: sino que esta tierra, por más mal-
 „ dita que sea, está habitada todavía por
 „ espíritus puros, á quienes el Altísimo
 „ ha encargado vuestra defensa y con-
 „ servacion.

„ El Angel tocó al instante nuestros
 „ ojos, y abiertos de un modo particu-
 „ lar, vieron unas hermosuras que no me
 „ determino á pintar. Ninguna expre-
 „ sion puede retratar á lo vivo las fac-
 „ ciones magestuosas que vi. Toda la
 „ region estaba poblada de criaturas ce-
 „lestiales más hermosas que Eva, quan-
 „ do recién criada salió de las manos
 „ del Señor, y me despertó con su dul-
 „ ce voz, echandome los brazos con
 „ ternura. Unas recogian los ligeros va-
 „ pores de la tierra, y los llevaban á
 „ lo alto sobre sus alas, para formar
 „ de ellos los blandos rocios, y fres-
 „ cas lluvias: otras arentas al murmu-
 „ rio de los arroyos vigilaban para que
 „ su fuente no se secara, y las plantas

„ no estuviesen privadas de su húme-
 „ do alimento. Muchas estaban repar-
 „ tidas por las llanuras á cuyo gobier-
 „ no corre la produccion de los frutos,
 „ esmaltándolos de color de fuego, de
 „ aurora, ó de azul, é introduciendo
 „ en ellos agradables perfumes, fomen-
 „ tándolos con su aliento: muchas va-
 „ gaban con destino diverso por las som-
 „ bras de las espesuras, donde, sacudien-
 „ do las alas relucientes, hacian levantar
 „ los frescos céfiros, que á veces atraves-
 „ ban murmurando los vergeles: otras
 „ blandamente se dexaban caer sobre las
 „ flores, y despues iban á refrescarse so-
 „ bre la superficie de los arroyos ó la-
 „ gos, que se encrespaban ó arrollaban.
 „ Otros Espíritus descansaban de sus tra-
 „ bajos, sentados á la sombra con cita-
 „ ras de oro en las manos, entonaban
 „ á coro himnos en alabanza del Al-
 „ tísimo con armonia superior á todo
 „ oido humano. Varios pascaban por la
 „ colina, y por nuestra choza; donde
 „ condolidos de nuestra suerte, nos mi-
 „ raban al parecer con ojos de lastimas

» pero luego la catarata nos volvió á los
 » ojos, y desapareció esta escena hech-
 » cera.

» Esos son (nos dixo el Angel) los
 » Espiritus tutelares de la tierra; la na-
 » turaleza abunda en hermosuras de-
 » masiado sublimes para ser percibidas
 » por los sentidos de los mortales: El
 » Criador ha dispuesto diferentes órdenes
 » de ellas para los seres intelectivos, y
 » estas maravillas escondidas á nuestros
 » ojos son las delicias y admiracion de
 » las innumerables clases de Espiritus.
 » Las mismas criaturas celestes que ha-
 » beis visto, tienen tambien por funcion
 » ayudar á la naturaleza en sus ocultas
 » oficinas á formar las diversas produc-
 » ciones, que la providencia la pide des-
 » de la Eternidad. Tambien estan encar-
 » gadas de vigilar sobre la seguridad del
 » hombre, dirigir sus acciones, y alejar
 » de él las desgracias, de que á menudo
 » está amenazado sin saberlo: le asis-
 » ten en todos sus caminos, por obli-
 » quos y torcidos que sean, y hacen
 » que del mal aparente resulte en su fa-

» VOE

» vor un bien real; son testigos pacifi-
 » cos de sus placeres domésticos, y acom-
 » pañan cada accion con una risa de
 » aprobacion, ó con una señal de des-
 » precio. De ellos se servirá el Señor, ya
 » para derramar la abundancia en los
 » países que bendiga, ya para traer la
 » carestia y la desolacion á las nacio-
 » nes que se alejaren de él, quando fue-
 » se su voluntad atraerlas así por medio
 » de los castigos. El Angel, acabando con
 » tierna dulzura este discurso, volvió á
 » entrar en su nube; y nosotros, llenos
 » de inexplicable conmocion, nos pos-
 » tramos en tierra para tributar al Om-
 » nipotente nuestros homenajes y ha-
 » cimientos de gracias. Luego al punto
 » construí el Altar sobre la cima de la
 » colina, en cuyos contornos Eya se
 » aplicó á construir una especie de nue-
 » vo Paraíso. Quantas flores hallaba en
 » las praderas y cerros, tantas trasplan-
 » taba al rededor del Altar, y por ma-
 »ñana y tarde las regaba con el agua
 » clara de la fuente que corria cerca. O
 » Espiritus tutelares que me rodeáis, ale-

E 2

y cia

„cia entonces) acabad esta obra de mis
 „manos; sin vuestra ayuda mis cuida-
 „dos son inútiles. Haced que estas flo-
 „res estén aun mucho mas vivas que
 „quando estaban en el lugar de su na-
 „cimiento; porque este circuito está
 „consagrado al Señor. Entretanto plan-
 „taba yo este gran círculo de arboles,
 „que hacen sombra respetable y paci-
 „fica al rededor del Altar.

„Pasámos el Verano en estas ocu-
 „paciones, tostados con el excesivo ar-
 „dor del Sol. Ya iba á acabarse el Oto-
 „ño, coronado de varios frutos, los ri-
 „gidos Aquilones empezaban á soplar,
 „y las montañas á cubrirse de nieve.
 „Con harto dolor vimos convertirse la
 „naturaleza de alegre en triste: igno-
 „rábamos que la débil tierra tuviese ne-
 „cesidad de recobrar fuerzas con el
 „descanso del Invierno, despues de ha-
 „berse extenuado con sus producciones;
 „porque antes de la maldicion tenia-
 „mos en una misma estacion la Pri-
 „mavera, el Estio y el Otoño; y sin
 „estas distintas denominaciones siem-
 „pre

„pre gozábamos de un temple agrada-
 „ble y deleytoso. Entretanto la triste-
 „za de la naturaleza iba en aumentos;
 „las flores morian caídas sobre su ta-
 „llo, ó si algunas sobrevivian de dis-
 „tancia á distancia en los contornos
 „del Altar, parecian, por su aspecto
 „marchito, afligidas de su próxima
 „destruccion. Los arboles se despoja-
 „ban de sus frutos mas tardios, y aca-
 „baban de perder las hojas. Luego el
 „furor del Aquilón se aumentó; soplá-
 „ron los vientos, acompañados de llu-
 „vias impetuosas, y la nieve cubrió las
 „mas elevadas montañas. Contempla-
 „bamos esta desolacion general con no-
 „table inquietud de ánimo. Serán por
 „ventura estos (decíamos) los primeros
 „efectos de la maldicion fulminada con-
 „tra la tierra, pues parece que la natu-
 „raleza va á perder las pocas ventajas,
 „que su degradacion le habia dexado.
 „Eran estas cortas, en comparacion de
 „las del Paraíso. No obstante le que-
 „daban sobradas para llenar nuestra vida
 „de dulzura y conveniencias. Pero sí
 „la

1, la maldicion se agrava mas y mas so-
 2, bre la tierra; que destino fatal é in-
 3, feliz aguarda á nuestros dias! Enme-
 4, díó de estos pensamientos nos ani-
 5, mábamos mutuamente á desterrar de
 6, nuestros corazones toda idea de des-
 7, consuelo, y poner nuestra esperanza
 8, en el Señor con adoracion respetuosa.
 9, Entretanto hicimos provisiones de fru-
 10, tas; secámos á la lumbre las que la
 11, corrupcion nos hubiera echado á per-
 12, der, y yo guarnecía la caverna por
 13, defuera, para que nos abrigase de las
 14, escarchas y lluvias. Durante este tiem-
 15, po, el pequeño rebaño debilitado iba
 16, paciendo algunos retoños de yerba reci-
 17, cien brotada; y yo, para preservarle
 18, de una total carestía, iba por los pra-
 19, dos y cerros á cogerle provision de
 20, forrage, que encerraba con cuidado.
 21, Los días pasaban tristemente acosados
 22, de huracanes y lluvias. Pero al fin vol-
 23, vió á mostrarse el Sol vivificante, y
 24, con él la serenidad sobre el Horizon-
 25, te: vientos mas suaves derritieron de
 26, lo alto de las montañas los yelos: la
 27, na-

28, naturaleza remozada parecia sonreír-
 29, se: una tierna verdura revistió la tier-
 30, ra: una mezcla varia de flores hermo-
 31, seaba las dehesas, y disputaba al Sol
 32, su lustre: los arboles y arbolillos se
 33, vestian de nuevas hojas; toda la na-
 34, turaleza reanimada se mostraba ale-
 35, gre; y de este modo volvió á parecer
 36, sobre la tierra la amable Primavera,
 37, apacible estacion del año, coronada
 38, de flores y frondosidad: pero sobre
 39, todo nada igualaba el hermoso con-
 40, junto de arboles con que habia yo cer-
 41, cado el Altar. Eva veía allí con ale-
 42, gria inexplicable renacer las flores que
 43, habia traído de las inmediaciones. En
 44, vano seria que intentase, hijos míos,
 45, describir nuestro contento: Ah! quan
 46, vivo era! Nos conduxo á los pies del
 47, Altar: el Sol alumbraba el santo lu-
 48, gar con el resplandor mas puro: allí
 49, parecia que cada criatura consagraba
 50, sus alabanzas al Señor. Las flores de
 51, la comarca llenaban el ayre de los
 52, mas suaves olores, y los arboles ex-
 53, tendian la sombra de sus ramos flori-
 54, dos

„ dos hasta sobre la cumbre del Altar:
 „ los insectos alados, que se alojan en la
 „ yerba, expresaban su alegría con gra-
 „ tos silbidos, y las aves cantaban sin
 „ cesar encima de los arboles. Nos ar-
 „ rodillámos; y unas lagrimas de ale-
 „ gría, saliendo espontáneamente de
 „ nuestros ojos, se confundieron con la
 „ yerba mojada con ellas, y con el ro-
 „ cio de la mañana se levantaron ácia el
 „ dueño de la naturaleza, ácia el Dios
 „ de gracia y de bondad, que convier-
 „ te en nuestro provecho los efectos mis-
 „ mos de su justa venganza.

„ Entonces empecé á cultivar en la co-
 „ lina mi pequeño campo, y á sembrar
 „ sobre la tierra fecunda semillas conser-
 „ vadas del Otoño precedente. Enriquecí
 „ tambien la colina con algunas nuevas
 „ legumbres, cogidas bastante lejos en la
 „ region. Muchas veces la naturaleza, la
 „ casualidad, ó la reflexion me hicieron
 „ descubrir expedientes propios á facili-
 „ tar mi trabajo. Pero muchas veces tam-
 „ bien cometi errores por falta de cono-
 „ cimiento de tiempos y parages oportu-
 „ nos

„ nos para el cultivo. Muchas veces mi ima-
 „ ginacion se quedó corta, quando espe-
 „ raba de su perspicacia el arte de abreviar
 „ mis operaciones; ni tampoco me hubie-
 „ ra servido nunca de nada, si los Ange-
 „ les tutelares no la hubieran iluminado.

„ Un dia muy temprano, tendiendo
 „ la vista al Altar que habia construido,
 „ vi la llama del Señor que ardía encima
 „ á la hora del crepúsculo; y el Sol na-
 „ ciente doraba la columna de humo que
 „ subía á las nubes. Eva (exclamé yo) hé
 „ aqui el cumplimiento de la promesa:
 „ hé ahí la llama del Señor, que baxa á
 „ nuestro Altar. Acudamos prontamen-
 „ te. El presente dia está consagrado al
 „ Señor: cese ahora mismo qualquiera
 „ otra labor; vé á coger las mas hermo-
 „ sas flores para esparcirlas sobre el Sa-
 „ crificio; que yo voy á matar el mas
 „ tierno de nuestros cordetillos. En efec-
 „ to sali, y di muerte al mas hermoso
 „ y tierno de los Corderos; la primera
 „ criatura viva á quien di la muerte. O
 „ hijos míos, quanto me costó hacerlo!
 „ Un temblor me sobrecogió, caíase me

„ el

„ el cuchillo de las manos, y nunca
 „ hubiera podido determinarme, si la
 „ orden expresa del Señor no hubiese
 „ sostenido mi valor. Aun me lastima la
 „ idea sola del inocente animal, que pro-
 „ curaba escaparse, resistiendo al ins-
 „ trumento de muerte, luchando por su
 „ vida, y anunciando los últimos ins-
 „ tantes de su existencia, con unos mo-
 „ vimientos que me horrorizáron, has-
 „ ta que en fin se quedó inmóvil y sin
 „ vida. Á este aspecto se apoderáron de
 „ mi alma presentimientos horribles;
 „ pero sin detenerme por entonces, ten-
 „ dí la víctima sobre el Altar; Eva ver-
 „ tió encima flores olorosas, y nos pos-
 „ trámos con temor y respeto delante.
 „ Nuestras alabanzas y acciones de gra-
 „ cias subieron ácia el Señor, que cum-
 „ plia tan solemnemente su santa pro-
 „ mesa. Un silencio profundo reynaba
 „ al rededor de nosotros, como quando
 „ la tierra celebra la presencia de Dios;
 „ y en esta perfecta quietud nos pare-
 „ cia oír cánticos inmortales, que los
 „ Angeles esparcidos al rededor de no-

„ sorros, mezclaban con nuestras ora-
 „ ciones. En breve la llama consumió
 „ la víctima; despues se apagó en el
 „ Altar, y toda la region se llenó de un
 „ perfume celeste. Poco tiempo despues
 „ del día solemne de la reconciliacion
 „ iba, hijos míos, al anochecer á des-
 „ cansar de mi trabajo; al lado de mi es-
 „ posa amada: Subo la colina; y habien-
 „ dola buscado en vano dentro la caba-
 „ ña, y á la sombra de las chozas, la ha-
 „ llé debilitada; sentada cerca de la fuen-
 „ te, y tú, hijo mio primogenito, recos-
 „ tado en su seno. Mientras atendia á sus
 „ acostumbrados trabajos, los dolores del
 „ parto la habian sorprendido cerca
 „ de la fuente: derramó sobre tí lagrimas
 „ de alegría; luego levantó ácia mí sus
 „ ojos sonriendose. Saludote, (dixo) ó
 „ padre de los hombres; el Señor me ha
 „ ayudado en mis dolores, y hé parido
 „ este hijo. Al parirle le hé puesto el
 „ nombre de Cain. O tú, querido
 „ primogenito, (añadió entonces) el Se-
 „ ñor ha mirado favorablemente acá ba-
 „ xo la hora de tu nacimiento. Consa-

„ gra todos tus días á sus alabanzas. Ahl
 „ quan desvalido é incapáz de valerse por
 „ sí mismo es aquel, que nace de muger.
 „ Pero levántate como una tierna flor
 „ en la Primavera: tu vida sea un dulce
 „ perfume delante del Señor. Entonces
 „ te cogí, ó primogénito mio, en mis
 „ brazos: te saludo (dixé á Eva) con la-
 „ grimas de alegría, te saludo, madre de
 „ los hombres: Alabado sea el Señor que
 „ te ha ayudado en tus dolores. Te sa-
 „ ludo, ó Cain el primero de los huma-
 „ nos, que costó dolores á tu madre, el
 „ primero que empieza á vivir para ir
 „ á encontrar la muerte. O Dios (con-
 „ nue) mira benignamente desde el alto
 „ Cielo á tu débil criatura, y echa tu
 „ grata bendición en la aurora de su
 „ vida. Quan agradable me será instruir
 „ su tierna alma en las maravillas de
 „ tu gracia! Por la mañana y por la tar-
 „ de quiero acostumar sus tiernos la-
 „ bios á tus alabanzas. O madre del ge-
 „ nero humano, generaciones infinitas
 „ florecerán al rededor de ti. Este arra-
 „ yán se hallaba solo como tú, hasta
 „ que

„ que tiernos renuevos han salido del
 „ tallo materno, y cada vez que la Pri-
 „ mavera los ha adornado de nuevos
 „ sus primeros renuevos han produci-
 „ do otros: ahora este único arrayán
 „ forma un bosquecillo aromático, que
 „ se extiende á gran distancia. De la mis-
 „ ma manera, Esposa querida, (ojalá que
 „ esta perspectiva suavize la amargura
 „ de tu dolor actual) de la misma ma-
 „ nera, nuestros hijos se multiplicarán
 „ al rededor de esta colina. Desde la ci-
 „ ma veremos sus pacíficas cabañas po-
 „ blar las vegas. Los veremos á ellos, si
 „ la muerte tarda bastante para permitir-
 „ lo; los veremos como las abejas cuida-
 „ das ayudarse mutuamente, acopiar á
 „ sus rededores los viveres, las conve-
 „ niencias, y dulzuras de la vida. Baxaré-
 „ mos á menudo de esta eminencia para
 „ visitar nuestros nietos; y baxo sus fér-
 „ tiles sombras les contaremos las mara-
 „ villas del Señor: los exhortaremos á la
 „ virtud y á la piedad. Quando gozen
 „ de alegría, con ellos la partiremos, y
 „ los consolaremos en la tristeza. De lo
 „ al-

„ alto de la colina verémos entonces mil
 „ Altares domésticos humear al rededor,
 „ y el humo de los holocaustos rodeará
 „ nuestra morada con santas nieblas, por
 „ entre las cuales penetrarán nuestros rue-
 „ gos fervorosos a favor del genero hu-
 „ mano; y quando llegue el dia solem-
 „ ne de la reconciliacion; quando baxe
 „ la llama del Cielo sobre el primero y
 „ mas santo de los Altares, entonces se
 „ juntarán en la colina, y ambos á dos
 „ nos adelantaremos enmedio de ellos
 „ para sacrificar, mientras se mantendrán
 „ postrados al rededor de nosotros en un
 „ vasto circulo. Así exclamé, Cain, en
 „ un dulce éxtasis, y besé tus mejillas
 „ con la mas tierna alegría. Despues tu
 „ madre volvió á tomarte en sus débiles
 „ brazos, y habiendola ayudado á levan-
 „ tarse, la conduxe á nuestra vivienda.
 „ Muy luego la fuerza y viveza animaron
 „ tus pequeños miembros: la risa y la
 „ alegría brillaban en tus ojos y sem-
 „ blante. Ya podías saltar entre las flo-
 „ res con tus pies delicados: ya tus tier-
 „ nos labios empezaban á explicar ideas

„ pue-

„ pueriles, quando Eva parió á Mchala,
 „ que despues ha venido á ser tu esposa.
 „ lleno de alegría saltaste al rededor de
 „ la recién nacida, la besaste, y cubriste
 „ con flores recién cogidas. Eva te parió
 „ despues, ó Abel, y no tardó en dar á
 „ luz para ti una compañera. O quan in-
 „ explicable alegría fué la nuestra quan-
 „ do vimos vuestros pueriles juegos, vues-
 „ tros inocentes placeres, y como vues-
 „ tras tiernas almas que se desenvolvian,
 „ ensayaban sus fuerzas, y llegaban po-
 „ co á poco á su madurez. Entonces nues-
 „ tra atencion se empleaba en cultivar
 „ vuestras inclinaciones, de modo que
 „ dirigidas al bien, derramasen un agra-
 „ dable olor de virtud; á modo que de
 „ diversas flores, con arte entretexidas
 „ se forma un ramillete aromático: pues
 „ quando todavia inocentemente juga-
 „ bais sobre mis rodillas, veía ya que el
 „ hombre nacido pecador necesitaba tan-
 „ to de ser cultivado como la tierra mal-
 „ dita á causa de la culpa. Es imposible
 „ hacer florecer los talentos, y las no-
 „ bles inclinaciones sino á fuerza de cui-

„ da-

„ dados vigilantes. Pero en fin tengo la
 „ felicidad de veros llegados al término
 „ de vuestra adolescencia ; así como los
 „ tiernos arbolillos se transforman con
 „ el tiempo en arboles grandes. Alaba-
 „ do sea el Señor, que manifestó tan ma-
 „ ravillosamente su misericordia y su
 „ bondad para con todos nosotros, Por
 „ amor, por respeto, por reconocimien-
 „ to sedle en todo tiempo fieles ; y la
 „ gracia y la bendición del Cielo mo-
 „ rarán siempre en vuestras estancias. „

Aquí acabó Adán su narrativa. Así
 cuando al rayar de la aurora un joven
 al lado de su querida esposa escucha el
 dulce canto del ruiseñor, reyna al rede-
 dor un silencio profundo : y los tiernos
 acentos, que parecen eco de sus amorosas
 conversaciones, le penetran hasta lo mas
 profundo del alma : pero acabado el can-
 to, todavía escucha largo tiempo vuelto
 ácia las ramas, donde cantaba el ave:
 así al tiempo que Adán cesó de hablar,
 sus hijos le escuchaban aun con ansia.
 Los lances diferentes de su narracion los
 habian conmovido diversamente, y les ha-

habían arrancado repetidas veces ya la-
 grimas y señales de alegría. Todos diéron
 gracias al Padre de los hombres ; diólas
 Cain como los orros ; pero como mas
 ennero, fué el único que no lloró, ni
 se sonrió.

FIN DEL CANTO II.



CANTO TERCERO.

Entonces salieron todos de la choza: abrazó Abel tiernamente á su hermano, la Luna los alumbraba, y cada uno con su amada tomó el camino de su cabaña. Abrazó Abel á su querida esposa, diciendo: «Que alegría se difunde en mi alma! Mi hermano ay si, mi hermano no está ya ayrado contra mí: el quiere amarme. Ha, las lágrimas que hoy han bañado sus mejillas me han llenado de un gozo inexplicable! No por cierto: el rocto mismo no es tan agradable después de los calores exorbitantes de un Sol ardiente. Se ha calmado la tempestad furiosa de su alma: han vuelto á reynar entre nosotros la tranquilidad y la alegría. O tú, que cuidastes con bondad infinita de nuestros padres, quando empezaron a vivir solos en esta inmensa tierra, te suplico hagas que la inquietud y desasosiego no vuelvan jamás á turbar su alma.»

Thir-

Thirza abrazó á su esposo, y derramó lágrimas de alegría, diciendo: «Ay! una lluvia dulce no refresca tanto las praderas sedientas; el retorno de la Primavera, después de las tristes escarchas del Invierno, no causó tanto gozo á los Autores de nuestros días, quanto me han ocasionado las lágrimas de mi hermano, el recobro de su afecto. Instantes felices! la frescura y serenidad han remozado las facciones de nuestros padres: la felicidad, las delicias han inundado su alma. Hora afortunada! La naturaleza me parece mas hermosa, y tu antorcha, pacífica Luna, me parece mas reluciente.» De este modo resaltaba en sus labios el contento.

Tambien tomó Cain el camino de su cabaña, acompañado de Mehala su esposa; miróle tiernamente, y apretó sus manos con sus labios, diciendole: «Querido mío, ¿que seriedad tan extraordinaria es esa! El sosiego restituido á tu corazón, no es capaz de difundir la serenidad en tus ojos, y alegrar tu

F 2

sem-

«semblante? Sé que tu gravedad natural
 «ha templado siempre en ti la impresion
 «del placer, ó la ha reconcentrado en
 «tu corazon. Sin embargo, querido es-
 «posito, que contento, que extasis ani-
 «maban tus ojos, y se pintaban en tu
 «rostro, quando abrazabas fraternalmen-
 «te á tu hermano! Entonces el Eterno
 «desde lo mas elevado de su Trono te
 «bendixo, y los Angeles que nos rodean
 «derramaron sobre nosotros lagrimas de
 «regocijo. Permite á mi tierno amor, á
 «mi gozo, que te apriete contra mi pe-
 «cho.» Dixo, y le abrazó tiernamente.

No resistió Cain á las tiernas demos-
 traciones de su esposa; pero la dixo:
 «Tu alegría excesiva me ofende: si,
 «te repito, que me enfada: pues pare-
 «ce que con esas expresiones me quie-
 «res decir: Cain se ha cortegido! An-
 «tes era un hombre vicioso y malo,
 «que aborrecia á su hermano. Ah, no!
 «no era ni vicioso ni malo: Qué idéa
 «tan extraña! Aborrecia acaso á mi
 «hermano, porque no le colmaba á ca-
 «da instante de abrazos y lagrimas?
 «Nun-

«Nunca jamás he aborrecido á mi her-
 «mano: Solamente he visto con dis-
 «gusto los blandos y afeminados ha-
 «lagos con que me robaba la aficion de
 «Eva y de Adan. ¿Como es posi-
 «ble ser insensible á esto? fuera
 «de que, ó Mehala, no carece de fun-
 «damento mi indignacion y enojo.
 «Que imprudencia la de nuestro padre
 «en contarnos la historia vergonzosa de
 «su caída, y todos los desastres que cau-
 «só. Que necesitamos saber ni oir re-
 «perir tantas veces, que por su culpa y
 «por la de Eva hemos perdido un Pa-
 «raíso de delicias; que por su falta so-
 «mos infelices; si lo ignoráramos, nues-
 «tra miseria seria mucho mas tolerable,
 «y tendríamos mucho menos que llo-
 «rar la privacion de una felicidad, de
 «la qual no tendríamos idéa alguna.»
 Mehala en su corazon ahogó estas re-
 presentaciones y quejas; y mirando á
 su esposo para leer en sus ojos, si po-
 dia aventurarse á responder, le dixo
 con ternura: «Dexame te pido, querí-
 «do mio, soy incapáz de contener las
 «lá-

«lágrimas que se me escapan; dexame
 «por tu mismo bien aplicarte; ten siem-
 «pre apartadas de tí estas negras nubes
 «de melancolia, que has tenido la fuer-
 «za de disipar: Recobra la sereni-
 «dad del espíritu, y no veas miseria
 «y calamidad, donde no deberias mi-
 «rar sino la misericordia y la gracia
 «divina; no hagas reconvençion al pa-
 «dre que nos ama, ni á nuestra tierna
 «madre, porque nos refieren las mara-
 «villas que Dios hizo en favor del hom-
 «bre ya caído. Con lo qual tiran á ex-
 «citar en nuestras almas un recono-
 «cimiento vivo, y una confianza fir-
 «me. Son tan solícitos de todo lo que
 «puede sernos causa de pena ó de do-
 «lor, que seria inhumanidad echarles
 «en rostro nuestra miseria. Vence, que-
 «rido mio, vence la melancolia que
 «quiere de nuevo introducirse en tu co-
 «razon, y obscurecer tus dias, y los
 «mios con una taciturna tristeza.» Ca-
 «lló, y tiernamente se miró con los ojos
 «bañados en lágrimas. Entonces un cari-
 «ñoso sorriso templó su seriedad. «Ven-

«ce-

«ceré (dixo) la melancolia que quiere
 «dominarme: Abrazame: Abrazame, querida mias
 «no volveré á permitir que acibáre mas
 «tus dias ni los mios.» Dixo, y abrazola.

Había largo tiempo que observaba
 los pasos y discursos de Cain cierto
 genio infernal llamado Anamalech; el
 qual aunque solo era un demonio sub-
 alterno; no cedia á Satanás en sober-
 bia ni ambicion. Muchas veces en el
 infierno se había separado de sus com-
 pañeros, á quienes desoreciaba para que-
 darse en la soledad. Allí entre arroyos
 infectos de azufre, que atravessaban este
 terreno ardiente, y entre los peñascos
 enormes que cubrian sus negras cimás,
 con una nube borrascosa se indigna-
 ba de su vergonzosa inaccion. La re-
 verberacion horrorosa de las llamas en
 las montañas contra las nubes, despe-
 dia una luz obscura por las veredas en
 donde andaba vagando. Mientras que el
 infierno celebraba con un ruido tumultu-
 oso el triunfo y las alabanzas de su
 Rey, que de vuelta del globo terres-
 tre contaba soberbiamente desde lo al-

to

to de su trono, de que manera habla seducido á los primeros hombres, y obligado al Señor de los Cielos á fulminar contra ellos sentencia de muerte y de maldición: Entonces el negro veneno de la envidia hinchó el pecho de Anamalech. «¿Luego la gloria y los honores (decía en sí mismo) son solo para él, y para los que con fausto rodéan su trono? Y yo eché á andar errante, y olvidado en los rincones tenebrosos de los infiernos, entre el vil populacho de los demonios! No por cierto, yo me tengo por capaz de executar acciones que asombren al mismo infierno, y entonces..... quiero que Satanás, el mismo Satanás, no pronuncie mi nombre sin respeto.» Ocupado en estos proyectos, maquinaba secretamente en su soledad la ruina del género humano, y meditaba en su perverso cerebro varios proyectos de destrucción. Sus designios odiosos se lograron harto bien. Logró demasiado hacer su nombre respetable á las mismas potestades infernales. El fué quien con el

el transcurso del tiempo obligó á un Rey perverso á sacrificar millares de criaturas en Belen. El vió con complacencia unos hombres tan crueles como los demonios, explayar una rabiosa ferocidad contra aquellas inocentes criaturas, estrellarlas á las paredes, que quedaban teñidas con su sangre, ó con el cuchillo en las manos, degollarlas y desquartizarlas en el regazo mismo de sus madres desesperadas. Entonces el infame Anamalech volaba, sonriéndose, sobre los techos de la Ciudad desventurada. Los gritos lamentables de las tiernas víctimas eran una melodía agradable á sus oídos. Se alimentaba con alegría infernal de los lúgubres clamores de las madres inconsolables: complacíase en ver cadáveres de aquellos infantes, cortados á pedazos, abiertos y desfigurados por las profundas heridas, rodando baxo los vacilantes pies de sus homicidas, y los padres arrastrándose por el suelo, exhalando suspiros lastimeros entre arroyos de la sangre inocente, «Quiero subir (dixó él) á la tierra» de

» deseo ver que significa aquella amenaza hecha al hombre (*Morirás*), cuyo efecto aceleraré matando. » Dicho esto, salió de las puertas del infierno, y siguió la senda que Satanás había trazado por medio de la noche antigua, y del imperio tumultuoso del caos. Así como un bergantín bien equipado boga con todas sus velas en la vasta mar, aborda las costas de la Hesperia, sorprende allí los habitantes tranquilos de alguna aldea, cuya fogosa juventud se lleva cautiva. Entonces los padres y las madres, los hermanos y las hermanas, la esposa inconsolable se lamentan en la orilla, siguiendo con los ojos los piratas aprehensores que se alejan. El genio infernal vuela largo tiempo con rapidéz en el imperio lúgubre de la noche, hasta que percibe al fin á lo lejos una luz débil del crepúsculo acia las fronteras del Universo criado. Á manera que un malhechor, que medita algun homicidio nocturno, ca nina durante la obscuridad acia alguna Ciudad capital que vé de lejos iluminada con innumerables luces, se in-

insinúa con miedo huyendo de la claridad; semejante miedo tenía el espíritu impuro al atravesar las esferas inmensas, que le sirven como de camino para el globo de la tierra. Llegando á el no tardó en encontrar la morada de los hombres, que su penetrante vista descubrió facilmente. Luego se dexó caer á ella desde la region de los ayres entre unas espesuras sombrías. « He aquí » (dixo al llegar) la tierra que ha sido » maldecida! He visto al paso el Paraiso » guardado por la espada de fuego, mansion hermosa, y semejante á las cam- » piñas celestes que han perdido. Pero la » tierra que les queda no es un infierno. » Tal vez con humildes y lamentables » súplicas habrian apaciguado el enojo » de su Dios: quizá su cuerpo material » estará expuesto á tormentos y dolores, » que no tienen cabida en espíritus mas » puros, y en substancias etéreas: aquí » tal vez pudiera yo ser feliz, si no lle- » vára el infierno conmigo á todas par- » tes. Mas veo Angeles repartidos por to- » dos lados; procuremos escaparnos de.

»su atención, á fin que no pongan obs-
 »táculo á mis empresas. He allí sobre
 »una colina, aquella familia de pecado-
 »res: No me parecen infelices, acaso
 »sus males no empezarán hasta la muer-
 »te Probemoslo con una expe-
 »riencia: puede ser que podamos indu-
 »cirlos al delito pues segun pare-
 »ce, su corazón está abierto, ó propen-
 »so á la seducción. Satanás ha engañado
 »bien al Gefe ó cabeza de esta familia
 »con un artificio bastante trivial; quan-
 »do sus individuos eran todavía perfec-
 »tos ó inocentes. Ahora que no lo son
 »ya, y que la maldición del Cielo los ha
 »degradado, cuánto mas fácil será tras-
 »tornar sus principios morales! Desde
 »luego prevco que los precipitaré en
 »acciones tan perversas, que los Ange-
 »les horroizados se vean en la preci-
 »sión de abandonar la tierra, y el que
 »los crió, los extermine con su rayo, ó
 »los arroje al abismo. Disfrutando en-
 »tonces desde nuestro espantoso pie-
 »lago de dolores el único gusto de que
 »somos capaces, verémos gustosos co-
 »mo

»mo caen, y se revuelvan en las ho-
 »gueras infernales estos dignos habi-
 »tadores de la tierra. Allá en el campo
 »alcanzo á ver uno de semblante feroz
 »y triste, segun indican las facciones
 »de su rostro; obraré por medio suyo
 »cosas grandes. Voy en su busca á son-
 »dear sus intenciones é inclinaciones.»
 Dixo; y sin ser visto se puso á dar vuel-
 tas entre los hombres, sin pensar en
 otra cosa que en el homicidio y en la
 seducción.

Acababa de pasar esto cerca de Cain,
 y de su compañera, y habia oido quan-
 to decian. Apenas los vió recogidos en
 su cabaña, se paró, y repitió con risa
 irónica lo que habia oido. «*Aparta siem-
 pre de tí estas negras nubes de melan-
 colia, que con tanto esfuerzo dissipaste.
 Vence la tristeza que quiere apoderarse
 de nuevo de tu alma* y (substi-
 tuyendo el language de la ira en lugar
 del irónico,) No dixo el bien nunca
 »prevalecerá en tu terreno ingrato, sa-
 »bré destruirlo antes que madure; y
 »estas nubes de melancolia, que creéis
 »des-

»desvanecidas enteramente, las volve-
 »ré á juntar sobre tu cabeza, tan den-
 »sas y oscuras como las que circun-
 »dan á las cumbres de las eminencias
 »infernales. No hay cosa mas facil! Tu
 »mismo te afanas por aglomerarlas, á mí
 »me basta ayudarte y patrocinarte; y
 »con quanto gusto lo haré! Si, dexame
 »obrar; quiero con estas nubes ofuscar
 »tu razon, á fin de que el desconsue-
 »lo y la miseria, males aun desconoci-
 »dos entre los mortales, empiezen á
 »hacerse sentir; para que su vida siem-
 »pre envuelta en dudas y obscurida-
 »des sea aun mas deplorable de la que
 »cubre perpetuamente el infierno. »

La risueña aurora empezaba á dorar el horizonte, y convidaba á los vivientes al canto y á la alegría: Cain tomó sus aperos para volver á los campos. Abel, despues de haberle cordialmente saludado, iba á conducir sus ganados á las dehesas llenas de rocío. Mehalá y Thirza ásidás de las manos se acercaban al Jardín, enmedio del qual el Altar estaba erigido, quando salió Eva

de

de su cabaña, con muestras de afliccion. Ambas inquietas y espantadas se acercaron, y la dixeron con agitacion:
 «Ay madre nuestra llorais? y por qué?»
 Al oír esto redobló Eva sus lagrimas: despues, haciendo lo posible para dar treguas á su dolor, las miró amorosamente, y sollozando las dixo estas palabras. «Ay hijas mias! ¿no habeis oido
 » los tristes gemidos que salian de nues-
 » tra cabaña? Agudas penas han asalta-
 » do esta noche á vuestro padre. En este
 » punto está luchando con un mal que
 » le ha acometido, y penetrado hasta los
 » hucos: Se esfuerza á disimular, qui-
 » siera detener todos los suspiros que in-
 » voluntariamente despide su corazon:
 » quisiera no solo ahogar su intimo dolor,
 » sino consolarme á mí: ay hijos mios,
 » un temor funesto se ha apoderado de mi
 » alma, y mi corazon despedazado re-
 » husa todo alivio. En el mismo tiempo
 » que él descansa tranquilamente, pa-
 » rece sumergido en las reflexiones mas
 » amargas: luego gime con angustia: un
 » sudor frío baña su frente, y las lagri-
 » mas

» mas detenidas brotan de sus ojos á ma-
 » nera de torrente. O presagio espantoso,
 » que oprimes mi alma como si fueras
 » una montaña desmesurada! Hijas mías,
 » sostenedme, me agovia mi desgracia,
 » volvamos á la cabaña.» Llorando se
 » apoyaba sobre el hombro de Mehala: y
 » acompañada por sus hijas, tambien llo-
 » rosas, dirigió de nuevo sus pasos á la
 » cabaña.

Rodeó toda la familia muy afligida
 la cama del padre, que tranquilamente
 descansaba. Su rostro y sus gestos anun-
 ciaban que su alma, sin embargo de
 quanto padecía, habia quedado superior;
 y levantando los ojos con agradable
 risa ácia sus afligidos hijos, les dixo:
 «Queridos míos, la mano del Señor ha
 » derramado sobre este cuerpo forma-
 » do del polvo un dolor, que despe-
 » daza mis entrañas: Alabado sea el
 » Eterno, que lo gobierna todo sábia-
 » mente. Tal vez será este el cuchillo
 » con que quereis cortar los nudos que
 » unen mi alma con el cuerpo. Si este
 » ha de volver á la tierra de donde sa-
 » lló,

» lló, me resigno; aguardaré; adoran-
 » doos, la hora fatal, y hasta que mi
 » polvo se disipe, daré gracias al Señor
 » por la vida y por la muerte. Enton-
 » ces el alma libre del cuerpo, sobre
 » que cayó la maldicion, alabará al Se-
 » ñor mas dignamente. Si, Dios miol
 » Este noble sentimiento está por tí re-
 » servado para el alma. Muy justo es
 » que aquel vuelva primero á su polvo
 » primitivo: pero, ó Dios consolador!
 » dignate ampararme con tu auxilio, y
 » hazme tolerar los males presentes con
 » la firme esperanza de una vida futura
 » mas dichosa. Sobre todo no me aban-
 » dones, quando la hora fatal de la muer-
 » te se acerque, y el ultimo temblor
 » haga estremecer todos mis huesos! Tú
 » Eva, á quien amo como á mi mismo,
 » y vos, queridos hijos, no agraveis mi
 » dolor con vuestros gemidos y lamen-
 » taciones. Ay! como estais sepultados
 » en una profunda y melancólica triste-
 » za! queridos míos. . . . cesen esos
 » llantos y congojas que me afligen.
 » Quizá mis males será solo un anuncio

»de la muerte, que poco á poco vá acer-
 »candose á mi. Acaso tambien que el
 »Señor me libertará de ellos; pero sea
 »lo que fuere, estén vuestras almas pre-
 »venidas á todo, acostumbraos de ante-
 »mano á una humilde y firme resig-
 »nacion para aquel momento en que
 »Dios sea servido quebrar el barro que
 »cubre mi alma, y quitarme de vues-
 »tra compañía. Al decir esto, los so-
 »llozos de todos interrumpieron su dis-
 »curso. Calló, y guardando un silencio
 »profundo, miró á cada uno de los cir-
 »cunstantes, pero en particular fixó la
 »vista sobre Eva, cuyo aspecto redobló
 »su tristeza. Despues, volviendo á seguir
 »su discurso, dixo: «Ay! sin duda que
 »la muerte del primero que la experi-
 »mente, será terrible para los circuns-
 »tantes; pero será aun mas espantosa
 »para él que sea la víctima. Quiera el
 »Dios misericordioso, que nunca nos
 »ha abandonado en nuestras afliccio-
 »nes, socorrerme en aquel trance ter-
 »rible: No dudo que lo haga, quando
 »asi me lo prometen sus experimenta-

»das

»das bondades. Por lo tocante á voso-
 »tros, hijos míos, acabó diciendo: salid,
 »dexadme recoger mi alma ante el Se-
 »ñor, rogadle por mi con fervor. Qui-
 »za esta horrenda crisis acabará con un
 »dulce sueño, y con el mismo recobra-
 »rán mis miembros fatigados su anti-
 »guo vigor.

Con esto calló el padre de los hom-
 »bres, y sus hijos anegidos se incliná-
 »ron para besarle la debil mano. «Sí,
 »padre amado, (exclamaron) vamos á
 »postrarnos delante del Señor; y supli-
 »carle, que un dulce sueño vanga á re-
 »parar vuestras fuerzas exhaustas por el
 »dolor. Plegue al Cielo que nuestra sú-
 »plica sea oida! y que el Señor temple
 »con un sueño dulce los agudos dolo-
 »res, que te atormentan.» Salléron de
 »la cabaña todos, con el corazón lleno
 »de amargura, y quedó Eva sola. «Qui-
 »siera descansar; (dixo entonces Adán,
 »dirigiendole la palabra) pero al verla
 »llorosa, añadió: ¿Que es eso? ¿esposa que
 »llora; lloras? No remes, contristandote,
 »aumentar mi pena, y desterrar de mi

G 2

nel

» el sueño. » Despues envolvió su rostro
 en pieles, para ocultar á su compañera el
 pesar que ocasionaba el desasosiego de
 su alma: y preguntabase á si mismo:
 «Será esta la hora terrible llena de
 » temor? Así lo creo, Dios mio, quan
 » formidable me parece! No abandones,
 » Señor, á un infeliz pecador, que está
 » expirando. Con todo, por mas horroroso
 » que me parezca, seria un consuelo
 » muy dulce para mi, si mi triste suerte
 » pudiese satisfacer por la de los míos; si
 » con mi muerte pudiese liberrar á todos
 » mis descendientes de una suerte igual.
 » Mas no, vendrán en seguida mis los
 » mismos horrores, el mismo velo de te-
 » nieblas se extenderá sobre todos quan-
 » tos nacieren de muger; pues un tron-
 » co contaminado por el pecado, qué
 » puede producir sino pecadores man-
 » chados, y sujetos á la muerte! He qui-
 » tado la vida á toda mi posteridad. To-
 » dos acabaremos por ser arrancados de
 » los brazos de los que nos aman, de
 » los que nos suavizan esta vida con mil
 » delicias. O Eya, esposa tiernamente
 » ama:

» amada, quantas lagrimas derramarás
 » sobre mis cenizas! ay triste y horroroso
 » perspectiva! Pero mi polvo inani-
 » mado no se estremecerá tambien, quan-
 » do los tiernos huerfanos destituidos
 » lloráren la pérdida de sus padres en la
 » flor de la edad: ó quando los padres
 » y madres decrepitos se vean arrancar
 » por una muerte temprana los baculos
 » de su vejez: ó quando los hermanos
 » regáren con lagrimas la tumba de sus
 » hermanos, la esposa la de su esposo, y
 » el amante la de su amada? Entonces per-
 » donad á mi memoria, hijos míos! no
 » maldigais mi tranquilo polvo. Justisi-
 » mo es, que la muerte se acerque, acom-
 » pañada de temblor y de horrores: muy
 » justo es que experimentemos todo el
 » peso de la maldicion en la ultima ho-
 » ra que nos arranque de esta vida pe-
 » caminosa. La muerte quita de encima
 » al alma esta cubierta de barro que la
 » envuelve, para sacarla de su estado de
 » maldicion, y hacerla feliz: Si á pesar
 » del poco poder que le queda para el
 » bien,

„bien, ha luchado contra sus vicios, y
 „hecho lo posible por practicar la virtud.
 „Así, hijos míos, no tenéis que maldecir
 „mi ceniza. Nuestra morada en la
 „tierra no es proplamente vida; sino
 „aurora de la vida. Allanaos, montañas
 „pesadas que me agobiáis. Solo en mu-
 „riendo volveré á vivir: este instante
 „lo aguardo como un tierno padre, que
 „despertando el primero, durante una
 „mañana deliciosa de primavera, espera
 „al salir del Sol que sus hijos queridos
 „despierten, y vengan á gozar de sus
 „carñosos abrazos. Tales eran los pen-
 „samientos y solloquios de Adán, quan-
 „do vino á apoderarse de sus sentidos un
 „sueño apacible, que le volvió la calma
 „y el descanso.

En este tiempo Eva sentada á su la-
 do lloraba amargamente, y decía en
 baxa voz, por no interrumpir el sueño
 de su esposo. “Quantos males pasó! ó
 „maldición! efecto del pecado, agrava
 „en mí tu peso, dobla en mí los ma-
 „les que produces. Todos quantos do-
 „lores

„ lo-

„lores y males padeceis, ó mortales,
 „vienen de mí sola, yo soy la primera
 „que pequé. Ay! los males que sufris
 „son otros tantos remordimientos que
 „me consumen. Esposo querido, si mu-
 „rieras! (á esta idea me estremezco! un
 „temblor general, un sudor frio se apo-
 „deran de mí. ¿Los horrores de la muer-
 „te no serán mas espantosos?) Si murie-
 „ras por mi culpa, ó Adán, si son las
 „angustias mortales las que te rodeasen:
 „ay! no me mires con desprecio, ni con
 „ira, y vosotros hijos míos no maldi-
 „gáis á vuestra madre, que harto dig-
 „na soy sin eso de lastima. Verdad es
 „que ninguna queja ha salido aun de
 „vuestros labios; pero ay! cada suspiro
 „que dáis, cada lagrima que derramáis
 „me sirve de una reconvenccion doloro-
 „sa. O Dios Todo-Poderoso! escucha mis
 „ruegos lamentables, quítale sus dolores;
 „ó si son los anuncios de la muerte, si
 „su cuerpo debe volver á la tierra (ter-
 „rible idea!) no me separes de él, de-
 „xame morir á su lado, retira mi alma
 „primero para que no le vea morir. Fui
 „la

„la primera en pecar., Calló Eva, é inconsolable, lloraba al lado de Adán adormecido.

Cain había salido al campo, y las lágrimas de sus ojos se habían enxugado ya. “No podía (dixo al irse) contenerme en llorar cerca de la cama de mi padre, sus lamentaciones y discursos habían penetrado hasta mi alma. Sin embargo de que no morirá, á lo que espero, ó Dios! haz que no muera este buen padre á quien amo. Á la verdad no podía contenerme de llorar; pero para llorar tanto como mi hermano, sería menester fuese mas afeinado de lo que soy. ¿Dirán tambien aun, que soy de natural feróz? ó á lo menos dirán, que Abel quiere mas á su padre que yo, pues no he sollozado tanto como él? Amo á mi padre, y tanto como Abel; pero no tengo las lágrimas en mis manos, ni á mi disposición.”

Abel oprimido por su parte de dolor, iba á sus prados; sus ojos proseguían humedecidos, é inclinando la frente has-

ta

ta sobre la yerba, que regaba con lágrimas, dirigió este ruego al Señor.

“Te alabo con la mas profunda humildad á ti, que guias el destino de los mortales con sabiduría y bondad infinitas. Me arrevo en medio de las comunes tribulaciones á dirigir mis súplicas á tu Trono, con la confianza de que tienes permitido al pecador el implorarte, dexandonos tan dulce consuelo para remedio de todos nuestros males. Sin duda no debo esperar que alteres el orden de tu sabiduría para oír los votos de un miserable gusanillo. Tus vias, ó disposiciones son sábias y buenas, Dios mio! no te pido otra cosa mas que fuerza para sufrir, y consuelo en nuestras penas. Pero si mis votos no son opuestos á los caminos de tu sabiduría, vuelvenos nuestro padre comun, restituye á nuestra madre su esposo, por quien pide; vuelvela aquel, con quien partía su felicidad y miseria, y cuyas suertes están tan estrecha y mutuamente unidas, que la vida del uno es la del otro. Restituye á unos hijos in-

„con-

„ consolables un padre querido ; dilata
 „ la hora de su muerte para mas adelan-
 „ te. Basta la mas ligera señal de tu be-
 „ neplácito , para que los males mas ter-
 „ ribles desaparezcan inmediatamente.
 „ La alegría, el júbilo, y las acciones
 „ de gracias subirán desde la humilde
 „ cabaña de los mortales hasta tu Solio.
 „ Permite que el que nos ha dado la vi-
 „ da viva entre nosotros edades mas dila-
 „ tadas: que nos anuncie tus infinitas bon-
 „ dades, é inspire tus alabanzas á nues-
 „ tros hijos é hijas, desde la edad donde
 „ apenas empiezan á articular palabras.
 „ Pero si en tus decretos infinitos está
 „ escrito que muera, no te ofendan, Dios
 „ mio, mi dolor ni mi congoja. . . . Si
 „ tu sabiduría ha determinado que mue-
 „ ra, perdona el desorden de mis pala-
 „ bras, originado de mi pena, y permiti-
 „ te que me enternezca. Si ha de morir,
 „ asístele á la hora terrible que le disol-
 „ verá en polvo. Perdona entonces nues-
 „ tras lamentaciones: concede este des-
 „ haogo á nuestra afliccion, ó mode-
 „ rala con tus divinos consuelos, para
 „ „ que

„ que no nos abatamos desesperados, y
 „ podamos alabar tu sabiduría en medio
 „ del abismo de nuestra miseria. „

De este modo oraba Abel con hu-
 mildad profunda: quando oyó un rui-
 do acompañado de una fragancia, que
 extendiéndose al rededor, transcendía
 hasta él. Volvió la cabeza, y vió cerca
 de sí un hermoso Angel tutelar, adorna-
 do de resplandor, con frente serena, co-
 ronada de guirnaldas de rosas. Su risa
 era graciosa como la de la Aurora, y
 dixo con una voz tan suave como el so-
 plo del céfiro: “ Amigo, el Señor es-
 „ cuchó tu ruego; y ha mandado que
 „ me disfrace en un cuerpo opaco para
 „ traer consuelo y socorro á tus males.
 „ La Sabiduría eterna, que vela sin ce-
 „ sar para el bien de cada criatura, y
 „ tiene el mismo cuidado de un vil in-
 „ secto, que de un Arcangel adornado
 „ de luz, se ha dignado mandar á la
 „ tierra, que produzca de su seno re-
 „ medios saludables para uso de sus mo-
 „ radores, cuyos cuerpos adolecen de
 „ enfermedades, y están sujetos á las
 „ in-

„ influencias malignas , que la maldición
 „ primitiva atraxo sobre la naturaleza;
 „ como otros tantos caminos que la guian
 „ á aquella corrupción que la está aguardando. Asi , amigo , toma estas flores
 „ y plantas , que son específicos propios
 „ para restablecer la salud de tu padre:
 „ hazlos hervir con agua de fuente , be-
 „ bala , y curará. „

El Angel , dandole las flores y las plan-
 tas , desapareció. Al oír esto Abel se que-
 dó inmovil , y poseído de una admiración
 inexplicable ; no tuvo fuerza mas que
 para exclamar. « Dios mio , quien soy
 „ yo , para que oygas tan favorablemen-
 „ te las quejas de un pecador compues-
 „ to de ceniza y polvo? Como podrá
 „ un mortal darte condignas gracias por
 „ tus beneficios? Como podrá ensalzar
 „ dignamente tu bondad? No por cierto,
 „ un mortal no alcanza á esto , Señores
 „ los Angeles mismos no bastan con sus
 „ himnos. „ Corré al instante á su caba-
 „ ña sobre las alas de su alegría , y prepa-
 „ ra con ansia é impaciencia la saluda-
 „ ble bebida. Luego vuéla á la cabañita del

pa-

padre , adonde Eva llorosa estaba sen-
 tada junto á su cama , acompañada de
 Thirza y Mehala , melancólicas en pies
 quienes admiradas observaron su desaso-
 siego , la alegría pintada en sus ojos , y
 la risa en sus labios. « Queridas mías,
 „ las dixo , enxugad vuestras lagrimas:
 „ el Todo-Poderoso ha escuchado nues-
 „ tras súplicas ; nos ha socorrido ; pues
 „ mientras yo oraba en el jardín se ha
 „ aparecido un Angel á darme unos sim-
 „ ples , cogidos por su mano celestial,
 „ diciendome : *Hazlos hervir en agua*
 „ *clara , y restituye á tu padre la salud.* „
 Escucharon las hijas esta relacion con
 maravilla , y diéron á entender su reco-
 nocimiento con alabanzas y acción de
 gracias. Apenas tomó el padre la bebi-
 da aromática , experimentó su efecto , y
 sentado sobre la cama dió gracias al
 Señor con piedad fervorosa : despues,
 tomando al hijo por la mano , le abrazó
 tiernamente contra su rostro , y bañan-
 dolo con sus lagrimas , le dixo : « Hijo
 „ querido , hijo mio , bendito seas tú,
 „ por quien el Señor me envia socorro,
 „ tú

„ tú cuya virtud le agrada , tú cuyas
 „ súplicas escucha : bendito seas una y
 „ muchas veces , mi muy querido hijo. „
 „ Eva y sus hijas tambien se acercaron,
 „ y abrazaron á aquel por quien el Se-
 „ ñor habia enviado su socorro.

En este tiempo mismo volvia Cain
 del campo ; diciendo entre si : „Estoy
 „ inquieto con varios cuidados, voy á
 „ ver á mi padre, que tal vez necesita-
 „ rá de mi socorro ; quizá estará mu-
 „ riendo, ay de mí Seré tan infeliz , que
 „ no llegué á tiempo de recibir la ul-
 „ tima bendición. „ Con estas ideas ha-
 „ bia vuelto del campo ; pero á su llega-
 „ da vió con admiracion reynar la aleg-
 „ ría, y oyó que el padre bendecía al
 „ hijo. Mchala, viendole , corrió á él, abra-
 „ zóle, y contóle de qué manera habia
 „ el Señor enviado socorro por medio de
 „ Abel. Acercase Cain al lecho de su pa-
 „ dre, y besóle la mano, diciendo : „ Os
 „ saludo, padre mio , alabado sea el Se-
 „ ñor que os concede á nuestras lagri-
 „ mas. Pero , padre querido , ¿no habrá
 „ para mí bendición? Habcis bendecido
 „ „ aquel

„ „ aquel por quien el Señor os ha envia-
 „ do el socorro , bendecid tambien , pa-
 „ dre mio , á vuestro primogénito. „ Mi-
 „ róle Adán tiernamente, y apretándole
 „ la mano con la suya : „Doyte mi ben-
 „ dición , díxole , ó Cain , bendito seas
 „ de Dios, ó primogénito mio, la gracia
 „ del Señor sea siempre contigo ; goze
 „ tu corazon de paz tranquila , y tu
 „ alma de un sosiego inalterable. „ Lue-
 „ go se volvió Cain á su hermano , y le
 „ abrazó (de lo qual no podía excusarse,
 „ pues todos los demás lo habian hecho.)
 „ Despues salió de la cabaña , para retirar-
 „ se al fondo obscuro de una espesura,
 „ donde oprimido de melancolía exclamó:
 „ Una paz tranquila una quie-
 „ tud inalterable de alma , ¿de que mo-
 „ do podré yo alcanzarlas! Fuc
 „ menester que yo pidiese la bendición,
 „ que mi padre dió de tan buena volun-
 „ tad á mi hermano. Me dexa mi prero-
 „ gativa de primogénito ; gran ventaja!
 „ „ quan infeliz soy! no tengo otra supe-
 „ rioridad que la de la miseria , y del
 „ „ desprecio. Por su conducto el Señor ha
 „ „ en-

„ enviado socorro á nuestro padre. To-
 „ dos los sucesos contribuyen á que le
 „ quiera con preferencia. ¿Cómo me ha
 „ de tener á mi en aprecio, que soy
 „ el desecho del Señor y de sus Ange-
 „ les? A mí no se aparecen, pasan sin
 „ hacer el menor caso de mí, mientras
 „ que me consumo por trabajar en el
 „ campo, y el sudor corre por mi ros-
 „ tro tostado: pasan de largo por ir á
 „ hallar al que se recrea con las flores
 „ en la mano, ó que se mantiene ocio-
 „ so cerca de su ganado, ó vierte al-
 „ gunas lagrimas sobrantes, quando el
 „ Sol al llegar á su ocaso tñe de pur-
 „ pura las nubes, ó quando las flo-
 „ res brillan esmaltadas por el rocío.
 „ Infeliz soy en haber nacido primero,
 „ pues mi primogenitura solo sirve de
 „ que sobre mí cayga una maldición
 „ mas espantosa! Toda la naturaleza le
 „ es propicia, yo soy el único condena-
 „ do á comer pan de dolor con el su-
 „ dor de mi rostro; en todo soy el mas
 „ infeliz. Envuelto Cain en estos me-
 „ lancólicos pensamientos de odio y de
 „ en-

„ envidia, iba vagando por entre el bosque.

„ Ocultábase el Sol detrás de los ver-
 „ des montes, y al sepultarse por el hori-
 „ zonte, teñia las nubes color purpúreo;
 „ quando Adan por su parte habló así:
 „ Pues que el Sol se retira tras los montes,
 „ quiero salir á la puerta de la cabaña,
 „ antes que acabe el día; á dar gracias
 „ al Señor que me socorrió. Salió con
 „ esto de la cama lleno de fuerza y de
 „ vigor, acompañado por Eva y sus hi-
 „ jos. El Sol de la tarde alumbraba el
 „ hemisferio con luz muy débil. Arrodi-
 „ llóse Adan, y recorriendo con ojos
 „ contemplativos la region así iluminada:
 „ Aquí estoy, dixo á Dios, penetrado
 „ del mas vivo agradecimiento; héme
 „ aquí árbitro, y Señor Supremo mio,
 „ postrado delante de vuestra presen-
 „ cia, intimamente agradecido á vuestras
 „ infinitas bondades; dolores agudos,
 „ ¿adónde fuisteis á parar? Habiais pene-
 „ trado hasta mis huesos, abrasabais mis
 „ entrañas como fuego: pero en el me-
 „ dio de mi padecer, mi alma se elevó al
 „ Cielo, puso su confianza en el Señor:

H

113

„ este miró el Señor desde su alto Trono,
 „ y oyó mis ruegos; al instante cesaron
 „ los dolores de atormentarme, el vigor
 „ y la alegría vinieron á reanimar de nue-
 „ vo mis miembros: No renia todavía la
 „ muerte derecho ninguno á mis ceniz-
 „ zas; todavía debía alabarte con este
 „ cuerpo mortal, y mostrar en mi per-
 „ sona nuevas pruebas de tu clemencia
 „ y de tus misericordias ácia el hombre
 „ pecador. Te alabaré, ó Dios infinita-
 „ mente bueno, desde el crepúsculo de
 „ la mañana, hasta el de la tarde. Mien-
 „ tras mi alma habite en este barro, can-
 „ tara tus alabanzas, y explicará su re-
 „ conocimiento; pero al punto que se
 „ vea desembarazada de él, elevando-
 „ se entonces triunfante á mas noble na-
 „ turaleza, te verá cara á cara con todo
 „ el resplandor de tu magnificencia. O
 „ Vos Angeles de luz, echad los ojos
 „ sobre esta vivienda de pecadores, so-
 „ bre este domicilio de la muerte. Esta
 „ tierra, cuyos fundamentos se resin-
 „ ticieron, de donde desapareció la Prima-
 „ vera, desde que fué contaminada por
 „ el

„ el pecado, desde que Dios apartó sus
 „ ojos de nosotros: esta tierra es el tea-
 „ tro de las maravillas de su bondad in-
 „ finita: Sed Vos testigos, y alabad al
 „ Autor dignamente, pues que á noso-
 „ tros no se nos concede tanto. El hom-
 „ bre; ay! solo puede explicar imperfec-
 „ tamente su justa admiracion y asom-
 „ bro! Saludote, Sol amable, saludote
 „ antes que te pongas; quando por la
 „ mañana tus rayos empezaban á relu-
 „ cir, gemía tras los cedros oprimido de
 „ dolor; quando aclararon mi cabaña,
 „ te saludé con suspiros; quando á la
 „ tarde relucen tras las montañas, hu-
 „ mildemente arrodillado doy gracias
 „ al Señor, que ya me ha socorrido, di-
 „ sipando mis dolores. Saludoos, mon-
 „ tañas elevadas; y vosotras colinas es-
 „ parcidas por los llanos, todavía os ve-
 „ ran mis ojos, quando reverberen en
 „ vosotras los encendidos rayos del uno
 „ y otro crepúsculo: Saludoos aves, que
 „ enronais las alabanzas del Altisimo;
 „ vuestros trinos recrearán aun mis oi-
 „ dos, me despertará desde la mañana

„ para cantar himnos al Señor. Vos fuer-
 „ tes susurrantes, vosotras veréis aun des-
 „ cansar mis miembros á vuestras ori-
 „ llas esmaltadas de flores, donde el su-
 „ surro de vuestras dulces ondas me con-
 „ cillie dulce sueño. Y Vos bosques, bre-
 „ ñas, chozas, á vuestra sombra me pa-
 „ searé, aun verteréis vuestra agradable
 „ frescura sobre mi cabeza, quando se-
 „ pultado en meditaciones profundas va-
 „ gue por vuestros aménos laberintos. Sa-
 „ ludore, ó naturaleza entera! á cuyo Po-
 „ deroso Gobernador, que sostuvo mi
 „ vil barro, próximo á resolverse, uni-
 „ camente adoro. „

De este modo el padre de los mor-
 tales alababa el Señor; la naturaleza pa-
 recía atenta á su ruego, y que las cria-
 turas le daban la enhorabuena por su
 restablecimiento. El Sol sin despedir mas
 que una luz tenue, todavía vibraba sus
 últimos rayos por medio del follage, cer-
 cano ya á ir á esconderse tras las mon-
 tañas; las flores exhalaban sus perfumes á
 los céfiros suaves, para que estos los der-
 ramasen sobre él; y las aves le daban

como á porfia el agradable pasatiempo
 de su dulce gorgéo, y alegres retozos.
 Cain y Abel llegaron baxo los árboles,
 y vieron con deliciosa alegría á su pa-
 dre restablecido segun su deseo. Acaba-
 da la oracion se levantó, y abrazó á su
 esposa y sus hijos con los ojos bañados
 en lagrimas; despues volvió á entrar en
 su cabaña. Entretanto Abel dixo á Cain:
 “ Querido hermano, que acciones de
 „ gracias daremos al Señor por haber
 „ escuchado nuestros gemidos, y vuel-
 „ tonos á nuestro amado padre. Yo por
 „ mi parte hago ánimo de encaminar-
 „ me al salir la Luna á mi Altar, don-
 „ de ofreceré al Señor en sacrificio el
 „ mas tierno de mis Corderos. Y tú, que-
 „ rido hermano mio, estás en hacer lo
 „ mismo? ¿Estás en ánimo tambien de
 „ sacrificar al Señor sobre tu Altar? „

Cain, mirandole con ojos ayrados:
 “ Si (dixo) voy tambien á mi Altar á
 „ ofrecer en sacrificio al Señor lo que
 „ me rinde la pobreza del campo. „ Abel
 le respondió graciosamente. “ Hermano
 „ mio, el Señor no hace caso del Cor-
 de

„ dero que el fuego consume, ni de los
 „ frutos de los campos que la llama abra-
 „ sa, con tal que arda en el pecho de
 „ el que ofrece lo uno ó lo otro una pic-
 „ dad sincera. „

Cain replicó: „ Verdad es, al ins-
 „ tante caerá el fuego del Cielo para con-
 „ sumir tu holocausto, pues por tí en-
 „ vió el Señor el socorro; pero á mi me
 „ ha despreciado; mas no por eso dexa-
 „ ré de ofrecerle mi sacrificio. Penetrado
 „ estoy tanto como tú de reconciemen-
 „ to: tanto como tú estimo yo la salud
 „ recobrada de nuestro padre; finalmen-
 „ te haga el Señor de mí, miserable gu-
 „ sanillo, lo que guste. „

Entonces echó Abel tiernamente los
 brazos al cuello de su hermano, dicen-
 do: „ Ay! hermano mio, querido her-
 „ mano, ¿te pesa acaso, porque el Se-
 „ ñor se haya servido de mí para socor-
 „ rer á padre? Si se ha servido de mí, es
 „ comision que me ha encargado para
 „ bien de todos. O hermano mio! echa
 „ de tí, te ruego, esas idéas molestas;
 „ el Señor, que registra los senos mas
 „ ocul-

„ óultos de nuestras almas, sabe muy
 „ bien descubrir en ellas los pensamien-
 „ tos injustos, y las quejas secretas. Ama-
 „ me, como te amo. Vete á ofrecer tu
 „ sacrificio: sin permitir que impuras dis-
 „ posiciones contaminen la santidad, y
 „ espera que entonces el Señor admiti-
 „ rá favorablemente tus alabanzas y
 „ acción de gracias, y te bendecirá des-
 „ de lo alto de su Trono. „

No respondió Cain, pero tomó el
 camino del campo, y mirándole Abel
 con tristeza, siguió el de sus pradetas
 acercándose cada uno ácia su Altar.
 Abel mató el mas tierno de sus Corde-
 ros, tendiéndole sobre el Altar, perfumó-
 le con ramas aromáticas, y flores, y
 aplicó fuego al holocausto; despues con
 piedad fervorosa se arrodilló delante del
 Altar, dió á Dios gracias y prorum-
 plió en las mas afectuosas alabanzas. Du-
 rante este tiempo la llama del Sacrifi-
 cio se levantaba ondeando en medio de
 las sombras de la noche; porque habia
 mandado el Señor á los vientos que no
 soplasen, por serle grato el Sacrificio.

Cain

Cain por su parte puso sobre el Altar frutos del campo; aplicóles fuego, y se postró delante de su Altar; al instante las breñas se agitaron con un horrible ruido, un huracán dispó bramando el Sacrificio, cubriendo al infeliz de llamas y humo. Temblando entonces retrocedió del Altar, y una voz terrible, que salió de la horrenda obscuridad de la noche, le dixo: "Por qué tiemblas, y por qué traes el terror pintado en tu rostro? Aun es tiempo; enciéndate, te perdonaré tu pecado: sino tu pecado, y su castigo te perseguirán hasta dentro de tu cabaña. ¿Por qué aborreces á tu hermano? ¿te ama, te complace, y te honra." Calló la voz, y Cain asustado, quitó este lugar ya para sí horroroso, y se volvió mediada la noche á su morada. El viento furioso llevaba aun tras de sí el humo infecto del Sacrificio; temblaba su corazón, y un sudor frío corría de sus miembros. En esto, tendiendo la vista, vió en la campaña las llamas del Saerificio de su hermano, que se levantaban girando por los

los ayres. Desesperado con esta vista volvió sus ojos á otra parte, y crujiendo los dientes, dixo: "Allí esta el favorecido, que ofrece su Sacrificio. Huid, ojos míos, de este espectáculo injurioso: Si estubiera presente mas tiempo (siento en mi pecho toda la rabia infernal) no podria contenerme sin maldecir con voz trémula á este objeto de predileccion: pero convirtamos nuestro furor contra nosotros mismos. Venid, ó muerte, ó destruccion, venid á finalizar los males de un infeliz. Ay! padre mio, por que has pecado! Tal vez deberia presentarme á tus ojos con este semblante pálido y desesperado, para que vieras patentemente el colmo de mis desdichas, y todas las desgracias de tus descendientes. No sea yo solo el infeliz sin vengarme de mi padre, presentandole esta pintura horrosa: un horror mortal le sobrecogeria, espiaría á mi presencia, y yo seria mucho mas desgraciado. El Señor descargó sobre mí su ira: me maldixo, me desecha, soy la mas infeliz criatura

d

„ de quantas habitan la tierra. La consi-
 „ dicion de las fieras silvestres, y de los
 „ animales que arrastran sobre la tierra
 „ es digna de envidia, en comparacion
 „ mia. O Dios misericordioso! Si pudie-
 „ ses extender tu indulgencia hasta mi!
 „ Templad vuestra ira, ó hundeme en
 „ la nada Pero que digo, cora-
 „ zon endurecido! Si te enmiendas (me
 „ fué dicho) te perdonaré tu pecado. Es-
 „ coge el perdon ó la pena, pena eter-
 „ na é inexplicable! Si, hé pecado; si,
 „ mis iniquidades exceden á los cabellos
 „ de mi cabeza, y provocan tu vengan-
 „ za; ó Dios justo! Tu venganza tam-
 „ bien es justa! Quanto mas se aparta el
 „ hombre de los caminos de la perfec-
 „ cion y sabiduria, tanto más infeliz se
 „ hace. Sin duda soy culpable, quan-
 „ do soy desgraciado. Dexaré las sen-
 „ das perversas. Desvia tus ojos, ó Dios
 „ mio, de mis iniquidades pasadas. Pre-
 „ servame de cometer otras nuevas.
 „ Apladate de mi, ó Dios mio! ó
 „ aniquilame.

FIN DEL CANTO III.

CAN-

CANTO CUARTO.

Mantiense todavia el ayre fresco y
 humedo con el rocío de la noche; las
 aves medio dormidas guardaban silencio,
 y el Sol en el horizonte no habia todavia
 dorado las cimas de las montañas, y las
 esparcidas nieblas de la mañana. Al reir
 de la alba, salia Caín de su cabaña, po-
 seido siempre de su negra melancolia.
 Mehala, sin saber que la escuchaba, ha-
 bia llorado por su causa, y durante toda
 la noche su única ocupacion fué le-
 vantar las manos al Cielo, rogando y
 gimiendo. El antes de la Aurora iba va-
 gando, y su voz despacia mal articu-
 lados acentos en la profunda soledad del
 campo, á manera de un trueno que sue-
 na á lo lejos. «O noche odiosa, decia,
 „ que densas obscuridades me rodean!
 „ que horror! que terror! No obstante,
 „ mi imaginacion empezaba á tranquili-
 „ zarse; sus espectros horribrosos co-
 „ men-

„ de cuántas habitan la tierra. La consi-
 „ dición de las fieras silvestres, y de los
 „ animales que arrastran sobre la tierra
 „ es digna de envidia, en comparacion
 „ mia. O Dios misericordioso! Si pudieses
 „ extender tu indulgencia hasta mí!
 „ Templad vuestra ira, ó hundeme en
 „ la nada Pero que digo, cora-
 „ zon endurecido! Si te enmiendas (me
 „ fué dicho) te perdonaré tu pecado. Es-
 „ coge el perdón ó la pena, pena eter-
 „ na é inexplicable! Si, he pecado; si,
 „ mis iniquidades exceden á los cabellos
 „ de mi cabeza, y provocan tu vengan-
 „ za; ó Dios justo! Tu venganza tam-
 „ bien es justa! Quanto mas se aparta el
 „ hombre de los caminos de la perfec-
 „ cion y sabiduría, tanto más infeliz se
 „ hace. Sin duda soy culpable, quan-
 „ do soy desgraciado. Dexaré las sen-
 „ das perversas. Desvia tus ojos, ó Dios
 „ mío, de mis iniquidades pasadas. Pre-
 „ servame de cometer otras nuevas.
 „ Apladate de mí, ó Dios mío! ó
 „ aniquilame.

FIN DEL CANTO III.

CAN-

CANTO CUARTO.

Mantiense todavía el ayre fresco y
 humedo con el rocío de la noche; las
 aves medio dormidas guardaban silencio,
 y el Sol en el horizonte no habia todavía
 dorado las cimas de las montañas, y las
 esparcidas nieblas de la mañana. Al reir
 de la alba, salia Caín de su cabaña, po-
 seido siempre de su negra melancolía.
 Mehala, sin saber que la escuchaba, ha-
 bia llorado por su causa, y durante toda
 la noche su única ocupacion fué le-
 vantar las manos al Cielo, rogando y
 gimiendo. El antes de la Aurora iba va-
 gando, y su voz despacia mal articu-
 lados acentos en la profunda soledad del
 campo, á manera de un trueno que sue-
 na á lo lejos. «O noche odiosa, decia,
 „ que densas obscuridades me rodean!
 „ que horror! que terror! No obstante,
 „ mi imaginacion empezaba á tranquili-
 „ zarse; sus espectros horribolos co-
 „ men-

«menzaban á desaparecer, quando los
 «sollozos y lamentos de Mehala me
 «despertaron. Ay! Es posible que no
 «haya de despertar sino para entregar-
 «me á penas y desconsuelos. ¿Y que?
 «Nunca podré gozar de una hora
 «tranquila? que es lo que la obligaba á
 «llorar por mí! aún ignora que mi sa-
 «crificio fué despreciado, sus lágrimas
 «me oprimen, no puedo tolerar esos
 «llantos y esos gemidos. Ellos con an-
 «ticipación me han quitado la quietud
 «del día, que vá á parecer. Todo lo que
 «hace mi hermano consigue una ple-
 «na aprobacion. Solo yo soy á quien
 «la tristeza persigue en todas partes.
 «Te amo, Mehala, te amo mas que
 «á mi mismo; ¿es posible que has de
 «ser tú la que llena de amargura las
 «pocas horas destinadas al descanso?»

Paróse baxo una zarza prendida al
 pie de una roca. «O dulce sueño! dixo,
 «dame aquí tu favor propicio. Infelz!
 «Cansado y abatido te esperaba en mi
 «cabaña, y apenas habías desplega-
 «do tus blandas alas sobre mí, quan-
 «do

«do una voz lamentable me despertó.
 «Aquí nadie turbará por cierto mi sue-
 «ño, á menos que las mismas cosas
 «inanimadas me persigan hasta en los
 «retiros mas apartados. O Tierra, que
 «desde la rigurosísima maldicion exi-
 «ges trabajos tan penosos!... traba-
 «jos que si dilatan mi vida, es para
 «hacerme infeliz mas largo tiempo...
 «á lo menos dexame reparar ahora
 «con algunos instantes de sueño mi
 «extremada fatiga; no espero otra fe-
 «licidad, ni la conozco mayor.» Dixo,
 y se acostó sobre las yerbas olorosas,
 donde el sueño desplegó inmediate-
 mente sobre el sus alas funestas.

Anamalech habia seguido secreta-
 mente sus pasos y estando cerca de él.
 «Poseído está, dixo, de un profundo
 «sueño; pondréme á su lado; y para
 «lograr mi intento agitaré su alma
 «con objetos fantásticos. Venid, sue-
 «ños ligeros, ayudadme á juntar todas
 «las imágenes capaces de engendrar en
 «el el furor y turbacion, la rabiosa envi-
 «dia, la colera arrebatada, y todas las
 «pa-

«pasiones mas violentas.» Así habló el espíritu inmundo, y escondido junto á Caín. Mientras dormía, se oyó en la cima de las montañas un ruido espantoso. Un viento tempestuoso agitaba la maleza, y esparcía el cabello de Caín por toda su frente y rostro. Pero en vano bramaban las seivas, en vano la cabellera le agitaba la cara; sus ojos estaban cargados de sueño, sin que nada alcanzase á hacerselos abrir.

Vió entre sueños una vasta campiña sembrada de pobres chozas, vió sus hijos y nietos repartidos por las vegas, donde se exponían animosamente al Sol de medio día, que hería y aun tostaba sus cuellos con sus ardientes rayos; ocupados continuamente en duros trabajos, unas veces recogiendo los frutos necesarios para su subsistencia: otras, preparando la tierra á recibir nuevas semillas; ó entorvados entre los surcos, y con las manos ensangrentadas, por arrancar de raíz las matas espinosas, que aho-

ga-

gaban la semilla, é impedían su vegetación y acrecentamiento; mientras que sus esposas mas sedentarias en las cabañas, preparaban comida sobria, para quando volbiesen sus maridos. Vió tambien á Eliél, su hijo mayor, (pues veía distintamente en este sueño) levantar de la tierra gimiendo una carga penosa, y echarsela al hombro: El sudor corría por su rostro tostado, y la tristeza estaba pintada en sus ojos. «Quan infeliz es esta vida, (decía oprimido de la carga!) Quan llena está de penas é incomodidades! Quanto se agrava la maldición sobre los hijos de Caín! ¿El que crió esta tierra, los ha expelido todos de su presencia despues de la maldición? ¿ó el castigo de la maldición solo ha alcanzado á los hijos del primer hombre? Allá baxo en las campiñas habitadas por los hijos de Abel, de donde sus crueles padres nos excluyéron, sin dexarnos mas que estos desiertos áridos: allí donde descansan gustosamente á la sombra de los bosques»

» Pa.

» Parece que la naturaleza ha consagra-
 do todas sus producciones á su indo-
 lente pereza; todos los consuelos, con-
 veniencias, y placeres (si es que los
 hay sobre la tierra) estan reservados
 » para aquellos afortunados? Nuestra
 » suerte ó herencia es la indigencia y el
 » trabajo. » A estas palabras Eliel, siem-
 pre cargado con su peso, se acerca á
 la cabana. Vió despues Cain mas allá un
 llano sembrado y esmaltado de flores; y
 dividido por unos arroyos de agua cor-
 riente, que le atravesaban con su curso
 vario, llegaban á bañar lo interior de las
 chozas, los bosquecillos espesos, y hasta
 los caminos poblados de arboles; en sus
 corrientes reverberaban los vivos colores
 de distintas frutas, y de este modo, des-
 pues de haber vagado largo trecho por
 medio de las yerbas y flores, iban al fin
 á mezclarse todos en unos tranquilos y
 sombríos estanques. Aquí en un bosque
 de limones soplaban los frescos céfitos;
 mas allá una selva de higueras desplega-
 ba su extensa sombra sobre las tiernas
 flores. Esta morada reunía á la verdad

todas las delicias, con que la fabula qui-
 so adornar el hermoso valle de Tempe,
 y la region agradable de Gnido, donde
 descollaba un Templo magnifico soste-
 nido por columnas bellisimas en honor
 de Venus. Vió además Cain en su sue-
 ño ganados blancos como la nieve, que
 corrían entre la alta yerba, y pastaban
 las flores olorosas, mientras que el Pas-
 tor delicado coronado de flores, gorgea-
 ba una cancion amorosa junto á su dul-
 ce amiga, tendida al descuido á la som-
 bra. Á otro lado unos muchachos tan
 hermosos como los amores, y unas nin-
 fias, no menos bellas que las gracias, se
 juntaban baxo los arcos de un enrejado,
 tejido de madre selva, y arroyos; don-
 de chispeaban en copas de oro dulces
 y espumosas bebidas, y frutas delicio-
 sas cubrian las mesas adornadas con flo-
 res, al son de instrumentos armoniosos,
 y de cántares agradables, que resonaban
 por las cercanias. Parecióle que levan-
 tándose un joven de entre la asamblea,
 les decia: « Todo sea venturoso y feliz
 » para vosotros, queridos compañeros:
 » Oja »

«Ojalá que todo os prospere, y para que
 «vuestra felicidad sea estable escuchad-
 «me. La naturaleza se nos muestra en
 «realidad propicia; pues ha juntado to-
 «das sus delicias al rededor de nuestra
 «morada: pero no dexa de exigir de
 «nosotros cuidados y trabajos; ambos
 «harto penosos para nosotros, destinados
 «a ocupaciones mas agradables. Para
 «nuestras manos, habituadas a tocar
 «las cuerdas sonoras de la lira, seria
 «duro cultivar el campo, y nuestras
 «cabezas, que cada dia descansan á
 «la sombra, coronadas con rosas; no
 «podrian aguantar el calor ardiente del
 «Sol. Queridos míos! Voy a manifes-
 «taros unos pensamientos que creo ha-
 «berme sido inspirados por un Angel
 «protector. Quando llegue la obscuri-
 «dad de la noche, acerquémonos á las
 «campañas pobladas de labradores, y
 «quando estos rendidos de sus tareas
 «diurnas estén sepultados en un sueño
 «profundo; sorprehendamoslos, atémolos
 «y llevemoslos presos á nuestras mora-
 «das, á fin de que como hombres robus-

»tos,

«tos, y no instruidos como nosotros en
 «las bellas artes, toléren ellos solos la fa-
 «tiga campestre, y sus mugeres y hijas se
 «empléen en servir á las nuestras. Así
 «elijamos (como hé dicho) esta noche
 «para la expedicion. Pues aunque co-
 «mo superiores en numero, no necesita-
 «mos de aprovecharnos de las tinieblas;
 «tampoco hay necesidad de arriesgar-
 «nos á combates peligrosos.» Así ha-
 «bló el mozo, y los concurrentes aplau-
 «dieron el proyecto con aclamaciones de
 «alegría. Vino luego á presentarse una
 «nueva escena á los ojos de Cain. Ya se
 «executaba el proyecto inhumano. Era
 «de noche. Los gritos espantosos de la
 «desolacion, mezclados con los del triun-
 «fo, se oyéron en las cabañas, que incen-
 «diadas todas, alumbraban con sus llama-
 «las peñas y el campo. A la luz del fue-
 «go vió á sus hijos atados con sus muge-
 «res y nietos, que caminaban delante de
 «los de Abel, á manera de un rebaño de
 «mansos corderos.

Tal fue el sueño de Cain, aun dor-
 mido se estremecía, quando Abel, que

12

1c

le divisó en el bosque al pie de un pe-
 ñasco, se acercó, y clavando en el su
 vista cariñosa, dixo con aquella dulzura
 que le era genial. «Ay hermano miol
 » quiera Dios que despiertes pronto, para
 » que mi corazon, lleno de ternura, pue-
 » da expresarte sus afectos, y echarte mis
 » brazos! Pero mejor será que os mode-
 » réis, descos impetuosos; retened vues-
 » tro soplo, céfiros del bosque; y vos,
 » avecillas, no cantéis sino á media voz,
 » para no interrumpir, ó turbar el sue-
 » ño precioso de mi hermano. Quiza sus
 » miembros fatigados necesitarán aun de
 » las influencias restauradoras del sue-
 » ño. Pero..... y como está ahí tendi-
 » do, pálido..... deshecho..... in-
 » quieto..... parece que en su frente
 » está pintado el furor. Ay! ¿y por que
 » le turbais, sueños horrorosos? Dexad
 » su alma tranquila; venid, imagenes
 » agradables, pinturas de las dulces ocu-
 » paciones domésticas, y de los tiernos
 » abrazos, representad á su espíritu todo
 » lo hermoso y agradable de la natura-
 » leza, para poner su imaginacion risue-
 » ña

» ña como un dia de primavera; llenad-
 » la de encantos y de delicias; reyne
 » la alegría en su semblante, y prorum-
 » pan sus labios al despertar en him-
 » nos y cánticos.» Al decir esto fixó en
 su hermano los ojos, animados de un
 tierno amor, y de una expectativa im-
 paciente.

Como quando un Leon formidable,
 aun dormido al pie de una roca, llena de
 susto y pavor al viajante, que se vé obli-
 gado al mirar su erizada melena á des-
 viarse del camino para proseguir su
 marcha; si una flecha envenenada, des-
 pedida de un arco bien tirante, llega á
 herirle en los hijares, se levanta pre-
 surosamente, dando rugidos espantosos;
 y busca á su enemigo hechando espu-
 ma de rabia: el primer objeto que en-
 cuentra, sirve de pasto á su furor; y des-
 pedaza á un niño inocente que se recrea
 entre las flores, sentado sobre la yerba;
 así se levantó Caín, echando llamas por
 los ojos, y con un furor desenfrenado
 en el semblante. Una colérica tormen-
 ta se iba fraguando en su pecho; y la
 mu-

nube estaba ya proua á reventar, quando hiriendo la tierra con el pie exclamó: «Abrete tierra, abrete, y recíbeme en lo mas profundo de tus abismos. No experimento sino desgracias; y por colmo de horror: ó prevision funesta! veo que el horroroso destino que me persigue, transcenderá algun día á mi posteridad: pero no, no te abrirás; en vano lo deseo: El Vengador Todo-Poderoso te lo impedirá, torzosamente he de ser yo desdichado. Así lo quiere, y para que los males venideros me acibaren hasta lo presente, corte el mismo la cortina para hacerme penetrar las profundas obscuridades de lo futuro. Maldita sea la hora en que mi madre, al parirme, dió la primera señal de su fecundidad funesta! Maldita la region donde sintió los primeros dolores del parto! Perezca, y esterilícese quanto en ella hay nacido! Quien quiera sembrarla, pierda su trabajo y semillas, y estremezcanse de terror y espanto quantos pasaren por ella!»

Tales eran las imprecaciones del desgra-

graciado Cain, quando Abel descolorido, como un moribundo, se aventuró á acercarse á él con pasos vacilantes, y le dixo con voz turbada. «Hermano mio, pero no.... Dios.... tiemblo.... Alguno de los Angeles rebeldes, que la ira divina arrojó del Cielo, habrá tomado sin duda su figura para prurumpir en tantas blasfemias!.... Qué se hizo mi hermano? Ah, huyamos! ¿Dónde estás, hermano mio? Ven para que yo te bendiga.»

«Heme aquí exclamó Cain con voz espantosa) «aquí me tienes, ó tú tan querido, privilegiado del Juez eterno, y de toda la naturaleza; tú, cuya casta de víbora será algun día la única dichosa en el mundo; sin duda era muy del caso y muy justo hubiese una generacion, que proveyera á la familia favorecida siervos humildes, y bestias de carga, para sobrellevar los penosos trabajos, correspondientes á esos hombres delicados, cuyos cuerpos están consagrados á los placeres. Ah! el infierno entero, y su rabia están

en

„ en mi corazón. Si pudiera yo
 „ Cain, hermano mio! (dixo Abel, in-
 „ terrumpiéndole con turbada voz y de-
 „ mudado rostro, que daban á entender
 „ á un mismo tiempo su admiracion, in-
 „ quietud y pena) „ que sueño horroroso
 „ ha turbado tu alma? Desde el rayar del
 „ día vengo á buscarte, para abrazarte y
 „ bendecirte; ¿Pero que tempestad inte-
 „ rior te atormenta? Como recibes tan mal
 „ mi tierno amor! quando llegarán los
 „ dias felices y deliciosos, en que la paz
 „ restablecida, y el amor fraternal ha-
 „ gan revivir en nuestras almas el dul-
 „ ce sosiego, y los placeres agradables
 „ esos días; por los quales nuestro pa-
 „ dre afligido, y nuestra tierna madre
 „ suspiran con tanto ardor? O Cain, ¿es-
 „ timas en nada los placeres de la re-
 „ conciliacion, los quales tú mismo fun-
 „ gisto te afectaban, quando lleno de
 „ alegría volé á tus brazos? Por ventu-
 „ ra te he ofendido de entonces acá?
 „ Si tube semejante desgracia, dimelo:
 „ pero ay! no cesas de mirarme con ojos
 „ ahados. Permíte te ruego por las co-

„ sas mas sagradas que te apacigüe; ad-
 „ mite mis inocentes caricias! „ Al decir
 „ estas ultimas palabras, se arrojó á los pies
 „ de Cain: pero este dió unos quantos
 „ pasos atras „ Ah Serpiente, dixo,
 „ tú tiras á enroscarme y agarran-
 „ do al mismo tiempo una pesada cla-
 „ va, que alzó con brazo furioso, la
 „ descargó sobre la cabeza de Abel. Cae
 „ á sus pies el inocente, deshecha la ca-
 „ beza del golpe: por segunda y ulti-
 „ ma vez miró á su hermano con unos
 „ ojos, en que se veía claramente pinta-
 „ do el perdon, y murió: un torrente
 „ de sangre chorreaba por su rubia y
 „ ensortijada cabellera, hasta los pies
 „ mismos del homicida. (a)

A vista de su delito, quedó Cain es-
 pan-

(a) El Autor (sin duda por licencia poetica) altera algu-
 na de las circunstancias de la muerte de Abel, de como nos
 la refiere el Historiador Sagrado, resp. á vers. 1. del Géne-
 sis i asegurando que Cain sacó fuera al campo á su inocente
 hermano para darle muerte, con lo qual indica un designio
 premeditado; y tal es la realidad de la historia; pero en este
 pasage del presente Poema se supone la muerte como ocurri-
 da en un encuentro casual lo qual advertimos por la reveren-
 cia y creencia debidas al texto de la Escritura Divina, y con
 protesta que hacemos contra esta infidelidad en esta parte.

pantado y pálido como la muerte; un
 sudor frío cubría todos sus miembros,
 que temblaban; presenció las últimas
 convulsiones que padecía su hermano.
 Al tiempo de expirar el vapor de su
 sangre, que acababa de derramar, subía
 hasta él. "Fatal golpe, exclamó, her-
 "mano mío! despierta des-
 "pierta, hermano! Quan desco-
 "lorido está su rostro! Quan in-
 "movil está su vista! como su sangre
 "inunda su cabeza! que infeliz
 "soy! ay! ¡que presagios tengo!
 "horrores infernales." Su desesperación
 le hacía dar aullidos. Arrojó lejos de sí
 la ensangrentada clava, y con el puño
 cerrado se hería violentamente la frente.
 Despues, é inclinándose á la víctima
 desgraciada de su rabia, quiso levantarla
 de la tierra; "Abél! hermano
 "querido! (gritó al cadáver sin
 "vida) Abél, despierta! ay! El horror de
 "los infiernos viene á sobrecogerme!
 "Como tiene caída la cabeza, empapa-
 "da en sangre! que desfallecimien-
 "to! ó muerte! luego no
 " hay

" hay remedio para siempre! mi delito
 " no admite reparacion. ¡Adónde huiré,
 " ni como! Mis rodillas vacilantes no me
 " sustentan." Diciendo esto, y dando
 aullidos espantosos, se interno con difi-
 cultad en el bosque inmediato.

El seductor, celebrando su triunfo,
 estaba ensoberbecido y ufano junto al ca-
 daver. Levantóse orgulloso sobre su cuer-
 po agigantado, su semblante igualaba
 en lo horroroso á la negra columna de
 humo, que exhalan los residuos de una
 cabaña solitaria medio abrasada, cuyos
 habitantes pacíficamente trabajaban en
 los campos, mientras la llama consumía
 todos sus muebles domésticos, y todas
 sus riquezas. Anamalech, con una risa in-
 fernal seguía con la vista el delinquen-
 te; y despues, mirando con complacen-
 cia el cadáver: "¡Que gustoso espedá-
 " culo, (dixo) quan agradable es ver por
 " primera vez la tierra empapada en san-
 " gre humana? Nunca he visto con mas
 " placer correr las fuentes sagradas del
 " Cielo antes de la época fatal, en que
 " el Señor del Trueno nos echó de allí,
 " Y

„ y nos precipitó en el abismo. Nunca
 „ jamás las cítaras armoniosas de los Ar-
 „ cangeles resonaron en mis oídos tan
 „ deliciosamente, quanto el sollozo y
 „ los últimos suspiros de este hombre
 „ sacrificado por su hermano. O tu cria-
 „ tura, que eres la mas moderna de las
 „ producciones divinas, pero magnífica,
 „ y sin igual en perfección, y creada in-
 „ mediatamente por la mano Omnipoten-
 „ te del Criador, cómo estás tendida
 „ con tanto escarnio y vileza! Levantate,
 „ hermoso Joven, amigo de los Angeles,
 „ levantate; el culto de tu Dios no te per-
 „ mite tanta pereza en hacer tus actos
 „ de adoración: pero no se mueve. Su
 „ propio hermano fué quien le reduxo
 „ inconsideradamente á este estado. ¿Qué
 „ digo? yo mismo fui quien gobernó el
 „ brazo del patricida Caín: por seme-
 „ jantes acciones, de que Satanás el mis-
 „ mo haria alarde, quiero yo distinguir-
 „ me entre la clase obscura de los demo-
 „ nios ya es tiempo de volver al
 „ pie de los tronos infernales. ¿De quan-
 „ to gusto me será oír aclamaciones, y
 „ mues-

„ muestras de aplauso y alabanzas? Al
 „ paso que en bovedas del abismo re-
 „ suenen mis aplausos, iré triunfante,
 „ por medio de la obscura multitud de
 „ espíritus infelices, que aun no se han
 „ hecho memorables por empresa algu-
 „ na ruidosa. „ Jactancioso de su triun-
 „ fo, quiso contemplar otra vez su víctima;
 „ pero las imagenes horrendas de deses-
 „ peracion disiparon bien pronto su iro-
 „ nico sorriso, y humillaron la soberbia
 „ que le dominaba. El Señor mandó á las
 „ furias infernales le prendiesen; y le su-
 „ mergieran en un mar de tormentos. En-
 „ tonces maldixo la hora de su existencia;
 „ maldixo la eternidad llena de tormen-
 „ tos, y escapóse.

En esto los últimos suspiros del mor-
 ribundo, y sus gemidos habian subido al
 Trono del Supremo Numen, y clamaban
 por venganza á la Justicia eterna. Hizo-
 se oír un trueno desde el lugar santísi-
 mo: las harpas de oro cesaron de sonar;
 La *Alleluja* eterna se interrumpió por tres
 veces, el trueno estremeció las bovedas
 elevadas del Cielo. Á este ruido formi-
 da-

dable siguió la magestuosa voz del Altísimo, que salía de la nube argentada que rodea el Trono. Llamó á un Arcángel. El espíritu inflamado se acercó, cubriéndose la faz con sus relucientes alas; y dixo Dios: "Yá que la muerte ha hecho por primera vez presa en la especie humana, tu exercicio será en adelante juntar las almas de los Justos: Yo mismo he hablado á la de Abel, quando cayó muerto. En lo sucesivo te mantendrás al lado del Justo, para asegurarle de su bienaventuranza eterna, en aquellos momentos de perplexidad, en que el alma temerosa de su vida pasada, teme la separacion del cuerpo: templarás sus temores, y le inspirarás confianza; haciendo que aparte sus ojos de mi justicia rigurosa, y los ponga sobre mi clemencia. Desde ahora mismo baxa á la tierra al encuentro del alma del difunto; acompaña le tú, Miguel, é íntima al homicida la maldicion fulminada contra él." Tal fué la sentencia del Altísimo, y el trueno resonó hasta tres veces baxo las bovedas encumbra-

bradas del Cielo. Al punto atravesáron los Arcangeles con vuelo rápido las filas de la Milicia Celestial; y saliendo aceleradamente por las puertas de la morada divina, que se abrieron por sí mismas á su aspecto; víéron astros innumerables, y al fin se dexáron caer sobre la tierra.

Al instante el Angel de la muerte llamó el alma de Abel fuera de su sangriento cuerpo: ella se acercó sonriendo con gracia, siguiendola las partes mas espirituosas o sutiles del cuerpo; las cuales mezcladas con las exhalaciones aromáticas, que los céfiros robaban á las flores que nacian por todas partes adonde llegaba el resplandeciente rayo del Angel, rodeaban el alma, y formaban un cuerpo aéreo. Vió el alma al Angel que le salia al encuentro con una admiracion nunca experimentada.

"Saludote, (dixo el Espíritu celeste con aspecto lleno de bondad) ,, saludote, alma bienaventurada, libre ya de tus despojos terrestres. Recibe mis abrazos! doyme la enhorabuena, por
 ,, ser

ser entre todos los Angeles, aquel
 á quien Dios ha escogido para intro-
 ducirte en la bienaventuranza! otros
 millares de Espiritus te aguardan. Con-
 cibe, si puedes, tu felicidad: lo que
 vale contemplar á Dios cara á cara, y
 gozar de él. Verás con que magnifi-
 cencia sabe recompensar la virtud.
 Dexa que te abraze de nuevo, á tí di-
 go, que eres el primero que te has
 despojado del polvo que te vestía, para
 revestirte de resplandores! „

„ Permite tambien que yo te abraze,
 „ amigo celestial: (replicó el alma, que
 „ quedó confundida con el Angel por
 „ el sentimiento extático de su bienaven-
 „ turanza) „ Que felicidad tan inexplica-
 „ ble! quando mi alma recién sa-
 „ lida ahora del barro, estaba aun uni-
 „ da á él, é iba con la serena y benig-
 „ na claridad de una Luna clara, tran-
 „ quila y solitaria, meditando las gran-
 „ dezas de mi Dios, y las delicias de
 „ la virtud: elevada sobre mi misma con
 „ unos objetos tan sublimes. Experimen-
 „ taba anticipadamente sin saberlo, un
 „ obs-

„ obscuro crepúsculo de la bienaventu-
 „ ranza, que ahora pruebo. O quanto
 „ mas sensibles se hacen ahora para mí
 „ los embelesos y las delicias de la vir-
 „ tud! como las imagenes de los atribu-
 „ tos divinos se han engrandecido á mis
 „ ojos! que pensamientos tan nuevos!
 „ me son agradables, como lo es á la vis-
 „ ta un día hermoso de primavera: son
 „ brillantes y sublimes como los astros,
 „ que giran en espacios inconmensura-
 „ bles. „ Á estas palabras, el alma volvió
 „ á abrazar al Angel, y prosiguió así: „Aho-
 „ ra sí que poso una eternidad inami-
 „ sible; no quedándome por consiguien-
 „ te otra cosa que hacer sino ensalzar
 „ la bondad de Dios, que recompensa
 „ para siempre con inexplicable felici-
 „ dad al que quiere y busca lo bello y
 „ bueno. „

De esta forma hablaban entre sí los
 dos bienaventurados; y con abrazos muy
 tiernos se explicaban su amor recípro-
 co: „Ven (dixo el Angel al alma) sigite
 „ mi vuelo, dexa la tierra, donde nada
 „ dexas digno de tu aprecio mas que los

corazones virtuosos. No tengas lastima
de ellos; al cabo de algunos años te se-
guirán. Al presente los coros de los An-
gels te aguardan; corresponde á
sus demostraciones. Ven á darte á re-
conocer de esos nuevos amigos: ven
á alabar con ellos, con santos éxtasis de
alegría, el nombre sagrado del Señor.

«Sigote: (replicó el alma del Justo)
á que torrente de delicias y felicidad
me llevas, querido y respetable ami-
go, cuya naturaleza es de una per-
feccion tan superior á la mia! Vos
amigos, á quienes dexo en vida mor-
tal, quando los años de ella se cum-
plan, y llegue la hora de vuestra di-
solucion: el Introdutor Celestial de
las almas os saldrá al encuentro, y yo
procuraré acompañarle. Postrado al pie
del Trono del Altísimo, pedidle esta
gracia tan señalada. Con que alegría
veré vuestras puras y santas almas pa-
sar rápidamente desde el cielo, en
que están sepultadas, á la morada de
la bienaventuranza! Y tú Thirza, que-
rida y tierna compañera mia, volve-

«té á verte; tú tambien despues de
haber llorado largo tiempo sobre mis
huesos: y quando nuestro hijo, que
apenas empieza á articular aceros mal
formados, crezca baxo tu conducta,
en virtud igual á la tuya, morirás á
tu turno. Qual será entonces la alegría
de tu alma al dexar su cuerpo para
volar en mis brazos!»

Tal era el discurso de Abel, que
elevandose á las esferas empezaba á per-
der de vista la tierra, y las pocas ca-
bañas que la cubrían, sobre las qua-
les echando al paso una mirada, des-
cubrió casualmente á su hermano: Vió
que el remordimiento estaba impreso
en su rostro, y que levantando sus ma-
nos sobre la cabeza, y los ojos al Cielo
con aspecto turbado, se daba de gol-
pes en el pecho, que le palpiraba de co-
mocion; y despues, lleno de desaso-
siego y desesperacion, se tiraba por el
suelo en los matanciales; y se revolca-
ba en el polvo: A los ojos del bienaven-
turado se asomaron las lagrimas, indi-
cios de compasion; y despues enternecido

uido apartó su vista de esta escena espantosa, y no vió ya sino una multitud de Angeles incorporados con su Conductor. Los espiritus tutelares de la region; reunidos al rededor, le habian escoltado gustosos hasta mas allá de los confines de la atmosfera terrena. Allí llenos de santo amor abrazaron repetidas veces á los viajeros celestiales; y despues se quedaron en una nube colorada, donde acompañaban solamente con himnos su vuelo por medio del Eter. La dulce armonia de la flauta, y los tonos sonoros de la lira se juntaban á sus acantos celestiales.

«Remontase (cantaban en coro) el nuevo huésped de los Cielos; sube ácia su patria, mas hermoso y brillante que la primavera, quando se muestra á la tierra adornada de serenidad deliciosa, y de mil hechizos agradables. Tributadle homenaje, ástros resplandecientes, esparcidos sabiamente por la inmensidad del espacio; tributad homenaje de alegría á la tierra vuestra compañera. ¿Quan gloria no es para

«esta opaca y maldecida esfera, haber alimentado con su polvo seres destinados para el Cielo? Que resplandor despide ácia nosotros! una verdura mas fresca esmalta sus prados; sus columnas reverberan una luz mas clara.

«Sube el nuevo morador de los Cielos ácia su patria; legiones de Angeles le aguardan á las puertas del Cielo. Con quanto júbilo vén al primero del género humano que abandona la tierra para tomar posesion del Cielo! Como se apresuran á coronarle con rosas inmarcesibles! Quan feliz será, quando pasee las campañas florecientes del Cielo; quando baxo las estancias aromáticas de una verdura eterna, se junte con los coros de los Espíritus celestiales, para alabar en su compañía al que es la única causa y principio de la bienaventuranza! (a)

De

(a) Lo que aqui se dice de la subida á los Cielos del alma justa de Abel, no se debe entender literalmente, y como si hubiese entrado á la posesion de la Gloria inmediatamente despues de la muerte; el fin del Poeta es dar á entender, que está reservada la recompensa despues de la muerte.

«De antemano habíamos solemniza-
 «zado con cánticos el día en que el
 «alma de este Justo, baxando del Cielo
 «lo entró en el cuerpo para vivificarle.
 «Entonces vimos de que modo las vir-
 «tudes crecían con ella en fuerza y vi-
 «gor; así como las lises crecen en un
 «jardín de delicias. Siempre la hemos
 «acompañado invisiblemente: que con-
 «ducta tan admirable y uniforme! He-
 «mos visto todas sus acciones, todos
 «sus deseos, todas sus lágrimas verti-
 «das. El amor de la virtud era en todo
 «su móvil y norte. Ahora que se ha
 «escapado de su prisión terrestre, volad
 «acia ella, Espíritus celestiales, á coro-
 «nada de mirros y de rosas.

«Yace allí su cadaver tendido sin
 «movimiento, como una flor marchi-
 «ta; vuelve á tomar este polvo ó tierra
 «que lo habías prestado, para producir
 «con

á la virtud; y en este sentido, tomado con restricción, po-
 ne el Autor la posesion en lugar del derecho á ella de un
 bien, á que con sus obras se hace el victuoso acreedor.
 Todo á intento de excitar en los ánimos el amor á la jus-
 ticia, y á las obras buenas.

«Con él flores olorosas de primavera.
 «En lo venidero celebraremos cada año
 «el cumpleaños de este día solemne,
 «en que el primer justo dexó la tierra.»
 Acabado el himno: los Espíritus tu-
 telares llevados en su brillante nube vol-
 vieron á baxar á la tierra.

Andaba errante Cain por el bosque
 cercano; haciendole su desesperacion
 correr adelante y atrás, queria huir
 pero le era imposible evitar el horror que
 le acompañaba. A manera que el via-
 jante perseguido por los silbidos horri-
 bles de una sierpe irritada, acelera in-
 utilmente sus pasos, y hace en vano uso
 de su fuerza y destreza para escaparse:
 pues el animal venenoso, venciendo su
 resistencia, le enroscá con su largo y fle-
 xible cuerpo la cintura y el cuello; y
 por mas esfuerzos que haga el infeliz
 para libertarse, traspasandole profunda-
 mente el seno con su dardo; le infun-
 de su mortal veneno hasta el corazon.
 «Y que! (clamaba Cain) tendré siem-
 «pre delante de los ojos la presencia de
 «mi hermano ensangrentado! por mas
 «que

„ que huya ; á todas partes adonde voy,
 „ me sigue su sangre. ¿ Que haré ? ¿ don-
 „ de me esconderé ? quan desgraciado
 „ soy ! Me parece estarle aún viendo so-
 „ bre mi su ultima mirada , y ésta me
 „ mata. ¿ Que he hecho ? O delito horro-
 „ roso ! me haces pasar los suplicios in-
 „ fernales. Hé pretendido matar los ho-
 „ micidas de mis hijos venideros.
 „ ¿ Pero que ruido oygo ? parecen los ge-
 „ midos de un moribundo ! A lo menos
 „ si mis pies trémulos pudieran alejarme
 „ de él , de la sangre que veo correr , y
 „ de la region , donde cada objeto me
 „ representa la muerte ! Pluguiera al Cie-
 „ lo que mis rodillas trémulas , teñidas
 „ con la sangre de mi hermano , pudie-
 „ ran arrastrarme ; ay de mí ! hasta lo
 „ profundo de los abismos infernales. »
 Al decir estas palabras quiso huir.

Con ruido espantoso se dexó caer
 á sus pies una nube obscura , de donde
 salió una voz que decía : « ¿ Cain donde
 „ está tu hermano ? ; Por quien me pre-
 „ guntan ? (respondió Cain con voz bal-
 „ buciente) por mi hermano ! ¿ Me lo
 „ ha-

„ habían acaso dado á guardar ? , Vol-
 „ vió (al responder así) la cara disfigura-
 „ da con mortal palidéz. En esto salió del
 „ medio de la nube un trueno que con-
 „ sumió la yerba y ramas de al rededor :
 „ y de allí mismo salió un Angel , que lle-
 „ vaba impresas en su frente las amena-
 „ zas del Señor. En la derecha tenia un
 „ rayo , que arrojaba llamas ; y extendió su
 „ izquierda sobre el pecador consternado.
 „ Otro trueno se hizo oír , y dixo el An-
 „ gel con voz horrorosa : « Detente , tiem-
 „ bla , y oye tu maldicion. ¿ Que has he-
 „ cho ? (dixo el Señor) La sangre de tu
 „ hermano clama á mi ; viviras infeliz-
 „ mente sobre la tierra , que se ha abier-
 „ to y sorbido la sangre de aquel ino-
 „ cente , vertida por tus manos. Por mas
 „ que cultives , siempre será para tí in-
 „ grata y escasa. Además andarás eter-
 „ namente vago y fugitivo por el mun-
 „ do. » Al oír esto el pecador fué sobre-
 „ cogido de un susto terrible , quedando
 „ mudo é inmóvil , con la cabeza inclina-
 „ da , y el rostro clavado en el suelo. Pero
 „ en lo interior de su alma estaba agira-
 „ do

do como el impio Ateísta, quando vé que Dios con sus sentencias terribles, haciendo temblar la tierra, hace que se despiomen las bovedas de los Templos profanados, y los Palacios de los pecadores se sumergan en los profundos valles: quando oye entre el tumulto de la naturaleza confusa y desquiciada resonar en sus oídos los gemidos de los moribundos, y vé que de las bocas que se abrieron en la tierra, rompen y se levantan densas nubes y llamas al rededor de él. Entonces se turba, vacila y cae sobre la tierra conmovida. Así tembló el fratricida, agitado del mismo terror, palido como un moribundo, y mudo: quiso hablar, pero sus lábios no pudieron articular una sola palabra: tartamudeaba, y no se atrevia á levantar los ojos. „Mi delito, dixo en fin, es demasiado horrible. . . . Ay! demasiado horrible con exceso, para que pueda perdonarseme. Hoy, ó Dios inexorable, me has maldecido en la tierra, y. . . „ ¿adonde podré esconderme de tu aspecto? Será forzoso que ande siempre

„ pre

„ pre vago y fugitivo. Oxalá el primero que me encuentre me mate, por des-
„ embarazar á la tierra de un infame
„ homicida!

„ Cayga sobre que te matáre un suplicio siete veces mas terrible (dixo la voz formidable). „ La secreta inquietud y los remordimientos de conciencia impresos en tu frente te señalarán
„ bastantemente, para que quantos te vean puedan decir: *Este es el fratricida Cain*; y dexen prontamente la senda de tus pasos errantes. „ Así anunció el Angel el anatema al reo, y desapareció; truenos furiosos salieron de la nube que se alejaba, un huracán, que destrozó las plantas de los contornos; dió aullidos espantosos, semejantes á los de un delinquente desesperado en medio de los mas terribles suplicios.

Cain quedó inmóvil con la desesperacion pintada en los ojos: soplos de viento furioso agitaban su cabellera erizada; levantó los ojos baxo los arcos de sus pobladas cejas, conturbado con un temor feróz, y se explicó así con labios

tré-

trémulos: "Oxalá me hubiera aniquila-
do, y enteramente, para que no que-
dase mas vestigio mio entre las cosas
criadas! Oxalá me hubiera muerto su
rayo! ¿por que no me ha arrojado en
las profundidades de la tierra? Pero
quiere reservarme para castigos inter-
minables: ahora me hallo en tan hor-
renda situacion, aborrecido de toda la
tierra, y aborrecible á toda la natu-
raleza... odioso á mi mismo... ay!
ya siento las odiosas compañeras del
delito, que nunca jamás me dexarán;
la angustia, la desesperacion, los re-
mordimientos... que teniendome
apartado de Dios y de los hombres,
me harán experimentar incesantemen-
te desde este mundo mismo tormen-
tos infernales. Si, los siento, maldito
seas, brazo demasiado obediente, que
levantaste la clava para cometer el ho-
micidio; así te seques en este cuerpo
desgraciado, como se seca una rama
en el árbol. Maldita sea la hora en que
un sueño salido del infierno me en-
gañó! branen las campiñas, siem-

n pre

pre que el curso del Sol te vuelva á
traer... O naturaleza! ¿por que no me
das á conocer con tremendas señales
el horror, que contra mí has conce-
bido? Tú misma estás maldita por to-
das partes adonde voy. Y tú, mons-
truo infernal, de quien vino el sue-
ño que me perdió, ¿dónde estás para
que te maldiga? ¿has vuelto a los in-
fiernos? Ay! oxalá sienras sin fin lo
que siento en este instante: no pue-
do imprecarte cosa peor. Espectáculo
horroroso! Veo... torbellinos de
llamas elevarse del infierno! Como los
espíritus infernales ponen sus ojos en
mí con complacencia! ay! triunfad, es-
píritus tenebrosos; estad contentos,
no puedo ser mas infeliz de lo que
soy... ó, si aun sois capaces de ten-
er compasion de mi triste situacion,
dexad que os la inspire. Ninguno de
vosotros padece en lo profundo de
los infiernos lo que yo... Después de
estas palabras se habia arrastrado Caín
acia un tronco echado por tierra: sentó-
se sobre él sin fuerza ni habla, y me-
di-

ditaba profundamente, quando de repente exclamó temblando de horror: «Qué ruido oygo junto á mí? . . . Es la voz de Abel asesinado: Ay! oygo sus gritos lastimeros; aquí está su sangre que corre! O hermano mío! hermano mío! ten lastima de mis inexplicables tormentos, cesa de perseguirme!» y continuó, asentado, suspirando profundamente sin fuerza, y sin articular palabra.

Entretanto el padre de los hombres, acompañado de su esposa, salió de su cabaña. «Con quanta magestad despidió el astro de la mañana sus primeros rayos. (dixo Eva) como dora y aclara la ligera niebla que cubre á lo lejos las campiñas! acerquemosos á esa hermosa región, y pasemos con el fresco del rocío, hasta que la hora de bajar vuelva á llamarme á mi cabaña, y á ti al campo. O querido esposo, quanta hermosa es la tierra, aun despues de maldita! ella es tal comparada al Paraíso que perdimos: ay! por mi transgresion, qual eras tú en tus dias llenos de ino-

nocencia, en comparacion de los Angeles que nos visitaban. Mira, querido esposo, como se recrean todas las criaturas; como se hacen oír sus cantos en cada arbol y colina; como cada uno de los animales domésticos se alegra al rededor de la cabaña, saludando los rayos de la mañana, sea con cantos alegres, ó con saltos regocijados.»

Adan le respondió. «O Eva, la tierra es hermosa: sin embargo de estar maldita, conserva siempre vestigios visibles de la presencia de Dios, y de su bondad infinita, que ni nuestra caída, ni nuestra ingratitud han podido apurar, por mas indignos que fuésemos de experimentar aun sus efectos. Si, su misericordia é indulgencia propicias son superiores á lo que nuestra lengua débil y balbuciente puede expresar, y á todo quanto nuestra alma es capaz de concebir. Querida mía, lleguemos hasta los prados fioridos, donde el ganado de Abel pisa la tierra fresca con el rocío: Quizá ha-

„halláremos allí aquel hijo entonando
 „religiosamente cánticos en alabanza
 „del Criador.”

„Quiero, esposo mio (dixo Eva) con-
 „fiarte un pensamiento que me ha ocur-
 „rido desde la salida del Sol. Hé pues-
 „to mis mas exquisitas pasas é higos en
 „la cesta que aquí traygo, diciendo
 „entre mí: Iré á buscar á Caín mi pri-
 „mogénito, llevaré estas frutas para que
 „refresque con ellas, quando despues
 „de su trabajo vaya á descansar á la
 „sombra de algun árbol cercano: Pues
 „me lisonjéo, de que el Cielo bendi-
 „ga todos los pasos y diligencias con
 „que podamos sanarle de esa triste y
 „arraigada maña de pensar que no le
 „amamos.

„Cuán diligentes son tus tiernos des-
 „velos querida Eva: (dixo Adán) aprue-
 „bo, como debo, tus sábios consejos.
 „Vengo muy gustoso en que ya vamos
 „á ver á Caín, para que no diga que
 „solo amamos á Abel; Acaso la ser-
 „enidad de esta hermosa mañana abri-
 „rá mas su corazon á las impresiones

„de

„de la ternura.” Al decir esto accelera-
 „ron el paso; y llevando siempre Eva en
 „su brazo la cesta, se acercaron ambas
 „ácia el campo, asidos de la mano, y re-
 „pitiendo: «Qual seria nuestra dicha, si
 „en estos instantes favorables, en que la
 „agradable naturaleza despierta al pare-
 „cer los afectos cariñosos, halláramos en
 „el algunos conformes á nuestro deseo,

Al salir de detras de un bosque (Eva
 la primera) «¿quien está allí tendido (di-
 „xo) retrocediendo toda asustada? . . .

„Adán . . . que veo tendido ahí? . . . No
 „es ninguno que se ha recostado para
 „descansar con comodidad, tiene el ros-
 „tro contra la tierra . . . esa rubia ca-
 „bellera es la de Abel . . . Adán, ay!
 „¿por que tiemblo? . . . Abel, Abel des-
 „pierta, muy querido mio, vuelve ácia
 „mí tu cara graciosa, ese semblante
 „donde está pintado el amor filial, des-
 „pierta, amado hijo, sacude ese sueño
 „que me asusta y consterna.” A estas
 „palabras se arrimaron mas cerca. «Que
 „veo? (exclamó Adán) y temblando re-
 „trocedió. Sangre! . . . corte sangre

„¡OH!

L

„por

» por su frente! Su cabeza intunda-
 » da! O Abel! querido hijo!» (ex-
 clamó Eva, levantandole su brazo in-
 móvil) descolorida, y medio muerta
 cayó sobre el corazón palpitante de
 Adán. Ambos enmudecieron en fuer-
 za del dolor, quando Cain que vagaba
 desesperado por las selvas, sin saber adon-
 de iban sus pasos, los dirigió, por una
 funesta casualidad, ácia la parte donde
 yacía el muerto; y viendo al rededor
 del cadaver á padre yerto de pavor, y
 á madre pálida y desfigurada en los bra-
 zos de su esposo: «Yo soy quien le ma-
 » tó; (exclamó) temblad, yo soy, mal-
 » dita sea la hora en que me has engen-
 » drado, padre de los hombres. Y tú,
 » muger, maldito sea el instante en que
 » me pariste! yo soy quien le he dado
 » muerte » repitió una y otra vez, y se
 escapó.

Así como dos amantes prendados
 mutuamente de sus perfecciones, y sen-
 tados juntos, si en lo mas fuerte de una
 borrasca, sobrevienida de repente, el ta-
 yo extiende hasta ellos su exhalacion

mor-

mortífera, quedan apoyados uno sobre
 otro, siempre en el mismo estado, y
 vivos al parecer, aunque en realidad no
 son ya mas que ceniza inánime; de la
 misma manera nuestros primeros padres
 quedaron sentados, descoloridos, mu-
 dos, y tan inmóviles, que pasarian por
 muertos, á no ser por un temblor gene-
 ral que en ellos se advertia. El prime-
 ro que salió de este letargo funesto fué
 Adán. «¿Donde estoy? (dixo con voz
 » turbada) siento heladas de temblor has-
 » ta las entrañas. Dios mio! ¿en que es-
 » tado le veo tendido aqui? Ay que pa-
 » dre tan infeliz y deplorable soy! que
 » espanto horrible ha sobrecogido mi al-
 » ma, y colma mi infortunio! Su her-
 » mano es quien le ha muerto; maldí-
 » ciendonos lo dixo, y se escapó. ¿Por
 » que no acabais, ó imagenes espanto-
 » sas, de optimirme? El que acaba de
 » maldecirme es mi hijo; el que nada
 » aqui en su sangre tambien es mi hijo.
 Que infeliz soy! que males y tormen-
 » tos he atraido sobre mi, y sobre los
 » míos! O Abel, Abel! ¿Y tú, Eva,

L 2

» co-

« como no despiertas para sentir todo el
 « peso de tus desgracias? estas muerta en
 « mis brazos? pues yo soy, yo solo soy
 « la víctima del desconsuelo. No obstan-
 « te, ó Dios mio, alabo y bendigo tus
 « decretos: pero siento correr por todas
 « mis venas, y penetrar hasta mi co-
 « razon palpitante el frio de la muerte.
 « mis ojos se apagan. Como tardas, ó
 « muerte, en oprimirme con lo que tie-
 « nes de mas horroroso! ¿qué aguardas?
 « ó Dios! ó Abel! el mejor de
 « mis hijos! » Despues volviendo la vis-
 « ta al cadaver, lloró, y un sudor mortal
 « corria mezclado con sus lagrimas. «Des-
 « pierta en fin, querida Eva, (continuo)
 « que males horrorosos sentiras al vol-
 « ver en tí! tus ojos se abren de nuevo,
 « y convierten ácia mí. Qué aspecto en-
 « medio de tus lagrimas, ó preciosa com-
 « pañera de mi miseria! »

« Adan (replicó Eva con voz mori-
 « bunda). . . . y el homicida se habrá
 « alejado? Ya no oygo resonar en mis
 « oídos sus maldiciones. Nos ha malde-
 « cido: ay! maldiceme aun, fratricida

fe

« feróz; pero no maldigas á nadie mas.
 « Infeliz fui la primera que pequé. . . . O
 « Abel, hijo tan tiernamente amado! »
 « Á estas palabras se dexó caer de los bra-
 « zos de Adan sobre el muerto. «Hijo
 « mio, querido hijo, (exclamaba, diri-
 « giendo la palabra al frio cadaver) » O
 « Dios! sus ojos eclipsados no se vuel-
 « ven mas ácia mí. Hijo mio, dulce hi-
 « jo, despierta. Ay! en vano le llamo:
 « está muerto. Esta es la muerte, aquella
 « que se nos anunció quando fuimos mal-
 « diros despues del pecado. Pero, ó remor-
 « dimientos acerbos! ó tormentos inexplicables!
 « yo soy la primera que pequé:
 « ó tú, esposo precioso mio, cada una
 « de tus lagrimas es para mí la recon-
 « vencion mas terrible: yo fui quien te
 « seduxe, é hice pecar; pídemela san-
 « gre de tu hijo, ó padre asfírido! Hijos
 « infelices: clamad á mí por vuestro her-
 « mano; y tu fratricida que nos le has
 « robado, maldiceme: pero respeta á
 « tu padre: yo he pecado la primera.
 « Hijo mio! tu sangre se levanta contra
 « mí. . . . » Asi se lamentaba, y regaba
 « el

el cadaver con un torrente de lágrimas.

Adán, mirando á su esposa, con ojos llenos de dolor: "Querida Eva (la dixo) haces padecer á mi corazon unas penas inexplicables. Cesa, te ruego en nombre de nuestras desgracias, por el amor tan tierno que te tengo, cesa de despedazarme con las reconvenções que te haces a tí misma; pues me atormentan y oprimen. Ambos pecamos, verdad es. Harto nos lo recuerdan las consequencias amargas de nuestra prevaricacion. No obstante el Dios á quien ofendimos, el Dios que nos castiga, mira aun desde su alto Trono nuestras tribulaciones. Si, Dios mio! Nos permites aun en esta maldita tierra, y en medio de nuestros desastres, el implorarte. No has enteramente aniquilado al pecador. Vivimos, Eva, nada intentara la muerte contra nuestras almas; no tiene poder sino sobre los cuerpos, sus despojos. El alma sobrevivirá al cuerpo y si ha sido virtuosa, la esperan recompensas eternas. . . . consuelo, y grande

disimo, pero ay! asesinado por su hermano: ay Dios! Su hermano es quien le asesino. "

"Si, querido hijo, (exclamó Eva, volviendo á desatarse en llanto) , pues la muerte te ha abierto una puerta para salir de esta vida de tribulaciones; ¡no deberíamos desear seguirte? Ay! quedamos expuestos á las penas de que te liberto. ¿Como está allí tendido el sangriento despojo! Las risas procedidas del amor filial han abandonado su rostro ahora marchito, cardeno, y manchado con su propia sangre. Su boca no nos entretendrá ya con discursos angelicos; su vista empañada no verterá mas aquellas lágrimas de alegría, que derramaba, quando percibía en mí los efectos del amor inexplicable, que su virtud me inspiraba. Ay! en que abismo de males hemos caído ó pecado, ó culpa; que horroroso eres de contemplar ¡en que formas tan horribles te nos apareces? querido Abel, y tu madre, tu infeliz madre! . . . tambien la soy de tu

„ asesino; Abel mi muy amado! „ Fal-
 „ tándola en esto la voz, quedó tendida
 „ sin movimiento sobre el cadaver yerto,
 „ y allí se permanecía sin dar ninguna
 „ señal de sentimiento, quando interrup-
 „ tió Adán el silencio con estas exclama-
 „ ciones: „ Quan abandonado estoy! Quan
 „ desierto y lúgubre hallo lo que me
 „ circunda! Toda la naturaleza me pare-
 „ ce haber mudado de semblante; en
 „ quanto me rodea no veo mas que una
 „ consternacion general. Ha muerto, ay!
 „ aquel que llenaba mi vida de consue-
 „ lo, de placeres agradables, de espe-
 „ ranzas felices, el apoyo sobre quien
 „ fundaba todas mis esperanzas, ya no
 „ existe. O tú, Abel querido, ¿con efec-
 „ to eres muerto? Mucha verdad es, y
 „ que ha sido Cain. . . . Monstruo fugi-
 „ tivo, horror de la naturaleza, quien . . .
 „ Gran Dios! que ves nuestro sumo des-
 „ consuelo, perdona si nos lamentamos,
 „ si nos revolcamos por el polvo, como
 „ el gusanillo (¿y que otra cosa somos de-
 „ lante de tí?) Si nos arrastramos en el
 „ suelo como el gusanillo medio despa-
 „ . . .
 „ chu-

„ chitrado por el caminante contra una
 „ piedra! „

Pronunciadas estas palabras, se que-
 „ dó pálido y mudo, como una esta-
 „ tua, que representa la desolacion en un
 „ mausoleo cubierto de moho, y rodeado
 „ de cipreses. Volvió la cabeza ácia el lugar
 „ fatal; una inquietud horrible y silen-
 „ ciosa reynaba al rededor; despues se ar-
 „ rimó con trabajo ácia Eva, y retiró su
 „ mano trémula del cadaver, abrazándola
 „ ardientemente. „ Eva, dulce compañera
 „ mia (dixo inclinandose ácia ella) des-
 „ pierta, esposa querida, despierta; vuel-
 „ ve tu cara ácia mí; retirala de ese ca-
 „ daver, que ya has regado bastante con
 „ tus lagrimas; no te dexes vencer del ri-
 „ gor de la pena. ¿Es posible que tu dolor
 „ ha de ahogar toda tu ternura y memo-
 „ ria para con tu esposo? Ay! pon el ros-
 „ tro en mí, querida esposa. Justo es
 „ que sintamos los inexplicables horro-
 „ res de la muerte; como consequen-
 „ cias fatales de nuestra vergonzosa cal-
 „ da: pero es muy malo el dexarnos
 „ abatir hasta revolcarnos en el polvo;
 „ pues

„ pues parece reconvenimos á la Justi-
 „ cia eterna, como si nos hubiera cas-
 „ tigoado excesivamente. Templa, Eva,
 „ esa extremada desesperacion, á la qual
 „ te abandonas, no sea que la miseri-
 „ cordia divina nos juzgue indignos, por
 „ nuestra poca conformidad, de toda es-
 „ pecie de consuelo. „ Eva apartando al
 „ instante sus ojos del cadaver, los vol-
 „ vió á Adan; despues levantandolos al
 „ Cielo, humedecidos con lagrimas: « O
 „ Dios, perdoname; quan infeliz soy!
 „ O esposo mio querido! mi dolor es
 „ inexplicable. Con todo, aun me quie-
 „ res, yo soy la causa del deliro que de-
 „ ploramos, del fratricidio, de la san-
 „ gre vertida. Adan, ay! dexame llo-
 „ rar sobre tus manos, sobre ese cada-
 „ ver, permiteme mezclar mis lagrimas
 „ con su sangre. Dixo, é incli-
 „ nó su rostro bañado en llanto sobre las
 „ manos de Adan.

Así lloraban, y se lamentaban los
 dos, apoyados uno sobre el otro; quan-
 do atravesando por la campiña una figu-
 ra llena de luz se acercó ácia ellos. Las
 flo-

flores olorosas, que nacia á cada paso,
 señalaban las pisadas ligeras de sus piess;
 su frente serena anunciaba la paz, la
 consolante amistad estaba representada
 en la suavidad de sus ojos, y en las fac-
 ciones agradables de su semblante: una
 vestidura blanca, más reluciente que las
 nubes, de color plateado, que rodean al
 astro nocturno, ondeaba sobre su ligero
 y suelto talle. Con este aparato iba acer-
 cándose la figura celeste, avivando todo
 el verdor de las frondosas regiones in-
 mediatas. « Levanta Eva, (dixo enton-
 ces Adan) „ levanta tus ojos bañados en
 „ lagrimas: modera tus suspiros; vé:
 „ acercarse esa figura celestial; vé: con
 „ quan amoroso aspecto de bondad vi-
 „ ne ácia nosotros. Ya se va introdu-
 „ ciendo el consuelo hasta alumbrar las
 „ tinieblas de mi tristeza. No llores Evas
 „ levántate, salgamos á recibir al Mensa-
 „ gero celestial. » Apoyóse Eva sobre su es-
 puso, y el Angel se halló delante de ellos.
 Primeramente registró el cadaver de
 aquel primer muerto, luego volvió su
 vista afectuosa ácia Adan y Eva. El res-
 plan-

plandor que le rodeaba, alumbró á los dos esposos. Despues les dixo con una voz suave y armoniosa: " Benditos seais vosotros, que llorais aqui junto al cadaver de vuestro hijo; benditos seais. " El Todo-Poderoso se ha dignado permitir, que os visitase en vuestro destre. Entre los Angeles que acompañan sobre la tierra á los mortales, ninguno amaba mas tiernamente á vuestro hijo que yo: siempre estube á su lado, quando las ordenes del Altísimo no me obligaban á alejarme de él. " Quando su cándida alma, arrastrada de su viva aficion á la virtud, prorumpia en lágrimas de júbilo, ó en cánticos, que los Angeles de la región repetian en sus conciertos, yo era quien le inspiraba pensamientos angelícos, á lo menos aquellos, de que puede ser susceptible un alma depositada todavía en un vaso terrizo. No os desconsoléis, como si ya no existiera absolutamente; y pues su alma inmortal sobrevive, no debéis estar inconsolables. " La muerte no ha hecho sino desatarle

de los vínculos ó araduras pesadas del cuerpo, para que vaya á gozar sin obstáculo ni interrupcion de todo lo que puede desear una criatura virtuosa, sabia, y ansiosa de conocer las grandes verdades. Su felicidad sobrepuja á quanto puede alcanzar un espíritu que aun no vé cosa alguna, que no sea por la mediacion de los sentidos. Está con los Angeles junto al Trono de Dios. Lloradle carisimos míos; mas no sea inconsolable vuestro dolor. Corto tiempo estaréis separados de él; presto vendrá la muerte á llevaros también; y aunque se presente á cada uno de vosotros, baxo distintas formas, todos la recibiréis como deben las almas religiosas, como á un amigo largo tiempo esperado. Por lo tocante á ti, Adán, oye lo que te manda el Altísimo: Restituye ese cuerpo corruptible á su principio: abre una sepultura y soterrale. " Tales fueron los discursos del Angel á Adán y á Eva; á quienes mirando afectuosamente, arracó con su aspecto de sus almas el ex-

ceso del desconsuelo : á manera que el agua pura de una fuente cristalina refrigerá al viajante fatigado ; quando después de haber largo tiempo pisado los arenales ardientes de un desierto , se vé á pique de caer desmayado por el ardor de la sed : pero luego que ha bebido de la clara fuente , que corre con agradable murmurio , contento descansa al pie de ella , y se siente avigorado. Después siguiendo el curso del agua susurrante , que le conduce á una región deliciosa , donde ostenta la naturaleza todas sus riquezas , llega por fin á la casa del padre de familia , quien recibiendo le baxo una sombra fresca , le regala y acoge con esplendidez y bondad.

Confortada el alma de Adán , y llena de sentimientos nobles y elevados , puso la vista en el lucidísimo resplandor del Angel. «Benedicimoste, Amigo celestial (exclamaba mientras se iba alejando). «O Dios! quan propicio y benéfico sois. Volveis los ojos á nuestros males; y mandais á los Angeles, nos consuelen. Que! andaremos siempre

»su-

»sumergidos en el abatimiento y desesperacion , como réprobos , quando tu presencia nos rodéa por todas partes , quando benignamente nos miras desde el alto Cielo : quando los Angeles tutelares de la comarca recogen hasta nuestros minimos suspiros. ¿Se ha de entregar nuestra alma al dolor , sin admitir consuelo? Siendo inmortal , y caminando á la bienaventuranza eterna , ¿no es justo se aflija de que su corta peregrinacion esté sembrada de incomodidades? Debemos á la verdad derramar lagrimas sobre nuestro bienaventurado hijo , privados de sus abrazos en esta vida ; pero muchas mas debemos verter sobre el pecador su asesino : ó Dios , que júbilo probaria mi alma , si os sirvieses no destruirlo enteramente de vuestra vista! Es el primero que engendré ; el primero á quien parió Eva con agudos dolores. Querida Eva , cree que si rogámos á Dios por él sin desmayarnos : la elemencia Divina es infinitamente buena para exercitar con él su

» mi-

„ misericordia. Si dudásemos de esto se-
 „ riamos indignos de la bondad supre-
 „ ma, con la qual nos ha hecho gracia
 „ á nosotros pecadores; indignos de las
 „ promesas inefables que nos ha hecho,
 „ quando postrados en el mayor abati-
 „ miento aguardábamos, no promesas
 „ para lo venidero, sino en el instante
 „ mismo una sentencia fulminante. No
 „ disfrámos, Eva, obedecer á las ordenes
 „ del Altísimo; voy á llevar este cada-
 „ ver á nuestra cabaña, y volver á la
 „ tierra el polvo del bienaventurado. Dul-
 „ ce esposo, (dixo Eva) mi alma se siente
 „ algo aliviada de su abatimiento. Con-
 „ tinúa en esforzarme con tus consue-
 „ los sólidos, con tu virtud mas encen-
 „ dida que la mia. Mi debilidad se apoya
 „ sosteniendose sobre ti, como la yedra
 „ al tronco de los arboles. „ Adán tomó
 „ sobre sus hombros el cadaver, y lloran-
 „ do, agoviado de tan triste peso, solloza-
 „ ba. Eva iba á su lado; y de este modo
 „ llegaron á la choza.

FIN DEL CANTO IV.

CAN-

CANTO QUINTO.

A penas Thirza, despues de un sueño
 interrumpido con melancolicas visiones,
 volvía á abrir los ojos á la luz del día;
 quando dexó precipitadamente su cama
 cubierta de pieles de animales: al modo
 que se levanta medio despierto un via-
 jante, que rendido á la fatiga se habla
 acostado baxo el arco de una roca ca-
 vernosa, quando su Angel benévolo le
 representa en sueños, que la pena va á
 caer sobre su cabeza, temblando se re-
 tira, y oye con espanto un instante des-
 pues hundirse la roca hecha pedazos.
 No sabe todavía, si el compañero de su
 infausto viage, á quien dexó allí al es-
 caparse, él estará intenzmente sepulta-
 do baxo las ruinas. «Que fantasmas terri-
 „ bles (dixo ella) han pasado por mí,
 „ mientras dormía. Que lugubres espec-
 „ tros! Nada en la naturaleza los iguala.
 „ Ríndote gracias afectuosas, amable luz
 „ del

„ misericordia. Si dudásemos de esto se-
 „ riamos indignos de la bondad supre-
 „ ma, con la qual nos ha hecho gracia
 „ á nosotros pecadores; indignos de las
 „ promesas inefables que nos ha hecho,
 „ quando postrados en el mayor abati-
 „ miento aguardábamos, no promesas
 „ para lo venidero, sino en el instante
 „ mismo una sentencia fulminante. No
 „ disfrámus, Eva, obedecer á las ordenes
 „ del Altísimo; voy á llevar este cada-
 „ ver á nuestra cabaña, y volver á la
 „ tierra el polvo del bienaventurado. Dul-
 „ ce esposo, (dixo Eva) mi alma se siente
 „ algo aliviada de su abatimiento. Con-
 „ tinúa en esforzarme con tus consue-
 „ los sólidos, con tu virtud mas encen-
 „ dida que la mia. Mi debilidad se apoya
 „ sosteniendose sobre ti, como la yedra
 „ al tronco de los arboles. „ Adán tomó
 „ sobre sus hombros el cadaver, y lloran-
 „ do, agoviado de tan triste peso, solloza-
 „ ba. Eva iba á su lado; y de este modo
 „ llegaron á la choza.

FIN DEL CANTO IV.

CAN-

CANTO QUINTO.

A penas Thirza, despues de un sueño
 interrumpido con melancolicas visiones,
 volvía á abrir los ojos á la luz del día;
 quando dexó precipitadamente su cama
 cubierta de pieles de animales: al modo
 que se levanta medio despierto un via-
 jante, que rendido á la fatiga se habla
 acostado baxo el arco de una roca ca-
 vernosa, quando su Angel benévolo le
 representa en sueños, que la pena va á
 caer sobre su cabeza, temblando se re-
 tira, y oye con espanto un instante des-
 pues hundirse la roca hecha pedazos.
 No sabe todavía, si el compañero de su
 infausto viage, á quien dexó allí al es-
 caparse, él estará intenzmente sepulta-
 do baxo las ruinas. «Que fantasmas terri-
 „ bles (dixo ella) han pasado por mí,
 „ mientras dormía. Que lugubres espec-
 „ tros! Nada en la naturaleza los iguala.
 „ Ríndote gracias afectuosas, amable luz
 „ del

„ del día, por habermelos ahuyentado;
 „ Flores hermosas que me cercáis, ta-
 „ pizes esmaltados que me servís de la
 „ mas agradable ocupacion; vuestros
 „ varios perfümes; que el dulce calor de
 „ la mañana os roba, restaurarán mi ce-
 „ rebro fatigado, y vosotros habitadores
 „ alegres del ayre, vuestros tiernos acen-
 „ tos restablecerán la serenidad en mi
 „ alma. Mi voz vá á mezclarse con vues-
 „ tros gorgéos; mis alabanzas y haci-
 „ mientos de gracias se harán sentir
 „ con las de toda la naturaleza repara-
 „ da. Criador Todo-Poderoso, Salvador
 „ propicio! Mi alma confundida con tus
 „ bondades, no acierta á explicar sino
 „ imperfectamente la inmensidad de tus
 „ favores, y la grandeza de mi recono-
 „ cimiento. Tu providencia vela sin ce-
 „ sar, mientras que la obscuridad de la
 „ noche, y las adormideras del sueño
 „ tienen amorrados nuestros ojos. Ay!
 „ mis alabanzas; y mis acciones de gra-
 „ cias se mezclan con las de toda la na-
 „ turaleza adornada! «A estas palabras
 „ salió de la cabaña, y se acercó á las flo-
 „ res

res que acababan de abrirse: los céfi-
 ros de la mañana las robaban sus pri-
 meros perfümes. «Pero (continuó ella)
 „ ¿á que viene esta tristeza melancólica,
 „ que á pesar mio me penetra hasta lo
 „ profundo del alma? Tiemblo interior-
 „ mente. ¿Quien puede causarme una
 „ congoja tan extraordinaria? Me parece
 „ veo nubes obscuras que se levantan del
 „ horizonte formadas en bultos enor-
 „ mes, semejantes á montañas; á cuyo
 „ aspecto calla la naturaleza, y las cam-
 „ piñas contristadas se estreñecen en la
 „ expectativa de una borrasca terrible.
 „ ¿Donde estas, Abel? Querido de mi
 „ alma corro á echarme en tus brazos,
 „ perseguida de amargos pesares, á ma-
 „ nera que corre acelerado qualquiera,
 „ que poseído de algun temor atraviesa
 „ un espeso y solitario bosque para vol-
 „ ver á salir á la llanura. «

Diciendo esto, aceleró el paso, quan-
 do Mehala salía de su cabaña á recibirla. «Saludote, hermana querida, clamó,
 „ ¿donde vas con tanta priesa? ¿que quie-
 „ re decir ese cabello esparcido, que no

Ma

„ te

«te has dignado de componer con nin-
«guna dor ni adorno?»

«Corro (respondió Thirza) á echar-
«me en los brazos de mi querido; unos
«temores extraordinarios me han inquie-
«tado durante el sueño, y me penetran
«ahora aun hasta lo mas intimo del
«alma, sin que los haya desvanecido
«la serenidad de la mañana; pero lo
«que no pudo hacer una aurora her-
«mosa de primavera, lo que no ha po-
«dido alcanzar el aspecto agradable de
«la naturaleza, en medio de su mayor
«resplandor, la presencia de mi amado
«lo efectuará. Corro pues á sus brazos.»

A estas palabras respondió suspi-
rando la esposa de Cain: «Ayl no ten-
«go yo tanta felicidad, ni quien me
«consuele sino mi padre que me ama,
«y mi madre, que tambien me quiere,
«tu Thirza, y tu esposo. Si, contigo
«depongo los inquietos pesares, que el
«descontento de Cain amontona sobre
«mi cabeza. La hermosa naturaleza no
«le inspira sino melancolías; le enfa-
«dan los trabajos que tiene que sufrir
«pa-

«para hacer fructífero el campo; pero lo
«que me hace gemir mucho mas, es su
«odio inveterado contra su hermano.»

Mehala echó á llorar, y su herma-
na execurando lo mismo, la abrazó tier-
namente, y la dixo: «Quantas lagri-
«mas amargas nos hace esta idea der-
«ramar á mi esposo y á mi, durante los
«intervalos de las vigias, que nuestros
«sinsabores nos ocasionan! Nuestro úni-
«co recurso es levantar las manos al
«Cielo, é implorar socorro del Todo-
«Poderoso; ayl oxalá que un rayo de
«su bondad disipe las nubes oscuras de
«ese corazon, donde brota una zizaña
«odiosa, que ahoga todo principio de
«virtud! entonces la quietud apacible
«reflorece al rededor de nuestras ca-
«ñas, y los pesares no obscurecen el
«semblante de nuestro padre, ni de
«nuestra tierna madre oprimida de do-
«lor, á vista de la dureza de su primo
«génito.»

Mehala repitió llorando: «Ayl ese
«es tambien el objeto de mis ruegos.
«Ay quantas veces me sucede pasar mas
«de

de la mitad de la noche llorando y so-
 llozando por mi esposo, rogando al
 Señor en lo interior de mi alma, que
 le ablande el corazón! Pero si por ca-
 sualidad sucede que mi oración y so-
 llozos sean tan altos y eficaces, que
 llegan á despertarle, entonces su voz
 fulminante me hiela de terror; me re-
 conviene con que turbo su sueño, la
 única felicidad que Dios irritado le
 dexa gozar sobre esta tierra maldita.
 Ay Thirza! esto es lo que pido ince-
 santemente al Señor ocupada dentro
 de mi cabaña en las haciendas domés-
 ticas. Mis tiernos hijos lloran al rede-
 dor mío, viendome derramar lagri-
 mas, y me preguntan en su language
 pueril, acompañado con caricias ino-
 centes, porque lloro. Ay Thirza! me
 voy consumiendo de dolor, como una
 flor, á la qual los árboles demasiado
 espesos, interceptan el rocío refrige-
 rante, y los rayos benignos del Sol.
 Hoy mismo quando salió de la cho-
 za antes del alba, quan terrible iba!
 Jamás la melancolía estuvo tan fuer-

te-

temente pintada en su rostro; centellaba
 el furor en sus ojos, baxo de sus torvas
 cejas. Al pisar el umbral de la puerta,
 le oía prorumpir en imprecaciones y
 maldiciones contra la hora de su naci-
 miento. De esta manera saludaba el
 malba. Verdad es Thirza, que como
 has visto muchas veces, recobrando la
 superioridad sus principios de virtud,
 ahogan sus ideas tenebrosas, y res-
 tituyen la quietud á su alma. Enton-
 ces nos pide perdón de habernos ofen-
 dido; pero ay! quan brevemente se
 desvanecce esta debil luz, así como en
 los días oscuros del invierno apenas
 penetra el Sol la espesura de las nubes,
 que luego vuelven á juntarse, y lo
 esconden de nuevo á nuestra vista.
 No obstante esperémos, que al fin la
 serenidad de la primavera las alejará
 enteramente; Nunca cesémos jamás
 de pedirselo á Dios. Yo por mi par-
 te conservo siempre arraygada en mi
 alma esta esperanza.

Mientras habló Mchala, escuchaba
 Thirza pálida á la parte del bos-
 que.

que. "Que acentos lúgubres oyo acá
 " esos árboles (dixo tremula). Ja-
 " más dolor se ha explicado tan viva-
 " mente, hermana mía Acá esos
 " árboles Mehalá, ay! la tragica
 " escena parece acercarse aquí O
 " Dios!" A estas voces cayó desmayada
 " Thirza en brazos de su hermana.

Vacilante salió Adán de detrás de los
 árboles, llevando sobre sus hombros el
 triste peso del cadaver de su hijo. Era
 con la cabeza inclinada marchaba á
 su lado; volviendo unas veces su cara
 desfigurada por el dolor al sangriento
 espectáculo, y cubriéndola otras con
 su cabellera anegada en lagrimas.

Cubierta Thirza de palidez mortal,
 quedó inmóvil en los brazos de su her-
 mana, Mehalá se desmayó juntamente
 con su hermana, y cediendo al peso
 que sostenía, flaqueándole al mismo
 tiempo las piernas, se dexó caer en tier-
 ra. A manera que quando tres amables
 compañeras, unidas por una tierna afec-
 ción salieron juntas, durante una tarde
 hermosa de verano, á visitar el cam-
 po

po dorado con las rubias espigas en
 tiempo de la siega; si las cae un rayo
 á los pies, el susto del Improvizo recla-
 mado las echa al suelo; pero si dos de
 entre ellas, vueltas poco á poco del
 susto; ven á sus lados la tercera hecha
 ceniza, vuelven á caerse acometidas de
 nuevo desmayo; más violento y peli-
 groso que el ocasionado por el rayo:
 tal fue la situación de las dos hijas de
 Adán; quando volviendo en si vieron
 el cadaver de aquel á quien amaban.
 Adán acababa de tenderle sobre la yer-
 ba; y sostenía con los brazos á su espo-
 sa; que amenazaba caer. "¿Dónde es-
 " toy? (exclamó Thirza) O Dios! ¿Dón-
 " de estoy? . . . Como está tendido! . . .
 " Abel, ay! ¿Para qué he vuelto en
 " mí ¡Utz odiosa! . . . ay que infeliz
 " soy! Mehalá, ay que soy infe-
 " liz! Aquí está tendido muerto! O
 " espectáculo horrendo! un rayo ha ca-
 " do sobre mí luz odiosa! para que vuel-
 " vo á verte."

Thirza (exclamó Mehalá con una
 voz tremula) "no te dexes oprimir

" de

„ de la funesta idea, que me rinde á mí
 „ tambien! ay Thirza! aun te
 „ caes! despierta, acerquemonos,
 „ aun no estamos ciertas de nuestra des-
 „ gracia. No está muerto aproxi-
 „ memonos. Tu voz y abrazos le des-
 „ pertarán , ó volverán en sí. „

Diciendo esto ambas hermanas, y ayudandose una á otra para volver á levantarse, fueron arrastrando, estremecidas y sin fuerza, hasta el cadaver. “ O padre mio, ó madre mia, como os deshaceis en lagrimas! que temblores! exclamó Thirza ya junto al cadaver Abel Abel! mi mas amado! Esposo querido, felicidad mia, mi vida, mi todo! Despierta ay desgracia extrema! ;No te despiertas Abel? Oye mis gritos lamentables; oye las voces de tu esposa. „ Despues se arrojó sobre el cadaver, y quiso abrazarlo: pero espantada retrocedió, dando un grito agudo, despues de haber visto la herida, y sangre que cubrian su frente. Cayó en tierra sin voz, sin movimiento, sin aparien-

riencia de vida, pálida y fria, como mármol inanimado. La desesperacion estaba pintada en sus ojos abiertos y fijos. Mehala lloraba á su lado, y con las manos juntas levantaba sus ojos llenos de lagrimas ácia el Cielo, y los baxaba de un momento á otro ácia el cadaver.

Adán sintió acrecentarse su dolor por el de sus hijas, y quiso consolarlas. “ Queridas mias; Mehala, Thirza, las „ dixo, que no pueda yo aliviar vuestros males! rendidamente os pido contribuyais á mi consuelo; mientras Eva „ y yo desesperados llorabamos tambien „ junto á este cadaver, un Angel revestido de hermosura celestial, vino ácia „ nosotros con encargo del Señor de consolarlos. “ Llorad, (nos dixo) pero no esteis inconsolables. “ No debéis mirarle „ como si no existiera, volved á la tierra „ el polvo que sirvió como de envoltura „ á su alma. En quanto á ésta se halla ya „ desembarazada de los vinculos y ataduras del cuerpo, es feliz, y mas de „ quanto puede concebir un espíritu ro- „ dea-

deado aun de barro terrestre ; no estáis separados de él sino por un corto espacio de tiempo, despues del qual reunidos, gozaréis torrentes de delicias, de que los sentidos carnales y groseros no alcanzan siquiera á daros idea. Ay queridos, no profaneis las exequias del bienaventurado con quejas inconsolables.

Al paso que Thirza continuaba sin movimiento ni habla, la esposa de Cain, juntas las manos sobre la cabeza, explicaba su dolor en estos terminos. «O padre mio! ¿Quieres por ventura prohibirnos el llanto? que vista tan horrosa la de este cadaver lúgubremente tendido! O tú consuelo nuestro, alegría nuestra, ó Abel! Luego te perdidos para siempre; y nuestra mas agradable ocupacion será verter lagrimas por ti hasta la hora de nuestra muerte. Si, ya estás en posesion de la bienaventuranza, por cuya consecucion derramaste tantas piadosas lagrimas, y por la qual ahora suspiro mas que nunca. Aquí estamos gimiendo por

por haberte perdido en este triste desierto donde vivimos! nos has sido robado, y nuestra mas agradable ocupacion será llorar por ti hasta la desahora de nuestro fallecimiento. Cain, Cain, ¿donde estabas quando ha muerto tu hermano? Ay! si á lo menos le hubieras abrazado antes con ternura fraternal; si hubieras entonces implorado el socorro de sus santos ruegos, con que aficion te hubiera estrechado aún en sus brazos desfallecidos, y bendecido con sus labios moribundos! que dulce consuelo, y feliz alivio hubiera sido para ti en lo venidero! pero.... ó madre mia... ¿de nuevo te rindes al dolor?... callas... padre, ¿recé tiemblas de horror?... padre mio, ¿que consternacion se difunde en tu rostro? presentimientos funestos. ¿Padre mio, sabes donde está? madre mia, ¿lo sabes? ¿donde está Cain? ¿donde está mi esposo?» Eva abatida exclamó: «¿Quien puede saber hasta que termino te persigue la venganza divina? Ay Dios! el infeliz há... pero que voy

„ á decir, tiemblo de hablar. . . . que in-
 „ feliz madre soy ! idéa horrorosa y de-
 „ testable, atormentame á mi sola : tras-
 „ pasa mi pecho como el fuego del in-
 „ fierno ! Ay madre desdichada ! ; por-
 „ que , Mehala espantada exclamó :
 „ Dexa, madre mia, dexa que la boirras-
 „ ca fatal descargue por entero sobre mis
 „ ya que mis sospechas me arrancan ya
 „ las entrañas, ó padre mio, ó madre
 „ mia ! no me escondais mas tiempo la
 „ verdad. Es Cain quien. . . . Ay hablad,
 „ os ruego. . . . Le ha muerto, Mehala,
 „ Thirza, le ha muerto (exclamó Eva),
 „ y al punto el exceso de su dolor le qui-
 „ tó el habla.

Un temor silencioso sobrecogia á la
 esposa de Cain; sus ojos parados no
 vertian lágrimas, un sudor frio corria
 por su frente; remblabanle los labios
 descoloridos; despues exclamó. “Ha
 „ muerto Abel ! . . . Cain mi esposo qui-
 „ tó la vida á su hermano ! ó delito hor-
 „ rible ! . . . ¿donde estás fraticida ? don-
 „ de. . . . ¿donde te persigue tu cri-
 „ men ? . . . ¿ El trueno de Dios ha to-
 „ ma

„ mado ya venganza de tu hermano ?
 „ ¿infeliz no existes ya, ó si existes, don-
 „ de estás ahora ? ¿A que pais te guia la
 „ desesperacion ? „ Asi se lamentaba Me-
 „ hala arrancandose los cabellos. „

“ Barbaro fraticida ; exclamó Thir-
 „ za ; ay como pudiste asesinar á
 „ tu bueno y virtuoso hermano, que sin
 „ duda ; baxo el golpe mismo mortal, te
 „ miraria con ojos amorosos ! Ay Cain !
 „ maldito maldito seas ! . . . Thir-
 „ za ; hermana mia ! no le maldigas (ex-
 „ clamó Mehala) es tu hermano, es mi
 „ esposo ; antes bien implorémos la mi-
 „ sericordia de Dios á su favor. Estoy
 „ segura que al caer ensangrentada la
 „ santa víctima de su furor, puso en él
 „ ojos de compasion, la bendixo, y
 „ que ahora prostrado delante del Trono
 „ del Eterno solicita su perdón. No le
 „ maldigas, Thirza, no maldigas á tu
 „ hermano ; antes levantense del polvo
 „ nuestros ruegos para juntarse con los
 „ de aquel bienaventurado. „

“ Dondé me lleva el exceso de mis
 „ males, no le he maldicado, Mehala,

„ no le he maldecido : el infeliz! . . . „ A
 „ estas palabras cayo sobre el cadaver, beso
 „ su rostro anegado en sangre, y sus firos
 „ y cardenos labios. Largo tiempo quedo
 „ sepultada en un dolor taciturno ; luego
 „ exclamo con voz interrumpida : „ Ay!
 „ que no pudiese yo quando caiste be-
 „ sar aun tus labios palidos, oir de tu
 „ boca expresiones tiernas, tu vista mo-
 „ ribunda se hubiera vuelto todavia a
 „ mi ; quiza (y plegue a Dios que
 „ me hubiese acaecido) tal vez hubie-
 „ ra espirado abrazandote por ultima vez ;
 „ que no pueda yo seguirte ahora. Oxa-
 „ la estubiese mi cuerpo tendido sin vi-
 „ da al lado del tuyo! pero te sobrevivo.
 „ Ay de mi! y quedo expuesta a males
 „ inexplicables. Chozas, que tanto me
 „ agradasteis, de aqui adelante me ins-
 „ pirateis el terror : pareciendome otros
 „ pedir aquel que, baxo vuestras cayida-
 „ des sombrías, me abrazaba tan atec-
 „ tuosamente. Me parecera, que las fun-
 „ tes enmedio de su murmurio gimen
 „ por haberle perdido. Pobre y desam-
 „ parada ; mi única ocupacion sera flo-
 „ rar

„ rar mi desastre, á la sombra de los
 „ frondosos bosques, ó á la orilla de los
 „ arroyos. Se ha desaparecido, ay de mi!
 „ para siempre le he perdido! ay Dios! . . .
 „ Siempre veré sus apagados luceros in-
 „ moviles, esa palidez mortal, las me-
 „ xillas amoratadas, la sangre que tñe
 „ su frente. Ay de mi! corred lagrimas,
 „ corred sin medida sobre este cuerpo
 „ ajado ; ay de mi! Era por su hermosu-
 „ ra mas digna morada de alma tan sán-
 „ ta. Demasiado me honraba, descen-
 „ diendo hasta abrazarme! Quanto bri-
 „ liaba en el la virtud ; por hechos ma-
 „ nifiestos que le hacian amable! Como
 „ resplandecía en sus ojos ; y se sonreia
 „ en todo su aspecto! Ahora se ha esca-
 „ pado de este cuerpo demasiado pura
 „ y santa, para comunicar con los mor-
 „ tales, en especial conmigo. Ay! corred
 „ lagrimas, corred sin medida sobre este
 „ cuerpo marchito ; hasta que mi alma
 „ ansiosa por unirse de nuevo con él,
 „ deposite su polvo junto al suyo. Asi
 „ se lamentaba y lloraba, regando el ca-
 „ daver con sus lagrimas. Eva sintió que
 „ N el

el dolor de sus hijas acrecentaba el su-
 yo. " Hijas mías (exclamó) no me due-
 le menos vuestra aflicción que la mía
 propia; vuestras lamentaciones me
 despedazan el alma. Vuestras quejas
 son para mí otras tantas reconvencio-
 nes que me roen las entrañas . . . re-
 cordándome que yo soy la que intro-
 duje el pecado, la maldición, y la
 muerte en el mundo. Ay! perdonadme,
 hijas queridas, perdonad á vuestra des-
 graciada madre, que os ha parido con
 dolor. " Sus hijas enternecidas, echan-
 dose á sus pies, la dixéron afectuosamen-
 te: " Eva madre nuestra, por ese mismo
 dolor que has experimentado al parir-
 nos, cesa, te rogamos, de aumentar tu
 pena y la nuestra; cesa de agravar nues-
 tros tormentos con tu desesperación.
 No llares reconvenciones nuestras la-
 grimas y suspiros: Ay! si nuestro do-
 lor estuviera en nuestra mano, no ve-
 rías escaparse de nuestro pecho, ni de
 nuestros ojos un sollozo, ni una sola
 lagrima. Pero como podemos resistir
 al amor, el mas tierno á la voz de la na-
 tu-

raleza? Fuentes de donde mana nues-
 tro llanto. " Aun proseguían abraza-
 das á las rodillas de su madre, miran-
 dola tiernamente, y llorando, quando
 habló Adán en estos términos: "Que-
 ridas mías, no tardémos mas en cum-
 plir las ordenes del Numen Supremo;
 volvámos á la tierra, de que fué for-
 mado este saco material, causa de
 nuestras lagrimas, y de nuestras la-
 mentaciones. El tiempo, que todo lo
 sana, y la razon victoriosa suaviza-
 rán nuestro dolor; sucederá lo que
 á una esposa, que aguarda ansiosa el
 día en que debe ser conducida á los
 brazos de su querido. Restituye pues
 el cadáver á la tierra, (replicó Thirza)
 y llorando volvió sus ojos á su padre.
 Pero permíteme, continuó, que aun
 lllore algun rato sobre él, y despues
 le depositarás en la tierra. " Diciendo
 esto, se echó con los brazos abiertos
 sobre el cadáver.

Entretanto abrió Adán una sepultura
 en tierra; Eva y Mehalá se apartá-
 ron un poco. Llegaron en este interm-
 dio

dio los hijos de Cain, que se encami-
 naban acia la triste escena, asidos de
 las manos. "O querido Josia, exclamó
 "el rubio Eliel, ¿que lamentaciones oy-
 "go cerca de nosotros? acerquémonos:
 "que veol es Abel!... como está ten-
 "dido, descolorido y deshecho! como
 "su cabellera está ensangrentada! No
 "está, ó hermano mio, de otro modo
 "tendido un cordero degollado para el
 "sacrificio. Mi querido Eliel, replicó el
 "joven Josia, véa como Thirza llora
 "sobre él, y tiene sus ojos inmóviles
 "sin volver á ella la vista! Retirémonos
 "de aquí, tiemblo; este espectáculo me
 "espanta; vamos prontamente á hallar-
 "nos con nuestra afligida madre.," Á
 "estas palabras los niños, acercándose á
 "ella, la tomaron de la mano, mirando-
 "la muy tristes. "Madre nuestra, la pre-
 "guntaron, ¿por que llorais? ¿por que
 "Abel está tendido allí como un cor-
 "dero de sacrificio?," En esto abrazó
 "Mehala á sus hijos, y mirándolos con
 "semblante dolorido les dixo: "Querí-
 "dos hijos míos, la muerte há sacado su
 "ál-

"álma del polvo, y la ha llevado á la
 "morada que habitan los Angeles, para
 "gozar allí de las felicidades eternas.
 "Luego no despertará mas, (replicó
 "sollozando el joven Eliel) el que nos
 "amaba tan tiernamente, que tenien-
 "do en sus rodillas á Josia, y á mí,
 "nos enseñaba agradables cánticos, nos
 "hablaba de Dios, de los Angeles,
 "de las maravillas de la naturale-
 "za. Ay! nunca jamás despertará! ay
 "quantas lagrimas costará á nuestro
 "padre, quando vuelva del campos,," y
 "los dos niños consternados se acogie-
 "ron á los pliegues del vestido de su ma-
 "dre.

Habia Adan acabado de abrir la se-
 pulcra: "Despierta (dixo á Thirza) des-
 "pierta querida mia, no dilateinos el
 "restituir este polvo á la tierra; el Se-
 "ñor lo ha mandado;," y acercándose
 "á ella la cogia con ternura por la ma-
 "no. Habia tenido éxtasis sobre el cadá-
 "ver, y despertando de la santa vision:
 "Si, le he visto, dixo, acercábase á mí,
 "mi, vestido de un resplandor celeste
 "tal

„tial y de brillante gloria. . . No llo-
 „res; me ha dicho, no llores, soy fe-
 „liz; pronto vendrás á hacerme com-
 „pañía en esta feliz y dichosa morada,
 „donde no habrá ya muerte, que pue-
 „da separarnos. Á estas palabras des-
 „apareció con una sonrisa divina, y un
 „resplandor celestial señalaba sus hue-
 „llas. . . .”, dixo Thirza, y un consue-
 „lo sublime iluminó su cara. “Entierra,
 „padre mio, este saco de polvo.” Des-
 „pues se levantó, y puso al lado de su
 „madre y de su hermana. Todas tres se
 „cubrieron la cara con las ondas de su
 „esparcida cabellera, mientras Adán, des-
 „pues de haber envuelto el cuerpo en
 „pieles, lo puso en la sepultura, y lo
 „cubrió con tierra. “Ahora (dixo) que-
 „rida esposa é hijos, adoremos al Al-
 „tísimo, postrados junto á este sepul-
 „cro.” Y todos se postraron, estando
 „Elicí y Josía cada uno apartado al lado
 „de su madre; entonces el padre del
 „género humano, pronunció en alta voz
 „esta oracion, con los brazos cruzados
 „sobre el pecho.

“O

“O Tú, que habitas el alto Cielo,
 „Dios criador, Justicia eterna, Bon-
 „dad infinita, nos ves á nosotros pe-
 „cadores, postrados delante de ti, jun-
 „to al sepulcro del primer muerto, im-
 „plorarte cubiertos de polvo. Ay! haz
 „que nuestro ruego se levante ácia
 „Ti; miranos con propicios ojos en este
 „valle de muerte, en esta mansion de
 „pecado: Grandes son nuestras iniqui-
 „dades; pero tu bondad infinita aun es
 „mayor, llenos de inmundicias y de
 „impureza estamos delante de Ti, y con
 „todo no apartas tu rostro de sobre no-
 „sotros, y desde lo alto de tu Trono
 „miras aun nuestra miseria con ojos
 „benignos: nos permites implorarte
 „aunque pecadores no nos has aban-
 „donado. Alabado seas para siempre,
 „Tú que habitas en los Cielos. No so-
 „lamente la agradable primavera te ala-
 „ba; no solamente la serenidad del
 „Cielo te anuncia; sino que te mani-
 „fiestas tambien por los rayos ruidosos
 „del trueno, que despide una nube obs-
 „cura, por los bramidos del Aquilón,
 „que

«qué excita las tempestades y las bor-
 «raecosas lluvias. Igualmente, sacas tu
 «gloria de la risueña alegría del mor-
 «tal feliz, que de las tristes lagrimas del
 «infieliz. Hemos visto, á la hija del pe-
 «cador, á la honorosa muerte: se ha de-
 «nucado caer sobre nuestras cabezas, ba-
 «xo una forma horrenda, atarreada por
 «una funesta prevencion, un delito
 «varrozi, cuyo instante fatál hubiera de-
 «bido señalar la tierra con aullidos fu-
 «necbres, con borrascas terribles. Mi
 «primogénito... Ayl tiémbo, ha en-
 «tregado su hermano á la muerte. Dios
 «misericordioso! no apartes tu vista de
 «mí, quando me arrojó á pedirte por
 «el. Dios benigno, dignate no des-
 «preciar enteramente al culpado: port
 «en el tus ojos; vierte tu terror en su
 «alma, para que tiemble de su delitos
 «se humille hasta la tierra delante de
 «Tí: lllore, gima, y te pida sin cesar
 «perdon; y despues que te havá lar-
 «go tiempo implorado, Dios miol en-
 «tonces derrama algun consuelo sobre
 «su desgracia. Oye, te pido, el ruego
 «que

«que me atrevo á encaminarte. He ex-
 «cabado una tumba, he echado tier-
 «ra mojada con nuestras lagrimas en el
 «cuerpo corruptible de la muerte: oye
 «favorablemente nuestros votos: spon
 «del profundo de la sepultura hasta el
 «pie de tu sublime Trono: oyenos Se-
 «ñor, Señor: oyenos, te pedimos per-
 «don para nuestro primogénito: no le
 «dexes perecer á manos de tu enojo,
 «sea que te Implorémos al ponerse el
 «Sol, ó á su salida, sea que interrohu-
 «pamos el sueño para elevar nuestros
 «corazones á la Tí, dignate de escu-
 «charnos y favorecernos: aun somos
 «demasiado felices, baxo la mano mis-
 «ma de tu justicia vengadora. Alabanzas
 «eternas te sean dadas, pues has admitido
 «en tu gloria al alma del diuino. La
 «muerte se apoderó de su primera víc-
 «tima: la seguiremos uno tras otro: en
 «el lúgubre sepulcro: la seguiremos á
 «la eternidad. O Tú! que con una se-
 «ñal criaste el Cielo, cuya palabra sacó
 «la tierra de la nada: el Cielo y Tier-
 «ra pasarán; pero Tú por Tí mismo eres
 «eter-

„ eterno. Vivimos envueltos en polvo; y
 „ nuestro polvo se disolverá; pero Tú per-
 „ maneces eternamente inalterable; Tú
 „ admitirás en tu Gloria á todo pecador,
 „ á quien un verdadero arrepentimiento
 „ de sus culpas haya penetrado; llamarás
 „ á ti al justo que se aflige por las imper-
 „ fecciones, de que su virtud está aun
 „ mezclada, por las pequeñas manchas,
 „ efecto de la fragilidad humana, que con-
 „ taminan su conciencia. A uno y otro
 „ los sacarás del polvo, á fin de que se
 „ alegren contigo eternamente, y sean
 „ puros como Angeles. Pues... ó pro-
 „ mesa inefable! Vendrá día en que la
 „ posteridad de la muger quebrante la
 „ cabeza de la serpiente. Salte la tierra
 „ de júbilo, y cante toda la naturaleza
 „ tus alabanzas. Bendicirémos tu mano
 „ al tiempo mismo que sobre nuestra ca-
 „ beza esté descargando sus golpes. El
 „ hombre ha decaído, y fué degradado
 „ de su primera dignidad; pero es aún
 „ demasiado feliz en que su Dios no le
 „ desechase para siempre, y que desde
 „ su Tribunal mismo eche aún sobre no-

„ otros unas miradas llenas de bondad.
 „ El que Dios había criado tan feliz há
 „ pecado; y en el instante de su caída,
 „ confuso y trémulo, esperaba humilde
 „ y abatido la maldición divina y su
 „ condenacion eterna, ¿ni que mas po-
 „ dia esperar una criatura ingrata y re-
 „ belde de un Dios irritado? Pero, o pro-
 „ digio de bondad no esperada! La na-
 „ turaleza entera anuncia solemnemen-
 „ te de la parte de Dios, que un día la
 „ cabeza de la serpiente será quebran-
 „ tada. Misterio sublime, pero rodeado
 „ á la verdad de una santa obscuridad,
 „ que un ser criado no puede penetrar.
 „ Misterio inefable; pero de gran con-
 „ suelo, que el pecador puede reconci-
 „ liarse con Dios, no obstante sus de-
 „ litos... y aún nos dexarémos vencer
 „ del desconsuelo, y de las lagrimas pro-
 „ fanas que vertemos en esta terrestre há-
 „ bitacion; porque el sueño de esta vida
 „ esté alternativamente turbado de pla-
 „ ceres y de aflicciones, hasta que la muer-
 „ te, que se acerca, saque el alma de su
 „ fragil vaso, y la liberte de los tormen-

tos de una justa maldición. En este
 feliz instante, el alma que, no obstan-
 te el barro que la rodea, há conservado
 la idea de su dignidad primitiva, y há
 correspondido fielmente á las santas
 inspiraciones del amor divino, sale de
 su prisión pura y feliz como los Ange-
 les. Ay! y me parece que antevéo los
 dichosos arcaños depositados en los
 tiempos venideros. Veo á aquellos que
 la muerte ha trasladado á la morada
 celestial; veo una generacion nume-
 rosa; pura como las llamas, que los
 Angeles encienden en el Altar delan-
 te del Altísimo. Está rodeada de los
 Angeles, y canta himnos sin fin de-
 lante del Trono brillante del Todo-
 Poderoso. Ah! ¿como me inmuto? ¿co-
 mo mi alma se eleva? Nunca he pro-
 bado cosa semejante á esta. O bondad
 infinita! no tiene bastantes fuerzas para
 celebrar tus alabanzas. Está llena de
 santos éxtasis; y aunque pensara con
 la energía de uno de los primeros An-
 geles, solo nos los explicaria imper-
 fectamente, pudiendo unicamente ex-
 perimentarlas.

Ca-

Calló Adán, y se mantuvo largo
 rato sumergido en un silencio profun-
 do. Toda su familia, postrada junto á
 él al rededor del sepulcro, estaba in-
 movil y sin habla. La naturaleza entera,
 como atónita, guardaba el mismo silencio
 y sobre sus cabezas brillaba el Cielo se-
 reno sin la mas leve nube.

Vino la noche, el ayre refrescaba, y
 el tiempo estaba en calma. Caín, agitado
 de inquietos temblores y remordimientos
 de conciencia, había vagado por las re-
 giones mas incultas. Oprimido de fati-
 ga se sentó en parte donde la Luna aso-
 maba por el horizonte, y despidió así
 su voz horrenda en medio del silencio
 de la noche. «Allá baxo, dixo, tras esa
 montaña se levanta la Luna con su res-
 plandor argentado, y nadando en
 la obscura atmósfera, vierte á lo lejos
 su pálida luz, y una tranquilidad gus-
 tosa; todo respira quietud y frescura,
 baxo esta hermosa bóveda sembrada
 de estrellas. Solo el hombre está agi-
 tado; el amor y aceros ligubres sa-
 len de estas cabañas: he sido yo el cruel,
 he

» he sido yo quien he traído el descon-
 » suelo á ellas! Estos gritos y lúgubres
 » acentos, que resuenan por el ayre, me
 » acusan: mi delito es quien los causa.
 » Retroceded de horror, Planetas que me
 » escucháis; y tú Luna, vuelvete pá-
 » lida, y cubre tu antorcha; en este
 » día, día maldito, la tierra á quien alum-
 » bras fue regada por primera vez con
 » sangre humana; y yo miserable he
 » sido quien la regue con sangre, y san-
 » gre de mi propio hermano. No merez-
 » co ya, astros benditos, vuestra benigna
 » influencia. Rehusadme, negadla
 » á los campos que cultivo, á la region
 » donde habito. Hé asesinado á mi her-
 » mano: cavuélveme, triste obscuridad,
 » escondeme á la vista de toda la natu-
 » raleza! Quiero baxo tu velo arrastrar
 » conmigo por todas partes mi miseria.
 » Huíre á los desiertos, y á las regiones
 » áridas, donde ningun mortal haya pi-
 » sado la yerba marchita; habitaré en-
 » tre peñas donde una agua inficiona-
 » da destile gota á gota, á manera de
 » lagrimas, dentro de simas pantanosas,
 » ha-

» habitadas por sabandijas asquerosas,
 » donde las breñas espesas, asito de las
 » aves de rapiña, me quiten la vista del
 » Cielo: allí pasaré los dias en quejar-
 » me, en lamentarme, y en revolcarme
 » por el suelo: y quando el sueño vuel-
 » va á ocupar mis ojos, acompañado de
 » sus mas negros fantasmas, todos ellos
 » representaran á mi asustada imagina-
 » cion una calavera hecha pedazos, y
 » una cabellera ensangrentada. »

De este modo explicaba Caín hor-
 rorizado sus remordimientos, en medio
 de las tinieblas de la noche: despues
 calló, y observó largo silencio, aban-
 donandose á su afliccion. El ave noctur-
 na, espantada de sus lúgubres acentos,
 detenía los suyos. No se oía en la region
 mas que un sordo murmurio. Tendia
 Caín á lo lejos la vista, y volvió á pro-
 rumpir en estas voces: "Colinas eleva-
 » das, bosques sagrados que contemplo,
 » sed sensibles á mis males! grandes son!
 » y mayores que quanto sabria decir. El
 » infeliz, aunque culpable, merece algu-
 » na conmiseracion. Compadeceite de mi
 » des-

„desastre; hermosa naturaleza! ay! no
 „tienes para mí arraciviol compadecéd-
 „me vosotras criaturas, cualesquiera que
 „seáis, que probais la presencia eficaz
 „de un Dios infinitamente bueno! pero
 „ay! ya no tengo que ver con sus bon-
 „dades, no puedo experimentar mas
 „que su justicia. Dios no es para mí mas
 „que un Dios vengador. Acabando
 „estas palabras, suspendió su voz por un
 „instante. Despues siguió suspirando pro-
 „fundamente: «A lo menos veo ahora, que
 „empiezo á poder llorar, lo qual antes
 „me era imposible: ya veo que mis la-
 „grimas corren en abundancia; ay! la-
 „grimas preciosas, que me anunciáis
 „que mi desgracia no es ya tan rigu-
 „rosa. Al principio la desesperacion se
 „habia apoderado de mi alma; y ahora
 „la posee el lugubre y lamentable do-
 „lor. Ay! correte lagrimas mias, recíbe-
 „las, o tierra empapada en sangre de
 „mi hermano. Vivo maldito sobre tu
 „faz: pero... recibe las lagrimas que
 „me hace verter mi amargo dolor. Mas
 „que pensamiento hace en mi alma? que
 „re-

„redobla la abundancia de mis lagri-
 „mas... pues quiero... ahora que
 „la noche me envuelve, acercarme ar-
 „rastrando á las cabañas de los tristes,
 „verlos aun... bendecirlos... ben-
 „decirlos... yo?... Los vientos fu-
 „riosos se llevarian mi bendicion, in-
 „capaz de servir, sino para horrorizar.
 „Quan infeliz soy; no puedo bendecir-
 „los mas! no obstante iré; quiero ben-
 „decirlos y llorar. Despues de eso... Ay
 „de mí! despues de eso huiré lejos
 „de ellos para siempre. Huiré de tí, Me-
 „hala, huiré de nuestros caros hijos. Enton-
 „ces no pudiendo mas, calló, y acer-
 „cóse ácia las cabañas, regando con sus
 „lagrimas los desiertos caminos por don-
 „de transitaba.

Descubrió á lo lejos una glorieta
 plantada por su hermano Abel á la su-
 ve baxada de una colina. Esta vista le
 traxo á la memoria lo que Abel habia
 dicho plantandola: «Crece, y descue-
 „lla, arbol tierno. Oxalá dures tanto,
 „que puedan nuestros nietos sentarse
 „baxo tu sombra, y decir: Aquí es en
 „don-

» donde Eva parió á su primogénito; aquí
 » donde le abrazó por primera vez so-
 » bre la tierra; aquí donde adquirió el
 » título de madre que hacia su consue-
 » lo en su triste destierro: Al primogé-
 » nito nombró Cain. Como se inclina-
 » ba sobre él con un gozo inexplicable,
 » y le besaba, diciendo, quan precioso
 » y agradable presente me ha hecho el
 » Señor! »

El homicida, para quien este mo-
 mento del amor de su hermano era una
 reconvenccion de su barbarie, pasando
 por delante volvió la cabeza; corria por
 su frente un sudor frio, sus rodillas va-
 cilantes apenas le sostenian. No de otro
 modo temblaría un hijo inhumano y
 parricida delante del sepulcro de un
 padre, á quien hubiese privado de la vida,
 echandole veneno en la comida, al vol-
 ver del campo muerto de hambre y de
 fatiga. La suave exhalacion de las flo-
 res con que la urna del padre hubiera
 sido perfumada, el ruido de las hojas
 de los arboles funebres, plantados al
 rededor del sepulcro, servirian de cru-
 do

do suplicio del hijo. Habia pasado Cain
 la glorieta, y se acercaba a las caba-
 ñas. La pálida luz de la Luna las alum-
 braba débilmente, pasando por medio
 de las ramas entrelazadas, y una calma
 horrenda reynaba al rededor. Echo so-
 bre ellas los ojos, levantó las manos al
 Cielo, y quedó largo tiempo inmóvil
 y taciturno; un dolor inexplicable le
 tenia comprimido el corazon, sin que
 ningun objeto pudiese sacarle de su in-
 móvil postura, ni de su silencio lúgu-
 bre. « Aquí reyna profundamente la tris-
 » teza, (dixo al fin en baxa voz) ¿de don-
 » de provienen esos silbidos? . . . ¿Serán
 » acaso suspiros? ¿Serán acaso gritos noc-
 » turnos del desconsuelo, que salen de
 » las cabañas! . . . aquí está. . . ó fa-
 » milia desgraciada! Aquí está en la obs-
 » curidad perseguido por las furias del
 » infierno, y temblando, el que ha trans-
 » formado vuestras moradas de agrada-
 » bles en horrorosas . . . aquel (ay quan
 » miserable soy!) que ha alejado de vo-
 » sotros la quietud, y todas las dulzu-
 » ras de los vinculos de la sangre, y me

O 2

» arc-

»atrevo aun á respirar un ayre lleno
 »de los suspiros de aquellos á quienes
 »hice infelices; me atrevo á andar por
 »una región entregada al desconsuelo
 »de los justos, que gimen por mi deli-
 »to Huye perverso; no profanes
 »esta santa región! . . . Si, huiré lejos
 »de vosotros: mis ojos ahogados en llan-
 »to no os verán, sino algunos instantes.
 »Pero permitidme vierta aun algunas
 »lagrimas, y levante estas sangrientas
 »manos ácia el Cielo para bendeciros.
 »Despues huiré. Bendita seas; seas pa-
 »ra siempre bendita, ó familia justa-
 »mente afligida. Quan infeliz soy! Hé
 »estado á pique de profanar los santos
 »nombres, y titulos respetables, que de-
 »signan los sagrados vinculos, por los
 »quales debía ser unido á ellos invio-
 »lablemente. Bendito seais de nuevo.
 »Plegue al Cielo que vuestra aflicción,
 »durante la obscuridad de la noche, se
 »minore, y aumente la nia: ella debe
 »ser mi herencia para siempre sobre
 »esta tierra, que tanto he maldecido.
 »Plegue al Cielo que podáis olvidar para
 »siem-

»siempre aquel, cuya imagen es vues-
 »tro tormento. Ay! á quanto extre-
 »mo de desastre ha de estar reducido
 »un infeliz, para recurrir á semejantes
 »descos. «

Cain, articulando estas palabras, es-
 taba parado en la obscuridad, gemia,
 y levantaba los brazos al Cielo, quando
 se acercó alguno á pasos lentos. Un sudor
 frio, como el de la muerte le helaba;
 temblando queria huir, pero no pudo, y
 cayó desmayado entre las malezas.

Thirza durante esta triste noche, la
 primera de su viudez, no pudiendo dor-
 mir en la desierta cama, donde ya no
 dormía su esposo, la abandonó, y salió
 de la cabaña, con el rostro bañado en
 lagrimas. Se sentó sobre la yerba hume-
 decida por el rocío, al lado de la coli-
 na del sepulcro; despues con las ma-
 nos juntas miraba fixamente al Cielo;
 luego se dexaba caer sobre la yerba, y
 regando el sepulcro con sus lagrimas, de-
 cía sollozando: «Aquí descansa mi
 »bien, y toda mi felicidad; está aquí
 »baxo de esta tierra, que embebe mis la-
 »gri-

„grimas. Ay de mí pues no hay que
 „esperar, ni paz, ni quietud para mí;
 „durante las tristes horas de la noche:
 „Ay! corred lágrimas mías, corred;
 „no me queda otro remedio en este
 „triste y mortal silencio, que llorar á
 „todas horas del día, gemir durante no-
 „ches enteras. Es verdad. . . . te he visto,
 „querido mío, vestido con resplan-
 „dor celestial: de que gloria estabas ro-
 „deado! pero ay de mí menos motivo
 „tendré de llorar tu pérdida. Te perdí
 „para siempre en esta vida llena de aflic-
 „ciones, me has sido robado para siem-
 „pre. . . . Me había cansado de llorar
 „junto á la prenda preciosa de nuestro
 „amor; quando un sueño apacible se
 „difundió en sus párpados: Ay! un son-
 „riso gracioso resplandecía en su ros-
 „tro. Todavía no conoce los males aje-
 „nos á la mortal condición; no sabe aun
 „lo que ha perdido. En balde me he re-
 „costado sobre el tálamo conyugal, ahora
 „desierto. En vano he solicitado el sueño:
 „Ay! la triste soledad, y los cuidados
 „acerbos se han apoderado para siem-
 „pre

„pre de este teatro de nuestro amor
 „conyugal, de estas castas delicias, que
 „el amor que me profesabas me hacia
 „gustar en tus brazos, pues me han
 „sido quitadas para siempre. O delito
 „horroroso! un hermano es el que me
 „las ha quitado. . . . ¿dónde está? . . . el
 „infeliz! ¿Adonde le arrastran sus re-
 „mordimientos? ó tú! . . . Dios mío, no
 „desprecies los votos lamentables que te
 „dirigiré incesantemente para interesarte
 „en su favor tu bondad infinita: no le
 „desprecies, si hace penitencia; si se aba-
 „te hasta el polvo; si implora tu mi-
 „sericordia. „ A estas palabras pronun-
 „ciadas con dolor, los suspiros y sollo-
 „zos suspendieron su discurso. “ Hermo-
 „so astro nocturno, (prosiguió levantan-
 „do sus ojos ácia el Cielo) quantas ve-
 „ces has sido testigo pacífico de las ex-
 „presiones de amor del esposo querido,
 „que encierra esta tierra, quando con
 „los brazos entrelazados iba en su com-
 „pañía á la luz de tu antorcha; quan-
 „do sus santos labios eloqüentemen-
 „te me pintaban las delicias de la vir-
 „tud!

„tud! Tú alumbrabas sus pasos quan-
 „do vivía, no alumbrarás ya mas que
 „su sepultura. Pues aquí está encer-
 „rado baxo este monton de tierra
 „el mas dulce consuelo del mejor de
 „los padres, y de la mas tierna de las
 „madres; aquí está mi caro esposo. „
 A estas palabras calló, y crecieron sus
 „lagrimas; mientras que sus ojos sin fi-
 „xarse examinaban toda la región: y ha-
 „biendo parado su vista un resplandor sin-
 „gular, exclamó: “ Quan brillante es esa
 „choza que descubro á lo lejos! Enme-
 „dio de mi miseria se levantan unos pen-
 „samientos sublimes y santos; como
 „quando la Luna, subiendo sobre el
 „horizonte, de repente disipa la obs-
 „curidad de la noche. Que resplan-
 „dor sale de esta choza, donde me
 „abrazaste, ó Abel, al desaparecer la
 „luz del Sol! Que felicidad, me decias
 „apretándome contra tu pecho, que
 „felicidad es el ser virtuoso! que feli-
 „cidad amar aquel, de quien dimana
 „todo lo hermoso! que felices somos
 „de no encontrar nada en nuestra con-
 „duc-

„dista, que pueda desagradar á los An-
 „geles que nos rodean! que deleyte com-
 „parable con el que nos infunde la pre-
 „sencia continua de Dios, manifestada
 „por las obras de la creacion! que de-
 „licias mas celestiales que estas lagri-
 „mas piadosas, que nuestro amor para
 „con él nos saca de los ojos Para el
 „que pasa sus dias en estos éxtasis di-
 „vinos de adoracion y piedad, la muer-
 „te no tiene nada que asuste, por ter-
 „rible que sea. Sabemos á lo menos (y
 „es un gran consuelo para el hombre
 „peccador) que desata el alma de su cuer-
 „po mortal, para abrirle la entrada á
 „una eternidad de felicidades. Thirza,
 „me decias, apretándome mas estrecha-
 „mente á tu pecho, si fuese el prime-
 „ro que saliere de la vida á ser feliz
 „antes que tú, no llores largo tiempo
 „sobre mis cenizas, pasajero es el tiem-
 „po que te está concedido por el Cria-
 „dor, en comparacion de la eternidad,
 „de la qual gozaremos juntos en el
 „Cielo. Querido mío, le decia á mi tur-
 „no, abrazándole estrechamente, haz
 „lo

„ lo mismo por tu parte , si la muerte me
 „ saca la primera de esta morada de la-
 „ grimas , abrevia y modera tu descon-
 „ suelo ; ya que Dios prepara tanto al
 „ uno como al otro una felicidad sin
 „ fin O alma mia , animate , no te
 „ rindas á la afliccion , haga sobre tí
 „ impresion este motivo poderoso de con-
 „ suelo , esta idea de tu inmortalidad ; y
 „ distrayendote del objeto fatal de tu do-
 „ lor , por la vista en la bienaventuran-
 „ za suprema , que acercandose hace
 „ desaparecer las escenas variables de
 „ esta vida . Si pereciera el alma , y se
 „ resolviese en polvo como el cuerpo ,
 „ ¿ como pudiera yo consolarme ? Me re-
 „ volcaria en su sepulcro , dando voces
 „ lamentables ; y en mi desesperacion
 „ imploraria la nada ; pero es immor-
 „ tal : y por lo mismo no se rendirá pu-
 „ silanamente al dolor . O vosotros An-
 „ geles , que con alas ligeras me rodeais ,
 „ la tendreis ; no cederé vilmente al
 „ peso de tu dolor , es inmortal como
 „ vosotros . Con todo aun corren mis la-
 „ grimas ; corran , las doy al polvo de mi

„ 254

„ esposo , que se ha adelantado á la po-
 „ sesion de la felicidad eterna . Quiero ,
 „ amado mió ! (pero las lagrimas aun me
 „ interceptan la voz , y redoblan : O alma
 „ mia ! animate , y resiste á tu dolor) quie-
 „ ro plantar sobre tu sepulcro un arbol
 „ fúnebre , á cuya sombra regaré con
 „ muchas lagrimas tus cenizas . Allí pa-
 „ saré las horas mas útiles del dia , llo-
 „ rando mi infortunio : pero entregan-
 „ dome á santas reflexiones , remontaré
 „ sublimemente mis deseos hasta la feli-
 „ cidad celestial . „ Dixo ; y puesta en pie
 „ se detuvo sobre el sepulcro , añadien-
 „ do : “ Me parecia sentir mi dolor algo
 „ aliviado ; pero , ó reflexion importuna !
 „ ha sido asesinado por su hermano !
 „ ó Dios de bondad (exclamó postran-
 „ dose de nuevo en el suelo) „ oye mis
 „ súplicas , perdona á este infeliz peca-
 „ dor , perdónale ! reiteraré sin cesar este
 „ ruego con instancia , bien sea quando
 „ el lucero de la tarde se junte con los
 „ de la noche , bien sea quando el alba
 „ abrirá las puertas del dia . „

Mientras temblaba Caín en el bos-
que

que oprimido de desesperacion. «Huye
 » (se decía a sí mismo) de esta santa mo-
 » rada, monstruo odioso, no puedes que
 » infeliz soy! ¿Que fuerza contraria de-
 » tiene mis pasos! ¿Sereis vosotros, fan-
 » tasmás infernales, que me rodeais! apar-
 » taos, dexadme huir, dexadme. Quantos
 » son! y quan horribles dexadme huir,
 » espectros horrosos, dexad que me
 » alcje de esta sagrada mansion. Ay! es-
 » pectáculo horrible! . . . me estremez-
 » co, tiemblo, desfallezco; pero ay! mi
 » pavor se acrecienta, y con todo eso no
 » muero: pero tampoco no podría huir. . .
 » infeliz de mí! . . . ¿Cómo está descon-
 » solada, y no la huír! pero veo que
 » cesa su lamento . . . O poder maravi-
 » lloso de la virtud! Ay! que recursos,
 » que consuelos he perdido para siem-
 » pre, y en mi opresion yo mismo no
 » tengo, ni la esperanza mas remo-
 » ta de temprarla. A que punto, Dios
 » mio, estoy reducido: soy infeliz! ay
 » que tormentos de una especie desco-
 » nocida hasta ahora! O infierno, no
 » los tienes mas espantosos en lo mas
 » pro-

» profundo de tu abismo. Ruega . . . Si,
 » ruega a Dios por mí. Por mí . . . en
 » lugar de abortecerme, en lugar de ar-
 » rojar sobre mí horribles imprecacio-
 » nes; ó bondad inexplicable. Ay, tan-
 » ta virtud me aflige y desespera! Mi
 » infelicidad se me presenta baxo un as-
 » pecto mas horrible; se me representa
 » tan espantosa como los profundos
 » abismos del infierno! El delito me des-
 » pedaza mas cruelmente las entrañas,
 » y me hace sentir suplicios inferna-
 » les. . . . ruegas por mí, ó Thirza . . .
 » Ay! votos temerarios, ó á lo menos su-
 » perfluos! No; Dios no oirá tales rue-
 » gos; es Justo . . . ya veo que se retira
 » del sepulcro de su esposo asesinado.
 » Ay! ¿Me atreveré infeliz á ir arrastran-
 » do en su seguimiento, y regar sus pa-
 » sos con lagrimas del mas intenso do-
 » lor! No . . . retírate barbaro de tan
 » horrible monumento de tu furor; ale-
 » jate de esta santa región; huye inhu-
 » mano! . . . Dixo, y se retiró lleno de fu-
 » ror. Huía, pero luego se paró, y cruzando
 » lleno de desesperacion, sus manos baña-
 » da

das en lágrimas, volvió á exclamar: "Pero
 " no sabría huir! ¿Ni como podría yo?
 " Ay Mehala, ay hijos míos! ¿como pudie-
 " ra yo huir de vosotros para siempre, y
 " no postrarme delante de vosotros, prin-
 " cipalmente delante de ti, ¿Mehala?
 " Quizá la compasión te hará verter por
 " mí algunas lágrimas: tal vez me ben-
 " decirás aun Ay ¿que digo? habien-
 " dome maldecido Dios, ¿que me servi-
 " ría de aquí en adelante tu bendición?
 " aborreceme; antes maldíceme; mi de-
 " lito lo merece: entonces en fin huiré,
 " cargado con tu maldición, y la deto-
 " da la naturaleza. O desastre! O descon-
 " suelo infernal inexplicable! No;
 " vuelvo á decir que no sabré huir. Es-
 " posa amada, queridos hijos, ¿es fuerza
 " que lamente mi miseria á vuestra pre-
 " sencia, que me revuelque en el polvo
 " á vuestra presencia? y despues
 " huire." Con estas palabras pasó Caín
 " á alguna distancia del sepulcro, y se
 " acercó á su cabaña. Parabase á cada
 " paso todavía incierto de lo que debia
 " hacer, hasta que por fin llegó á la cho-

za.

za. Allí permaneció largo tiempo, páli-
 do y tremulo. Al fin se abalanzo du-
 dando y vacilante, á pasar el umbral de
 la puerta.

Dentro estaba Mehala sentada á la
 pálida luz de la Luna, mas amarilla ella
 que el mismo astro, quando está en-
 vuelto en nubes; lloraba y se desconsolaba;
 y sollozaban sus hijos al rededor.
 Al aspecto de su esposo dió un grito
 agudo, y cayó desmayada sobre su ca-
 ma, sus hijos afligidos acudieron, y á
 sus pies dieron clamores lúgubres. "Pa-
 " dre mio, Ay! . . . padre mio, clama-
 " ban. Ay! consueta á nuestra madre
 " afligida. Ay que desconuelo se ha
 " introducido en nuestras cabañas! Ay
 " padre mio, seas para nosotros bien
 " venido: quanto tiempo has tardado!
 Tal fué el acogimiento que recibió de
 sus hijos: enmedio de ellos vacilaba,
 y cayendo sobre las cabezas de estos
 sus lágrimas. La congoja no le permitia
 responder; y cayó en el suelo á los
 pies de su esposa; al rededor redobla-
 ron los gritos sus hijos, á los quales vol-
 vicia.

viendo en sí Mehala, vió á su esposo haciendo cerca de ella asombrosos extremos de dolor, y regando con sus lágrimas el suelo: «O Cain, prorumpió dando gritos lamentables, y arrancándose el cabello! Mehala (dixo Cain con voz interrumpida, y mirándola dolorosamente) Ay! perdóname, si me atrevo, homicida de mi hermano y tuyo, á llover aun otra vez delante de ti, y revolver carne en el polvo á tus pies. Ay! te suplico que me concedas este corto consuelo, el ultimo que puedo esperar en mi desgracia incomparable. Ay! no me maldigas, Mehala: no quiero ya sino arrastrarme por tierra delante de tí: después huiré, iré á esconderme de mí mismo en regiones desiertas, maldito de Dios, devorado de tormentos inexplicables. Ay! no maldigas, ó Mehala, á tu esposo desgraciado.» Ay Cain (le respondió ella penetrada del mas vivo dolor) «aunque homicida del mejor de los hermanos, es forzoso te reconozca aun por mi esposo! infeliz, ¿que has hecho?» Respondió Cain, poniendo

en

en ella sus ojos afligidos con que exprimíó todas sus penas) «Ay! momento fatal, en que me engañó un sueño impostor. Ay! quería preservar estos hijos que aquí tienes de alguna calamidad futura, y por eso le maté. Maldito instante. Quité la vida al mejor de los hermanos: y ahora, ¡este delirio horroroso me atormentará siempre, y ya siento sobre mí los suplicios del infierno. Olvidame, Mehala, olvida á tu esposo; pero abstente de maldecirme. Ahora mismo voy á huir (esposa mia), te abandono para siempre; y vosotros, hijos queridos, os dexo para siempre; cargados con la maldición de Dios.» Los hijos se lamentaban al rededor, y levantaban sus manos inocentes ácia el Cielo. Reclinóse Mehala sobre su esposo, diciéndole: «Recibe estas lágrimas, expresiones de la compasión mas viva; quieres huir, Cain, quieres irte á regiones desiertas? Ay! ¿como podria yo morar en estas cabañas, mientras que tú solitario y abandonado te desesperases lejos de mí»

P

„No

„ No, . . . Cain; quiero huir contigo, y
 „ a tu lado. ¿ Como podria yo dexarte
 „ privado de todo socorro en los desier-
 „ tos? ¿ de que desconsuelos seria enton-
 „ ces atormentada? El mas minimo rui-
 „ do que sintiera cerca por puro efecto
 „ de la naturaleza, me sobresaltaria es-
 „ tremadamente. Tal vez será el, dirias
 „ quizá se lamenta, privado de todo so-
 „ corro en las angustias de la muerte.
 „ Dixo, y Cain la miró con ojos turbados.
 „ „ Dios que oygo; eres tú, Me-
 „ hala, dixo, no, no es sueño. Tú mis-
 „ ma eres. . . O Dios, que palabras tan
 „ consolatorias! no Mehala, bastante es
 „ para mí que no me aborrezcas, que no
 „ me maldigas; ó muger virtuosa, ¿ por
 „ que quieres ser conmigo partícipe del
 „ castigo del mayor delito? Ay! quedate
 „ aquí en esta morada santificada por la
 „ virtud, donde habita la bendición; no,
 „ no conviene que seas desgraciada con-
 „ conmigo. Olvida á un infeliz, que malde-
 „ cido de toda la naturaleza, no tiene
 „ parage para su reposo; olvidale, pero
 „ no le maldigas: No Cain; quiero huir
 „ con-

„ contigo: (le respondió Mehala) deseo
 „ seguirte acompañada por nuestros hijos
 „ á los desiertos, afligirme contigo, sobre-
 „ llevar parte de tu miseria; mi trabajo
 „ será otro tanto alivio para ti: mezclaré
 „ lagrimas de compasion con las tuyas
 „ de penitencia. Acompañaré con mis rue-
 „ gos á Dios los tuyos, y nuestros hijos
 „ postrados al rededor de nosotros, jun-
 „ tarán sus votos á los nuestros. Dios no
 „ desecha el arrepentimiento del peccador;
 „ quiero huir contigo, Cain, gemi-
 „ rémos sin cesar; sin cesar rogaremos á
 „ Dios, hasta que en fin un rayo de con-
 „ suelo venga de parte del Juez supremo
 „ á justificar nuestra confianza. . . Es-
 „ pera Cain en Dios, que oye los rue-
 „ gos del peccador penitente.
 „ „ O tú (exclamó Cain) ¿ como te llama-
 „ ré? . . . Tú eres para mí como un
 „ santo Angel. Quanto consuela á la
 „ obscuridad de mi alma la amargura de
 „ tu razon y reflexiones! Mehala, espo-
 „ sa mia. Ahora si que me atrevo á abru-
 „ zarte. Ay! que no alcanzó á expresarte
 „ mis afectos! No, no bastan á ello
 „ el

„ el abrazo el mas estrecho, ni todas mis
„ lagrimas juntas; „

„ A estas palabras la abrazó estrecha-
„ mento Cain, sin saber que hacerse
„ para mostrarla todo el amor y recono-
„ cimiento que le inspiraba. No dexó á
„ su esposa sino un instante, mientras
„ abrazó á sus hijos; volvió luego á ella,
„ para reiterarle las demostraciones de
„ su gratitud. Entretanto esta tierna ma-
„ dre enxugó sus lagrimas, tomó en sus
„ brazos al menor de sus hijos, reclinan-
„ dose sobre su esposo. Otro andaba al
„ lado del padre. Elíel y Josia, le pre-
„ cedían alegremente. Así salieron todos
„ juntos de la cabaña; Mehalá miraba aun
„ al rededor llorando. “ Bendita seas, fa-
„ „ millia desconsolada que abandono,
„ bendita seas; luego vendré á verte, des-
„ „ de los parages en que fixémos nues-
„ „ tra morada, á pedirós vuestra bendi-
„ „ cion para mí, para mi esposo, y á
„ „ solicitar su perdon. „ A estas palabras
„ miro otra vez las cabañas, y como sus-
„ „ pensa é indeterminada lloró. En este
„ „ instante exhalaciones mas balsámicas,
„ que

que todas las flores de primavera, ro-
„ dearon la tropa fugitiva. “ Camina, es-
„ „ posa generosa, (pronunció una voz
„ „ invisible, que resonaba sobre sus cabe-
„ „ zas). Informaré á tu tierna madre, por
„ „ medio de un sueño agradable de tu
„ „ magnánimo valor; diréla que has mar-
„ „ chado al lado de tu esposo penitente;
„ „ para implorar á favor suyo la gracia
„ „ del Juez supremo. “

Entretanto caminaban á la luz de
la Luna, volviendo con frecuencia atrás
la vista para mirar las cabañas, y se
fueron internando en regiones desier-
tas, nunca pisadas de humana huella.

FIN DEL QUINTO

T ULTIMO CANTO.

DOMINA DE NUEVO LEÓN.

AL DE BIBLIOTECAS

NOTA.

En la pag. 30, linea ultima, donde dice: *la primera vez que el dulce nombre*; se ha de leer: *la primera vez que oí el dulce nombre, &c.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

